

MANUEL MUÑOZ BARBERAN

SOBRE EL AUTOR DEL QUIJOTE APOCRIFO



Con Licencia, En Tarragona en casa de Felipe
Roberto, Año 1614.

MURCIA - NOGUES

1989

MANUEL MUÑOZ BARBERAN

**SOBRE EL AUTOR
DEL QUIJOTE
APOCRIFO**

MURCIA - NOGUES
1989

30001-Murcia.

A cuantos me han ayudado, me han aconsejado y viajado conmigo en mis investigaciones, especialmente a Juan Guirao García y José Luis Molina, excelentes amigos.

AL LECTOR

Cuando el modesto y no universitario elaborador de este trabajo comenzó a publicar artículos, e incluso un libro deficientísimo, sobre el tema del verdadero autor del Quijote llamado *Apócrifo*, alguien, sí universitario, se internó e interesó por aquellos torpes esbozos. Tanto se adentró en aquellos escritos, tanto le interesaron, que impulsó y dirigió una tesis doctoral en torno a ellos, o, si se quiere, en contra de ellos. Esta tesis fue leída por la doctoranda doña Eulalia Hernández Sánchez en 5 de julio de 1982, ante un tribunal que, aunque expresando su extrañeza porque el trabajo estuviera dirigido, totalmente, contra determinados pretendidos estudios, lo calificó con un sobresaliente cum laude.

Que la tesis doctoral estaba encaminada a desmontar mi pretensión de adjudicar a Pérez de Hita la autoría del Quijote apócrifo, no puede dudarse si se pone atención en sólo dos citas del resumen de ella:

—*Como fruto de investigaciones más recientes, aparece la teoría de M. Muñoz Barberán, para quien el fingido autor sería el escritor murciano G. Pérez de Hita. Su hipótesis se apoya en lo que podríamos denominar «existencia de textos paralelos entre ambas obras». Página 20.*

—*Estas diferencias que hemos ido observando a lo largo del presente trabajo, son las que nos han llevado a afirmar que Ginés Pérez de Hita no fue*

el hombre que se escondió tras el seudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda. Página 34.

Así que *lo largo* del trabajo estaba destinado a eso. Me sentí molesto porque aquella tesis, naturalmente, me desautorizaba. Solamente ante el mundo murciano, esta es la verdad, pero, al fin, ante mi pequeño mundo murciano, el único que me leía y que podía estimarme o no. Después, sosegado, me sentí halagadísimo, que diría mi Pérez. Con unos frágiles, lamentables escritos, había conseguido que alguien trabajase pacientemente nada menos que una tesis doctoral. Ni siquiera Menéndez y Pelayo o Paul Groussac habían conseguido tanto; ellos, con sus magníficos escritos. Ninguno de los muchos investigadores del Quijote de Avellaneda tenía frente a sus esfuerzos cerca de tres mil folios. Contra ninguna cabeza española o extranjera había sido lanzado tal ataque. Acabé sintiéndome orgulloso. Terminé contándolo a cuantos lo ignoraban. Hoy es objeto de mi casi desatentada vanidad.

Si la Universidad se alza contra las palabras de un lego, ese lego adquiere categoría universitaria. La Universidad puede sonreír ante una necedad, nunca alterar su rostro apacible disponiéndose a buscar los medios para destruir esa necedad. En este caso hubo, pues, lamentable error. Visto desde otro punto, una tesis doctoral no puede frenar el curso de una verdad gravísima. La estupidez, la tontería carente de rigor, no merece ningún esfuerzo —ni siquiera pequeño— de unos señores que ostentan cátedra.

Pero además, y el fallo me parece importante, un estudio sobre el estilo de un escritor del pasado deberá contemplar atentamente todos los escritos conservados de él. Ese estudio ha de ser completo, total. Mucho más si se va a establecer parangón entre esos

escritos y una obra anónima atribuible, o no, al autor estudiado. Creo que en la tesis doctoral fue olvidado, o no tratado a fondo, algo tan importante como es el manuscrito de Pérez de Hita *Los XVII libros del griego Daris, Del belo troiano* conservado en Nuestra Biblioteca Nacional de Madrid. Este grueso cuerpo de endecasílabos era de una gran utilidad, creo. Junto con el *Poema —llamado así— de la Ciudad de Lorca*. Y algunos romances a Pérez atribuidos o firmados por él.

Este pequeño libro que ahora publico, no pretende ser una refutación de esa tesis de la señora Hernández. Es, sencillamente, una continuación de mis observaciones sobre el *Apócrifo* y si está escrito con la intención de anular mis propias torpezas anteriores. Las investigaciones documentales referentes a la vida de Ginés Pérez de Hita, aún no han llegado al final que yo pretendí brillante. Quizá nunca se pueda alcanzar lo propuesto. Pero no puedo dejar fuera del conocimiento del público interesado en estos temas lo que yo, honradamente, creo tan aclaratorio como ese soñado, deseado, documento explícito que acaso no exista. O que, si existe, pueda ser encontrado dentro de cincuenta o cien años. Me dedico a la comparación de dos estilos, de dos maneras de pensar y de expresarse que no pueden partir de plumas distintas, según mi opinión. Que pertenecen a una sola pluma, a una sola manera, a una imaginación sola.

He pretendido no cansar la paciencia del lector enumerando escrupulosamente los reflexivos más infinitivos, los verbos, los participios y los sujetos agentes. Estos segurísimos sistemas de recuento pueden demostrar cualquier cosa, incluso que entre una obra y otra han pasado diez o quince años. Más aún: pueden hacer pasar por obras de autores dife-

rentes a escritos como *Guerras Civiles de Granada* y *XVII libros de Daris* cuyas distancias estilísticas respectivas son notables estando trabajados casi a un tiempo. He continuado —falto de preparación más científica, es cierto— con mis *textos paralelos*, en lo que podríamos denominar *textos paralelos*, citando palabras exactas de la doctoranda. Sí. E ideas paralelas, y sentimientos paralelos y reacciones paralelas. Y todo paralelo.

Los *Diecisiete libros del griego Daris* los sacó en limpio Pérez de Hita de su mano. Los dió a copiar a Peralta, su amigo pendolista, que se cansó a la mitad o le faltó tiempo. Unos doscientos cincuenta folios son de la mano de Pérez. Este poema pétreo fue vendido por el autor a Juan García, de Alcalá de Henares, en 1600. Incluso con privilegio real. Pero no fue publicado jamás. Poco pagó el García por el original, pero su decisión de no darlo a la imprenta le libró de un gran fiasco, podemos temernos. Es imposible suponer que corriera en copias por el mundillo cultural de la época, como corrió *El Buscón*. Avellaneda no pudo aprendérselo y copiar las partes más malas, por ejemplo. Sí lo pudiera haber hecho con *Las Guerras Civiles*, como admite la señora Hernández. No pudo Avellaneda compenetrarse con el estro poético de Pérez y repetir:

De que su triste suerte
en vida los iguala con la muerte 65/1
Quijote ap.
ni quieras que mi suerte
se iguale con la tuya acerba y fuerte. 162
v. Daris.

Una casualidad que Avellaneda acertara con esos

versos de exacta medida y palabras tan semejantes. Un milagro. Decía un irónico pensador francés que las cosas imposibles dejan de ser imposibles cuando se dice de ellas que son milagrosas. Así, sí. Como puede ser milagroso el hecho de que Avellaneda acertase con las palabras y el hilo argumental de la historia del Tuzaní para calcarlos en su *Historia del rico desesperado*. Porque la historia del Tuzaní está contenida en una obra de Pérez que fue publicada por primera vez cinco años después de ver la luz el *Apócrifo*. Me refiero a la Segunda Parte de *Guerras Civiles*.

En fin, amable lector, esta pequeña obra que te ofrezco hoy no será el último intento, Dios mediante, de poner claridad en el tan debatido —zaran-deado diría—, asunto del *Quijote de Tarragona*. Don Sebastián de Cobarrubias, en sus *Emblemas Morales*, me ofreció un lema que acepté sin dudar un momento:

Fin che io finisca.

Se ha dicho del Quijote apócrifo:

... las opiniones son tan discordes y los sofismas presentados tan sutiles en demasía, que más producen divagaciones y sombras que resultados luminosos y de provecho...

Ramón León Maínez: *Cervantes y su época*. Libro III. Capítulo. V, página. 447.

... por el estilo suele rastrearse, con más probabilidades de acierto que por el falible dato de la repetición de palabras, el verdadero nombre de los que se encubrieron con el anónimo...

R.L. M. Ib ib., página 451.

Los intentos para descubrir al encubierto Avellaneda ya parecen tan infructuosos como los de Sísifo en el mito clásico, obstinado una y otra vez en llegar a la cumbre con su peñasco, y falto siempre de la suprema eficacia —en el caso cervantista, el documento irrefutable.

Alberto Sánchez: ¿Consiguió Cervantes identificar al falso Avellaneda?, página 314.

Como hoy vemos tan prócer a Cervantes, nos cuesta trabajo atribuirle por rival o adversario, en su tiempo, a quien tuviera talla menor que de coloso. Es disculpable error de óptica intelectual, en que han solido incurrir aun los más discretos y perspicaces.

Rodríguez Marín: Ed. *Don Quijote de la Mancha* de Cervantes. Tomo V. Nota al prólogo de la II P. Clásicos castellanos.

En definitiva, hay tantas dificultades en aceptar

ésta como otras y tantas hipótesis expuestas, que inclinan el ánimo a dar por insoluble el problema y a decir con Astrana Marín: No más conjeturas. Ya hay sobradas, y ninguna verdadera.

F. García Salinero: Edición del Quijote de Avellaneda en Castalia. Madrid, 1971.

Nota importante:

Las citas de textos en este estudio están tomadas de las siguientes ediciones:

—Paula Blanchard-Demouge: *Guerras Civiles de Granada* de Ginés Pérez de Hita. Madrid, Bailly, Baillière, 1913-1916.

—Martín de Riquer: *Don Quijote de la Mancha* de Alonso Fernández de Avellaneda. Madrid. Clásicos castellanos, 1972 (Prácticamente no se puede acudir a otras ediciones. Sobre todo en el caso de Pérez de Hita, no se debe).

I

1. Desenmascarar al autor oculto de un libro, reconocerle por su manera de escribir, es fácil y es difícil, pero no hay otro medio de identificación en ese caso; esto es, cuando el autor no ha firmado su obra o la presenta con un nombre supuesto, un seudónimo. Tal el de *Alonso Fernández de Avellaneda*. Tal el caso del libro *Don Quijote de la Mancha* segunda parte apócrifa aparecida en Tarragona el año 1614.

Nadie nos dejó algo escrito sobre el posible autor; nadie contemporáneo del libro espurio, se entiende. Nadie nos dio unas señas, un camino a seguir para reconocerle. Nadie, salvo Miguel de Cervantes. Y Miguel de Cervantes pudo saber el nombre de ese autor su enemigo; igualmente pudo no saberlo¹. Pudo sospechar quién era realmente; pudo equivocarse. He de confesar que creo firmemente que Cervantes conoció a su adversario desde el primer momento. Más: que debió de temer su aparición un día u otro. Demos por sentado ahora que las señas proporcionadas vagamente por Cervantes no nos serán de utilidad. Hemos, pues, de valernos de nuestra

1 «la relación entre ambos «Quijotes» es más íntima de lo que se ha supuesto, y (.....) la hipótesis de que Cervantes desconoció la personalidad de su rival, resulta cada día menos probable».

A. Bonilla San Martín: «Cervantes y Avellaneda» en «De Crítica Cervantina». Cap. I, págs. 9-21.

propia intuición, ya que carecemos de datos precisos —preciosos— que pudieran habernos proporcionado escritores de aquellos años.

Es fácil identificar a un escritor que cuenta con unos recursos limitados. Sean muchos o pocos esos recursos, serán, siempre, limitados. Es difícil identificarlo si los escritos firmados conocidos por nosotros datan de una época distante, juvenil; si ese escritor, posteriormente, ha modificado su estilo con diversas influencias o con madurez natural. Tan absurdo resultaría negar la recepción de influencias como la maduración de una manera de escribir al paso de los años. Un escrito, una obra pictórica, una obra de escultura, o de arquitectura, no son iguales producidos a los veinte años o a los setenta. Incluso la presencia física —obvio afirmarlo—, no es la misma en una edad o en otra. Aunque siempre haya rasgos propios irrenunciables, permanentes. Creo que estas afirmaciones son lugares comunes a los que no debería haber recurrido, si no es que me disculpen los frecuentes casos en que se acude, asombrosamente, a la afirmación contraria.

Trataremos de identificar a cualquier persona con datos parecidos a los usados en tiempos de Cervantes. Varón. Damos su estatura; seis pies con dos pulgadas. Innumerables las personas que tienen esa estatura, *pero siempre limitadas*. Ojos oscuros, grandes. Cabellos crespos, algo rizados. Ciento veinticinco libras de peso. Se van reduciendo las personas que obedecen a esas señas. Nariz recta, algo gruesa; cicatriz de quemadura en la sien izquierda. Va siendo más fácil encontrar a este hombre. Escribe comedias; publica algunos libros, vive de un oficio sencillo que le avergüenza frecuentemente; luchó contra los moriscos en las Alpujarras. Además, damos el título de

una de sus obras, conocida ya en España y fuera de ella. La identificación es inevitable, segura. Sólo hay un nombre detrás de esas señas. Comisionado un hábil alguacil, nos lo traería amarrado, sin duda. Pero ha engordado, o enflaquecido. Se le ha caído algún cabello; casi desapareció su cicatriz. Luchó en las Alpujarras, no obstante. Publicó tal libro y escribió tales otros. Su oficio es de zapatero... Es el mismo que buscábamos, a pesar de los ligeros o pesados cambios. Para identificarlo no podríamos haber dicho: Es un poco alto y recio, bien parecido; escribe; viste unas veces de gris, otras de negro; usa gola. Es jactancioso... Le gusta la buena comida. Todo eso sería señalar generalidades que pudieran servir sólo para completar la identificación, pero no identifican a nadie por sí solas. Sí identificarán la nariz roma, tal cicatriz, el pelo hirsuto rojo, lo pecosco de la piel, la cojera, la mano dañada, el ojo tuerto...

Así, para señalar a un escritor tendremos que decir: De las generalidades usadas en su época usa o abusa de tales y tales; repite sus frases; no posee un grado alto de cultura; escribe versos malos; pretende ser historiador y poeta; insiste con frecuencia en determinadas palabras que usa para determinados fines descriptivos. Sus ideas son tales y tales. ... Por ejemplo, elogia la venganza, tiene momentos de compasión hacia los desafortunados, etcétera. Las líneas maestras de sus relatos son así. Las palabras con las que los cuenta, éstas. La identificación es mucho más fácil si dentro de las *generalidades* obligadas, destacan esas *singularidades*.

Una *generalidad* obligada en los pintores es el número exacto del colorido, de la gama de color de que disponen. *Singularidad* es el modo de mezclar y disponer ese color sobre una composición propia. Si

predominan los tonos calientes o fríos. Si violetas o grises. Si el pincel corre por el lienzo suave o violentamente. Ribera, el Greco y Velázquez no pueden ser confundidos. Ni siquiera Goya cuando copia a Velázquez. Siempre, ante un lienzo no firmado, habrá que temer a un hábil imitador. O recordar la capacidad de asimilación de modos ajenos que un artista tiene, aunque no se proponga decidida y firmemente la imitación.

Avellaneda, ¿se propuso una imitación o una recreación al escribir su libro? Toma unos personajes de Cervantes para modificarlos. Hace entrar en su obra otros personajes que no aparecían en la de Cervantes: don Álvaro, Bárbara, el Titular, don Carlos, el secretario, el autor de comedias... No puede —ni siquiera pareció quererlo— asimilar el estilo literario de Cervantes. Sería lógico pensar que lo hubiera intentado, no que se volviera hacia otro escritor y con el estilo de éste elaborara la imitación de un tercero. Más lógico imaginar que por encima del intento de imitación, saltara el estilo propio denunciándolo. Pero Avellaneda, para escribir su *Don Quijote*, volvió la mirada atrás y el estilo que imitó fue el de *Las Guerras Civiles de Granada* de Ginés Pérez de Hita, el zapatero vecino de Murcia.

2. ¿Por qué razones tal escritor —quien resultare ser— llega a convertirse en continuador de la obra de otro? ¿Por qué se convierte en un Avellaneda? Podríamos decir, sencillamente: porque le da la gana; o aducir que la raíz más profunda puede estar en la impotencia para crear algo por cuenta propia. Ocurre entonces lo más sencillo: imitar.

En el caso del *Quijote* apócrifo son presentados

unos motivos: *contra mil detracciones*. Es posible que esos motivos existieran, o que sólo se trajeran como justificación. Es posible que la soberbia de un pobre engendrara envidia y deseos de emulación. En el fondo, hemos de contar con la admiración hacia Cervantes, sin duda alguna. Nadie imita los andares de un pobre lisiado sino los de un galán al que admira.

Otro oculto escritor, para hacer la segunda parte del *Guzmán de Alfarache*, no necesita alegar cosa alguna. Simplemente escribe esa continuación y la publica con el mayor desenfado, dedicándola a un personaje conocido y respetado. No hay arremetidas violentas —como las hay en el segundo *Don Quijote*—, contra el primero y auténtico autor. Sí hay una reacción enérgica de ese autor, Mateo Alemán.

El deseo de cualquier Avellaneda de ganar dinero entra en el grupo considerable de posibilidades, cómo no. Si el autor es poderoso no necesita ese dinero; se trataría de una parte del disfraz.

El confesor del rey, padre Aliaga, tan señalado un tiempo como Avellaneda, pudo escribir esa continuación por un motivo que no sabemos cómo pudo parecer aceptable a alguien: en las camarillas de Palacio se le apodaba *Sancho Panza*, nadie sabe si antes o después de escribir Miguel de Cervantes su primera parte del *Don Quijote*. Así que, para borrar el efecto risible, se dedica el confesor e inquisidor a escribir un libro en el que Sancho Panza, precisamente, es tratado con el mayor cuido para que resulte más gracioso, más hilarante. Es venganza como de refinado Inquisidor General.

Lope de Vega o alguno de los escritores que le rodean y admiran, que le siguen, crean esa segunda parte apócrifa, vergonzante y vergonzosa, para ven-

gar las lamentaciones tristes de un Miguel de Cervantes que ha fracasado en el teatro y trata de explicarnos ese fracaso con la ignorancia del vulgo espectador. Y no publican esa segunda parte en Madrid, como bromazo casero y amistoso. Se van a Tarragona con el engendro y para mejor esconder la mano, ponen en el libro los peores versos que hallan entre sus papeles. Todo permanece en el mayor secreto.

Incluso el Greco ha sido acusado de escribir este Quijote apócrifo.

El fenómeno Avellaneda no se puede producir sino entre escritores. Para ser Avellaneda, antes hay que ser escritor. Tristísimo pensar en un joven que da sus primeros pasos literarios con esa arremetida ruin contra un hombre anciano o muy cerca de la ancianidad. Si el libro se escribe por venganza, resulta casi imposible imaginar la hipotética rencilla entre un escritor de edad avanzada y un jovenzuelo sin historial literario. Resulta inencontrable el motivo. Cuando Avellaneda, en su prólogo, dice que Cervantes es viejo y malhumorado no hace otra cosa que abundar en las conocidas frases de mala intención dichas entre amigos de edad. Escoge Avellaneda, de camino, una máscara que él cree segura. Y que, por cierto, le dio un excelente resultado.

Hay muchas razones para creer que esta sonada rencilla se produce muchos años antes y entre escritores de edad pareja. Uno de ellos, Avellaneda, no consigue la gran obra que sí logra Cervantes. Ocultando el nombre, enmascarándolo, se propone la emulación. Así de sencillo pudo ser todo el trasfondo de este asunto que se ha complicado con tantas averiguaciones y deducciones, unas basadas en comprobaciones de cierta solidez, otras completamente gratuitas y novelescas.

3. Avellaneda es hombre del pasado. No solamente hace hablar a sus personajes con lenguaje arcaico sino que él mismo toma para sus descripciones palabras viejas. No se trata de contar una historia en la que el personaje central es arcaizante, loco de un novelesco ayer. Se trata de una historia vieja contada con estilo viejo. Las propias ideas son romancescas.

Nada tan absurdo como hacer venir a Zaragoza, desde Granada, a un descendiente de los antiguos reyes nazaritas para alcanzar, en unos torneos y juegos de sortija, cuatro o seis baratijas que llevar a una caprichosa y nueva Doralice. Este don Álvaro, morisco, es personaje arcaico traído a la obra precisamente cuando la expulsión de los de su raza está llevándose, duramente, a su fin. Hay en la novela un melonero morisco, hay alusiones al romancero morisco y aparece un soldado que ha repartido mandobles así entre moriscos como entre luteranos herejes. No hay porvenir para estos personajes ni para su creador Avellaneda.

Avellaneda se une a la batalla divertidamente creada por Cervantes contra los libros de caballerías. Avellaneda creyó que todo era serio. Cervantes se apoya en una falsedad para crear un tipo estupendo y gozar literariamente escribiendo de él. Quienes conocemos relaciones de bibliotecas particulares de la época y fondos de mercaderes que compraban y vendían libros en aquellos años, sabemos que no aparece en esas librerías ni en esos fondos, libro alguno de caballerías. Todo lo más, algún particular conservaba un tomo, dado como viejo, *usado, traído*, con título caballeresco. Hasta en esto se equivocaba Avellaneda.

No existe el futuro literario de este escritor oculto. Su manera de escribir no es una promesa para ulterior maduración: es un broche torpemente ce-

rrado. No intentemos recordar, después de 1614, otro libro escrito de forma parecida. Nada posterior nos recordará ya, ni levemente, los giros y modos del continuador del *Quijote*. Aunque estén ahí, por aparecer —libros menores—, el *Donado hablador*, *La desordenada codicia...* y algunos más, posiblemente de fecha vieja.

Las equivocaciones de Avellaneda no son atolondramientos de jóvenes sino tropiezos seniles, entorpecimientos mentales de viejo. La moza del primer mesón donde va a parar don Quijote, procede de la putería de Alcalá. Bárbara, que aparecerá mucho después, procede de Alcalá y no es menos prostituta. Es la misma muchacha envejecida. Ambas tienen idéntica historia: fueron engañadas por un amante falso, sacadas de sus casas, robadas y abandonadas del mismo modo. Cualquier escritor ágil sortea fácilmente este escollo, evita que los personajes repitan sus mismas frases o que distintos personajes digan las mismas cosas con idénticas palabras.

Se ha dicho alguna vez que Avellaneda representa a la Contrarreforma. Incluso, por sus muchas alusiones al *santo rosario* y por sus piadosas y superlativas invocaciones, se le adjudicó un hábito frailuno. Nadie, quizá, ha reparado en su salacidad y grosería impropias de un religioso —Menéndez Pelayo sí—, y en las alusiones burlescas a costumbres pueblerinas, impuestas por los religiosos, contrarias a un espíritu puramente cristiano, o simplemente, a la buena justicia distributiva. Por ejemplo, el decir Sancho que en su aldea no tienen reloj pero que van a hacer unos órganos magníficos; que no tienen herrero, pues hay que ir a buscarlo al Toboso, pero que la imagen de Nuestra Señora tiene un rosario con cuentas de oro como el puño. Es decir que lo inútil o fastuoso sus-

tituye a lo práctico y útil, cosa con tanta frecuencia cierta pero que no señalara nunca un fraile. El mismo hecho de contar, como *milagro probado* esa historia, increíble de todo punto, de la Virgen convertida poco menos que en una actriz. Este milagro *no apócrifo* no es sino una burla que responde a las palabras del canónigo de Toledo cervantino cuando hablaba de los milagros apócrifos o no apócrifos. Avellaneda indica que los milagros más *aprobados* pueden ser apócrifos.

La prosa de Avellaneda —mucho menos los versos—, no abre camino hacia una nueva forma de escribir. Ni siquiera para eso sirvió esta novela del *escritor nuevo* de quien Cervantes se rió cumplidamente. Las mal hilvanadas aventuras ni siquiera tienen el atractivo de estar descritas con hermosas palabras, con terso estilo. Un verbo es repetido cansadamente en cortos renglones. Una frase de tres palabras exactas podemos tropezárnosla dos y tres veces en la misma página. Los adjetivos son prodigados con machaconería de musiquilla callejera.

¿Qué escritor carga, pasados los años, con la responsabilidad de haber escrito este libro? Ninguno, jamás. En Avellaneda no hay proceso de continuidad y superación: hay solución tajante de toda prolongación efectiva, reconocible, de su modo de trabajar literario.

4. Hay un medio simple de eludir el *problema Avellaneda*: no buscarle solución. No dársela. Convertir a ese Avellaneda en fantasma de un momento, que surge para molestar a Cervantes y desaparece luego de cumplida su misión estúpida. Avellaneda no existió. Ese *Don Quijote* espurio no fue escrito por nadie. Desentenderse de todo y aceptar la sentencia de Astrana Marín citada por García Salinero: *No más*

hipótesis. Ya hay demasiadas y ninguna cierta. Es el vulgar apaga y vámonos.

Así que, luego de tantos caminos recorridos, de tantas soluciones aventuradas, de tantas y tantas metas falsas, quedaremos en el arranque de todas las intrincadas sendas, descaminados, desorientados. Kilómetro cero. No hay Avellaneda. Pero queremos suponer que estamos en libertad de seguir buscando. Ahora bien, *en libertad* y con derecho pleno a prescindir de todos los Avellanedas ya adivinados e intuitos erróneamente.

Cuando tantas hipótesis han fracasado, podemos permitirnos el modesto lujo de jugar divertidamente con la pelota deshinchada, rota. Aceptémoslo así. Y aceptándolo, al menos unilateralmente, tomemos un personaje muerto ya en 1614, resucitémosle y hagamos que su sombra sea la que dicte ese *Quijote* apócrifo.

El hombre escogido, la sombra elegida por mí, sea la de Ginés Pérez de Hita, autor de *Las Guerras Civiles de Granada*, zapatero durante cuarenta años en la región murciana. Sea este zapatero el hombre que se llamó a sí mismo Alonso Fernández de Avellaneda.

Si acudimos a cualquier enciclopedia o a libro de historia literaria, hallaremos nota biográfica parecida a ésta: Ginés Pérez de Hita. Escritor español. Nació, posiblemente, en Mula (Murcia), en 1544. Vivió algunos años en Lorca y Murcia. Escribió *Las Guerras Civiles de Granada* o *Historia de los crueles bandos...* Murió en 1619. Menéndez Pelayo lo llamó *padre de la novela histórica española*. Si la nota es más amplia, traerá la supuesta protección del Marqués de los Vélez don Luis Cabeza de Hierro. Señalará que escribió dos poemas, uno de la *Fundación y Hazañas de la*

Ciudad de Lorca y otro de la *Guerra Troyana*. Poco más y casi todo falso seguramente.

Como el autor de este ensayo o divertimento ha investigado seriamente la vida de este escritor, hasta donde ha podido, ha de plantear su biografía del modo siguiente ²:

Nace Ginés Pérez de la Chica posiblemente en Andalucía por los años 37 a 40 del XVI. En 1559 casa en Vélez Rubio con Isabel Botía, hija de Antón Lázaro y Ginesa Hernández. Cambia en 1560 su segundo apellido *La Chica* por el *de Hita*. Declara ser hijo de Pedro Hernández de la Chica, vecino que fue de Jaén. No sabemos si esto nos autoriza a creer que el escritor nació en algún pueblo jienense o en la misma Jaén. Quizá en otra parte muy distinta.

En 1560, con su esposa y una hijita, Isabel Leandro, pasa a vivir en Lorca. Ejerce su oficio de zapatero. Escribe autillos para fiestas y dirige espectáculos populares, principalmente de Corpus Christi.

En 1569 asiste a la represión del alzamiento morisco en las Alpujarras. No en todo el tiempo que esta guerra duró sino un año muy escaso. No es cierto lo que él asegura, que estuvo en ella *tres años y más*.

El concejo lorquino le encarga un poema en el que había de cantar los hechos gloriosos de la ciudad, desde los tiempos en que la fundan los seguidores de

2 La investigación de los documentos de Ginés Pérez de Hita está realizada en Lorca por Manuel Muñoz Barberán y Juan Guirao García, archivero actualmente de aquella ciudad. La investigación murciana, por el mismo Manuel Muñoz Barberán. Otros investigadores importantes lorquinos de la vida de Pérez de Hita, fueron: Joaquín Espín Rael, Francisco Escobar Barberán y Francisco Cáceres Pla.

Eneas el troyano hasta los días aquellos corrientes. Realiza y cobra este poema en 1572.

En 1580 pasa a residir en Cartagena de la que en 1581 se dice *ya vecino*. En varias cartas se presenta ante el Corregidor como experto en montajes de autos sacramentales, esto es, autor. También en este año 1581 Miguel de Cervantes está en Cartagena, precisamente en los días del Corpus y después, a la espera de cierto cobro de cédula real, en el mes de junio. Pudo ver las representaciones del zapatero e incluso pudo conocerle.

En 1584 aproximadamente, uno de sus protectores lorquinos más significados, el tesorero del Concejo Juan Felices Duque, es procesado, con otros, por desfalco al Concejo. En 1590, tomará este asunto a su cargo, como juez o comisionado, el propio Mateo Alemán que se establece durante algún tiempo —algo más de un año—, en Lorca y pasa después a Cartagena en 1591. Es en este puerto famoso donde Mateo Alemán sufre una grave herida por taco escapado de una cureña durante ciertas salvas de cañonería. Pudo, también, conocer a Ginés Pérez de Hita.

En 1586, había comenzado ya Ginés a frecuentar la ciudad de Murcia, en la que vive un hermano suyo, sobre todo para actuar en fiestas del Corpus, posiblemente en juegos de sortija y torneos. Consta así en sus cartas a los corregidores y en múltiples recibos.

En 1591 pasa a residir enteramente en Murcia. Ejerce su oficio de zapatero, no abandonado nunca, y con el que se le señala en todas sus escrituras notariales, salvo en las de venta de originales literarios. Multiplica sus actividades en las fiestas acostumbradas. Aparte de danzas que aparecen a su nombre, hace también las de casi todos los gremios. Posiblemente sale a otros lugares o ciudades a otras fiestas,

puesto que se dan muy frecuentes compras por él de telas de colores en los meses de julio y agosto.

En 1595 publica en Zaragoza Ángelo Tavano la primera parte de las *Guerras Civiles de Granada* de Ginés Pérez. No aparece constancia documental de este trato en Murcia.

En 1598 vende Ginés Pérez a Juan Dorado, librero murciano, y a Miguel Serrano de Vargas, impresor vecino de Cuenca, tres libros originales: *Aventuras de Granada y Guerras Civiles de ella*, escritos de su mano. Este mismo año escribe dos sonetos para el túmulo de Felipe II que aparecerán publicados un año después, por el Concejo murciano.

Su poema *Los diecisiete libros de Daris, del belo troyano* lo termina y fecha en 1596. Con privilegio obtenido por Pérez, es vendido este poema por su autor al librero de Alcalá Juan García. No llegó a publicarse.

En el año 1600 se encuentran fechados los últimos documentos murcianos del escritor. No muere en Murcia donde hasta del más humilde y pobre fallecido estaban obligados los herederos a declarar los bienes. No hay constancia de su sepelio en ninguna parroquia que conserve sus documentos. No hay, claro, testamento ni declaración de herederos.

Dos años después de su desaparición, aún tenemos su nombre en una lista de deudores a cierta sociedad comercial, puesto el mote entre los fácilmente cobrables y no en lista aparte donde aparecen los fallecidos o dados por incobrables.

Falto de documentos que den noticia de él desde 1600 en adelante, a pesar de las enciclopedias y libros que le otorgan diecinueve años más de vida —hasta 1619— queda todo lector en libertad de alegar su muerte muy posible no solamente antes de ese año 19

sino que en el mismo año de 1600. Yo me dispongo a jugar con la posibilidad de que fuera Ginés Pérez de Hita el autor del *Quijote apócrifo* y creyendo que al escribirlo contara con una edad avanzada, puesto que rondaría los setenta y cinco años. A nadie quiero ocultar mis cartas débiles, nunca trucadas. He de recordar —innecesariamente— que Miguel de Cervantes no era un jovencito cuando publicó su segunda parte espléndida o cuando dio remate a su *Persiles y Sigismunda*, acercándose a los setenta y dos de su edad. Recordaré también que el contemporáneo de Pérez, aunque más joven, Licenciado Francisco Cascales, alcanzó, escribiendo lúcidamente hasta el final de sus días, la avanzada edad de ochenta y dos o más años. En 1579 tenía más de veinte años y murió en 1642.

II

1. ¿Por qué aventuro que el estilo literario de Avellaneda es torpe y reiterativo?: porque solamente en el capítulo primero inicia su libro con estas repeticiones pesadas y molestas:

Sucedió, pues, en este tiempo... 22/5.

Sucedió, pues, en este tiempo... 22/18.

—*A fe— dixo Sancho...* 20/12.

—*A fe— dixo Sancho...* 26/15.

aquellos setecientos años... 20/12.

que sietecientas veces... 31/19.

—*Por cierto, señor...* 32/17.

—*Por cierto, señor...* 32/23.

—*Por cierto, señor...* 34/19.

—*Paréceme, señor don Álvaro...* 36/3.

—*Paréceme, señor don Álvaro...* 38/5.

*vieron entrar por la calle principal en la placa
quatro hombres principales...* 29/9.

muestra ser gente principal... 30/9.

parecía ser el más principal...

parecía ser el más principal... 32/16.

es algo pequeña de quierpo... 36/1.

no dexa essa de ser alguna pequeña falta...
36/4.
no dexará esto de ser alguna pequeña imper-
fección... 36/1.

En este mismo capítulo, Sancho al hablar del pasado cercano en que anduvo de aventuras con su amo don Quijote, insiste en el tiempo exacto:

se tornaron molinos aora un año... 24/8.
que passamos nosotros aora un año... 25/19.

Don Quijote se contagia de las palabras de su escudero y repite:

...Pedro Alonso creo que me le hurtó aora un
año... 27/12.

¿Por qué escribí que Alonso Fernández de Avellaneda había tomado como ejemplo literario al zapatero Ginés Pérez de Hita? Por esos mismos párrafos repetidos. Esa peculiaridad es propia de Pérez. Como esto lo veremos demostrado más adelante, diré ahora que mi afirmación comienza a verse justificada en este mismo capítulo. Avellaneda prescinde del escritor arábigo creado por Cervantes —han dicho muchos que a imitación de Pérez de Hita—, pero inventa otro escritor e historiador arábigo llamado Alisolán también inspirado en el Aben Amín que encontrara Pérez. Con lo cual nos encontramos nosotros ante un giro alocado de influencias que conducen siempre al historiador arábigo. Pero resultará de este primer capítulo que la presencia de don Álvaro nos traerá un viento oloroso procedente de los jardines de la Alhambra. Don Álvaro es «descendiente del anti-

guo linaje de los moros Tarfe de Granada, deudos cercanos de sus reyes y valerosos por sus personas, como se lee en las historias de los reyes de aquel reyno, de los Abencerrajes, Zegries, Gomeles y Mazas, que fueron christianos después que el chathólico rey Fernando ganó la insigne ciudad de Granada».

Al traer don Álvaro, ya en este primer capítulo, todos esos nombres, procedentes del viejo reino Nazarita, nos evoca, nos hace evocar, al moro famoso Tarfe, personaje importante de «Las Guerras Civiles de Granada» y con él a todas las familias destacadas en esa novela historiada o historia novelada que publicara Tavano en Zaragoza hacía ya casi veinte años. Historia cuyas ediciones proliferaban una tras otra.

Coinciden, además, las palabras de don Álvaro con lo escrito por Pérez:

un bravo moro Atarfe, deudo muy cercano del
Rey de Granada... 107 I.P. G.C.

Historia de los... Zegries y Abencerrages... de
Granada... basta que el Rey Don Fernando...
la ganó. Titulación. G.C.

donde eran Gomeles, Mazas, Zegries, Vanegas,
Abencerrages... 5/9 I.P. G.C.

se habían pasado con el Rey Don Fernando y se
avian vuelto Christianos... 224/31 I.P. G.C.

Después que Fernando Quinto ganó la in-
signe Granada... 10/10 I.P. G.C.

Son los mismos. Vuelven. Don Álvaro viene a traer-

nos su recuerdo, que no morirá con la «expelió» que ahora se remata.

Pero nos dice Avellaneda, en la primera página, de

unas justas que se hazían en la insigne ciudad de Zaragoza 19/12.

Insiste don Álvaro:

vamos a la insigne ciudad de Zaragoza, a unas justas que... allí se hazen... 31/5.

Y otra vez don Álvaro, al nombrar su ciudad natal, dice:

... después que el Cathólico rey Fernando ganó la insigne ciudad de Granada.

Para Avellaneda, las ciudades importantes deben ser llamadas *insignes*. Cualquier escritor de aquella época pudo titular así a las ciudades. Pero no lo hizo Cervantes. Ni otros muchos. Si Avellaneda lo hace es por parecerse más a Pérez de Hita que siempre lo hacía. Por ejemplo, cuando escribió su poema de Daris:

de la ciudad insigne tan famosa... 450 (Troya).
de la ciudad insigne... 248 (Igualmente, Troya).

Y cuando en «Guerras Civiles» se refiere a Granada:

insigne ciudad... 1/14 I.P.

... nuestra insigne ciudad de Granada... 161/5.

Fuése esta ciudad haciendo muy insigne... 2/20.
la insigne ciudad... 3/5.

esta insigne ciudad... 3/17.

antigua y insigne ciudad de Granada... 163/7.

Costumbre antigua de Avellaneda, si realmente era el escritor que yo pienso. Imitación rigurosa, si no lo era. Había leído, pues, fervorosamente las obras de Pérez de Hita.

2. La severidad crítica no se puede mezclar con el fácil asombro, lo sé. *Pasmoso* que Avellaneda diga a las ciudades *insignes*; *asombroso* que en unas palabras coincidan tales y tales textos; *maravilloso*, casi milagroso, que unos personajes vengan de Granada y traigan recuerdos del moro Tarfe... No puede el crítico condescender con el investigador incipiente hasta el punto de admirarle y aplaudirle todos sus pretendidos hallazgos. Podrá sí, conceder el crítico que es poco terreno un sólo capítulo del Avellaneda para que se contengan en él tantas coincidencias. Y lo digo porque en *Guerras Civiles de Granada* hay una plaza llena de gentes que esperan un juicio contra su reina. En el apócrifo hay una modesta plaza donde toman el fresco unos buenos vecinos. En nada se parecen las dos plazas. Una es Bibrrambla y la otra es la placita de la iglesia. Los de Bibrrambla, de pronto,

por una calle oyeron trompas de guerra; y visto lo que podía ser, era que los cuatro cavalleros acusadores... 230/4 I P.
llegaron desta forma los quatro... 230/10.

Poco después entran otros:

entraron cinco cavalleros muy bien aderezados... 231/4.

En realidad, estos cinco caballeros eran cuatro puesto que el quinto les acompañaba. Los segundos recién llegados eran también cuatro. Entonces,

concurría a ellos toda la gente de la plaza... 231/9.

aguardando lo que sería... 231/1.

En el Apócrifo:

los quales, vistos por los que en la plaza estaban... 29/12.

aguardaron un poco a ver qué sería... 29/13.

Los de la placita de la aldea lo que han visto es:

entrar por la calle principal quatro hombres principales...

Y han pensado lo mismo que los otros moros que ven llegar a los cuatro caballeros que van a Granada a defender a la reina:

cavalleros tan apuestos y de tan extraño trage no los solemos ver por estas partes, si no es quando de la parte del mar Lybico vienen a negociar algo con el Rey... 223/13.

Y los aldeanos de la placita piensan, lógicamente:

Deven de yr a la corte a negocios de importancia pues su trage muestra ser gente principal... 30/6.

Hagamos un alto para considerar esto de que las personas principales sean conocidas por su traje. Es lógico. A mayor principalidad, mejor traje, más ricas ropas. Aunque los rostros sean los de unos facinerosos. No hay mirada serena, segura, no hay cuidado de las barbas, limpieza, majestad en los gestos, o si no majestad una cierta severidad en las palabras, en los ademanes y movimientos de cabeza y manos, del cuerpo en general. Ese algo que distingue a los caballeros y que Avellaneda —también Pérez—, debieron saber describir (no yo que ni soy novelista ni soy historiador). Ah, no: *el traje*. Pero, claro está, son aldeanos quienes miran las vestimentas y por ellas sacan la punta del hilo y el ovillo entero. Trajes buenos, buena gente. Pues no es así. Quien piensa que, por el traje, deben de ser gentes que van a la corte, es, en *Guerras Civiles*, un caballero moro. Después, en el *Apócrifo*, serán las gentes de la aldea. Pero veamos, en el mismo *Apócrifo* un poco más adelante.

Don Quijote está en Sigüenza. Ha dado su espectáculo en la ciudad y es vuelto a la posada por el buen ermitaño. Les siguen las gentes:

Unos dezían que era loco y otros no, sino algún cavallero principal, que su traje eso mostraba. 202/11. XXIII.

Ahí tenemos el empecinamiento de Avellaneda que no cambia, jamás, de opinión. Ni en el Argamasilla ni en Sigüenza.

Pérez de Hita era igualmente firme en sus decisiones de que las gentes fueran o no importantes por los trajes. Ya lo hemos visto en la cita anterior; lo veremos ahora en otras:

bien se parecía ella ser mora de valor en los vestidos que llevaba puestos... 331/9. G. C. II P.

Parecía el moro ser de mucho valor, según se mostraba en el aspecto y garbo. Traía una marlota... 222/29. I P.G.C.

juzgábalo por hombre valiente y rico; porque el traje tan bizarro que usaba... lo daba a entender... 70/32 I P.G.C.

Nada de extraño en que estos caballeros llegados a la aldea traigan

doze cavallos de diestro, ricamente enjaezados... 29/11.

Como aquellos otros de G.C. traían,

doze poderosos cavallos, enjaezados de gran riqueza... 251 I P

Los cuatro caballeros cristianos, para venir a Granada a defender a la reina, habían decidido —con aragonésismo claro— *tomar la mañana*:

sépalo o no lo sepa, tomemos la mañana... 115/33 I P.

Los cuatro caballeros de extraño traje, en la aldea, para llegar a tiempo a Zaragoza, a las justas:

se resolvieron, al partir, que *tomassen un poco la mañana*... 33/.

Lógico que aquellos esforzados caballeros cristia-

nos usaran de aragonésismos puesto que o sus parentelas eran aragonesas y hablaban en familia usando llanamente esos modismos, o tenían influencias claras de su rey don Fernando, aragonés. En cuanto a don Álvaro, a pesar de ser granadino, las influencias le habían llegado muy lejanamente desde que un antepasado suyo, el moro Tarfe, había hecho el mismo viaje que él hacía ahora.

Veamos ese viaje:

floreceían en Toledo estos claros linages en tiempo del Rey Galafio, que reinó en Toledo. Éste tenía un hermano, que era Rey de un lugar que se dezía Belchid, junto a Zaragoza en Aragón, al qual llamaban Zayde; y éste tenía grandes competencias y guerras con un bravo Moro llamado Atarfe, deudo muy cercano del Rey de Granada. Y aviendo hecho pazes entre Zayde rey de Bilchid y el Moro Atarfe, granadino, el Rey de Toledo hizo una muy solemne fiesta... 107/14. I.P. G.C.

La causa de vivir en Granada éstos fue que, como se perdió Toledo, se retiraron a Granada, y allí quedaron vecinos por su valor y nobleza... 107/30. I.P. G.C.

Tenemos, pues, que el moro Atarfe es pariente, *deudo cercano* del rey de Granada, lo mismo que don Álvaro, que es descendiente de *deudos cercanos de sus reyes*. Que Atarfe tiene guerras con el rey Zayde de Bilchid, junto a Zaragoza; que hacen las paces y van a Toledo a una fiesta. Y encontramos a don Álvaro viniendo desde Granada a Zaragoza; que hacen las paces y van a Toledo a una fiesta. Y encon-

tramos a don Álvaro viniendo desde Granada a Zaragoza —en este caso, junto a Bilchid—, y volviendo con don Quijote a Toledo, de donde procedían sus antecesores, mientras que sus acompañantes volverán a Granada por un camino, acaso más corto, desde Valencia.

La consecuencia es clara: si Avellaneda decidió traer al *Quijote* ese personaje granadino, hubo de documentarse cumplidamente y lo más indicado para ello resultó tomar la *Historia de los crueles Bandos de Zegries y Abencerrajes...*, libro que, en realidad, leían sólo las gentes sencillas que no exigían mucha veracidad, sino que lo hacían para ocupar un rato en divertirse con todos aquellos mandobles, porrazos, coscorrones y desastres tremendos. Avellaneda era uno de esos fervientes y sencillos lectores.

3. Don Álvaro, el caballero granadino de simpático porte, es hospedado en la casa de don Quijote. Mientras esperan la cena, éste pide al caballero que le dé noticia de su amada: *me dé cuenta dessa hermosa señora y de su edad y nombre y del de sus nobles padres*. Don Álvaro, luego de considerar el grueso Calepino que para ello sería necesario, le dice a don Quijote sólo de la hermosura de su amada y de su edad, dieciséis años. Su hermosura es tanta

que a dicho de todos los que la miran, aún con ojos menos apasionados que los míos, afirman della no aver visto, no solamente en Granada, pero ni en toda la Andalucía, más hermosa criatura 35/13.

Es decir, que era tan hermosa como las damas de Pérez de Hita:

*una beldad que no se avía conocido mayor en el Reyno de Granada... 293/37 II P. G.C.
ninguna en el Reyno de Granada le hacía ventaja... 152/16 I P.G.C.*

Dice también que tenía

las mexillas de rosas recién cortadas... 35/18.

Como en *Guerras Civiles*:

*Que no la hay más hermosa
en toda la Andalucía;
blanca es y colorada
como la rosa más fina... II P. 209/15.*

—¡Alto, alto! —oigo decir a don Quijote mismo—; esto que decís de las rosas lo dicen, lo han dicho y lo dirán todos los poetas de sus amadas, y yo lo diría de Dulcinea!

—Así es, señor, y no haya más sobre esto. Deja, muchacho, de traer esas similitudes que huelen a hartío generalizadas. Tente en los límites de las exclusiones granadinas y andaluzas.

—Digo que así lo haré.

III

1. En *Las Guerras Civiles de Granada* se dice de una mujer que era *muy hermosa* y seguidamente se describe su vestido golpeado de puntos de oro, de tales colores, con tales tipos de telas... Nos ha dejado Pérez de Hita sin el rostro de la bella. No nos ha dicho si los ojos eran grandes y negros, si las cejas hacían un delicado arco, si había un lunar que adornaba una mejilla, si la boca era más grande o pequeña... Se podrá alegar que es una generalidad en todos los escritores desprestigiar esos detalles y salir del paso escribiendo que la tal mujer era bellísima. No acepto tal ligereza de juicio si el escritor alivia sus esfuerzos constantemente recurriendo a esa fórmula. Al describir un carro triunfal, un arco, unos vestidos, quien escribe deberá describirlos y causar en el lector el efecto de que son maravillosos, no decir simplemente que eran maravillosos. Pérez ahorra el esfuerzo muchas veces diciendo que las cosas son *maravillosas* o *muy ricas*, o *riquísimas*. Resultará una característica del escritor el insistir en este recurso fácil. O bien el acudir a frases acuñadas, hechas, repetidas por muchos, para la descripción de un hecho; ejemplo, los personajes heridos de muerte que se *revuelcan en su propia sangre* y seguirán *revolcando en su sangre* así estén hechos *dos mil pedazos*. Hacer a unas personas dos mil pedazos, que revuelquen en su sangre, que muden el color y que tengan traspillados los dientes,

son generalidades. Si lo leemos constantemente, pasarán a caracterizar, estas frases, a un escritor.

Dice don Álvaro que sus antepasados eran *vale-
rosos por sus personas*. Es un lugar común en todos los escritores de la época. Pero...

Veamos cómo Ginés Pérez de Hita usa de este recurso estimativo de la categoría moral y física de sus personajes:

En *Guerras Civiles de Granada*:

por el valor de su persona... 23/18 I P.
el valor de su persona... 30/14 I P.
valiente por su persona... 37/25 I P.
de grande valor por su persona... 68/27 I P.
el valor de sus personas... 111/1 I P.
el gran valor de su persona... 113/9 I P.
así en valor de persona... 129/31.
es valeroso por su persona... 217/8
el grande valor de su persona... 220/13 I P.
y valeroso por su persona... 298/2 I P.
no mirando el valor de las personas...
Valeroso de su persona... 17/1 II P.
Valiente de su persona... 41/9 II P.
el valor de sus personas... 41/39 II P.
el valor de su persona... 126/10 II P.
el valor de mi persona... 126/10 II P.
el valor de tu persona... 191/31 II P.
el valor de mi persona... 191/31 II P.

Hago gracia al lector de una veintena de citas.

En el poema de la Guerra de Troya, libros de Daris

con el valor de su persona... 210 v.
el gran valor de sus personas... 302 v.

valiente en su persona... 304.
aquel valor de su persona... 348 v.
el valor de su persona... 315.
el valor de su persona... 350.
el valor de tu persona... 288.
con valor de su persona... 407.
etcétera.

Parece una insistencia molesta de Pérez. Distribuidas por el texto, estas frases llegan a impresionar la memoria del lector que ya espera, luego de la aparición de cualquier personaje, la coletilla obligada. Cuando ese u otro personaje relaten sus propias aventuras, o cuando las cuente el autor.

En el Quijote Apócrifo, el muestreo es impresionante también:

valerosos por sus personas... 33/22 I.
yo, con mi persona... 40/14 II.
el valor de mi persona... 83/22 IV.
valeroso cavallero por su persona... 87/24 IV.
el valor de su persona... 119/8 VI.
el valor de su persona... 146/14 VII.
el valor de persona... 189/2 X.
el valor de mi persona... 255/13 XXIV.
el valor de mi persona... 30/15 XXVI.
el valor de mi persona... 29/9.
el gran valor de vuestra persona... 99/23 XXIX.
del valor de sus personas... 109/5 XXX.
el valor de su persona... 143/10 XXXII.

Como en las citas anteriores, he rechazado las que, expresando lo mismo, varían en su composición:

con mi persona... 255/25 XXIV.
con mi persona... 226/4 XXIV.
por sola su persona... 121/2 VI.
etcétera.

Como, naturalmente, Miguel de Cervantes no podía escapar a esta frase hecha, tan usada por todos, en su *Don Quijote* la trae, según mi lectura, un par de veces, refiriéndome a las dos partes, primera y segunda:

vuestra merced muestra el valor de su persona... Cap. XXI.
según era el valor de su persona... Cap. XXVI.

Así que, cuando oigo que don Quijote me grita ¡Alto, alto! en aquello de las rosas recién cortadas de las mejillas de la enamorada de don Álvaro, yo callo, espero que don Quijote salga de la venta en la que tengo puesto mi retablo, y considero libremente. Sí, es cierto que las rosas van unidas a las descripciones de mujeres en todo el mundo conocido. Mas Pérez de Hita abusa de esa manera descriptiva y:

dos rosas semejaban sus mejillas... Daris 140 v.
como la rosa fina cuando se abre... 388 D.
tenía las mejillas coloradas,
así como de rosa el color fino... 226 D.
parándose colorada como rosa... 78/16 G.C.
colorada y hermosa, como la fresca rosa en el
rosal... 78/24 G.C.
parándose muy colorada, como la fina rosa...
28/55 G.C.
Blanca es y colorada como la rosa más fina...
209/15 G.C.

Y no hay más rostro que el recuerdo de la rosa cortada, en el rosal, abierta, fina... Es una característica más de Pérez. Así todos traigamos rosas para nuestras comparaciones enfervorizadas. Don Álvaro añade a los encantos de su amada unos *dientes de marfil, los labios de coral, el cuello de alabastro, las manos de leche...* ¿El lector puede hacer idea de la belleza de la granadina? Las mismas leches, alabastros, marfiles y corales encontrará en Pérez; la misma ausencia de rostros.

2. El decidido propósito, ya dicho una o dos veces, de andar este camino de investigación con paso ligero, se ve contrariado ahora —y quizá se vea, por otros motivos, otras muchas veces— por el recuerdo de la conversación entre don Álvaro y don Quijote sobre sus respectivos amores. Ya había dejado pasar esos momentos del libro, pretendía olvidarlos, andaba hojeando el capítulo X o el XI, cuando algo aleteó en mi débil memoria. Yo hice unos apuntes... Sí. Los hice y aparecieron entre mis malditos papeles. No son gran cosa pero hay que considerarlos. Todos estos detalles resultan curiosos y parece, mirándolos, como si observáramos la mecánica de cualquier artificio de reacciones exactas y fijas. Esos aparatitos eléctricos que divierten a los muchachos. Da la bolita en un punto determinado y se enciende determinado número, luego en otro que hace encender otro número y otro y otro. Siempre lo mismo.

Hay cabezas libres, hermosamente complicadas. Hay otras simples como una cajita de música que sólo llevase preparadas seis cancioncillas. Las cabezas libres pueden cometer errores, claro. Las cajitas de música, pueden estropearse, pero, en su buena marcha, funcionan siempre *por su orden*, perfectamente.

Vamos a dar unas líneas generales a tres historias sencillas. La de los amores de Reduán, la de los amores de don Álvaro y los de don Quijote.

Reduán amaba a la hermosa Lindaraxa. Pero Lindaraxa no lo amaba a él.

Don Quijote amaba a Dulcinea, pero Dulcinea no amaba a don Quijote.

Reduán decide olvidar a Lindaraxa.

Don Quijote decide olvidar a Dulcinea.

Don Álvaro tiene una amada granadina. Sale con tres caballeros más, *principales*, camino de Zaragoza a unas fiestas. Son *cuatro* caballeros. Van deprisa, pero don Álvaro no cuenta entre los amantes rechazados.

Haxa, es una belleza incomparable, hija del Alcaide de la fuerza de Ronda. Sale con sus *cuatro* hermanos, camino de Granada. Van a unas fiestas y se les hace un poco tarde. Van deprisa, también.

Haxa es tan bella —como queda dicho— que

ninguna en el Reyno de Granada le hazía ventaja... 152/15 G.

Tan bella pues, como la amada de don Álvaro que

no solamente en Granada, pero ni en toda Andaluzía, había más hermosa criatura... 35/15.

Iban los *cuatro* caballeros moros con su hermana, la preciosa, cuando aparecen, por el Soto de Roma, *cuatro* caballeros cristianos que emprenden batalla con los cuatro moros, posiblemente para robarles la hermosura que llevaban. Reduán llega a tiempo de librar a dos de ellos de la furia cristiana. Reduán se siente deslumbrado por la belleza incomparable de Haxa y olvida a Lindaraxa súbitamente:

ya no se acordava de ella ni aún si la viera
152/17.

Reanudando el camino de Granada, comienzan las preguntas. Allá quedan enterrados los otros dos hermanos.

quién soy, o de dónde 153/9.

quién soys y de dónde 153/9.

quién soy y de dónde 153/17.

Ya Reduán había preguntado a la bella:

quién era y de dónde 152/8.

Hay que recordar al lector las repeticiones de Avellaneda señaladas ya.

Es cosa de justicia decir aquí que el moro Reduán, además de ser un hombre valiente, era un hombre culto. Sus amores los revela de esta manera a la hermosísima enamorada:

ardo en vivas llamas, siéntome más frío que los Alpes de Alemaña, no sé lo que por mí pasa, ni sé si me hable, o si me calle, ni el medio que tengo de tomar para poder aclararme, descubriendo un Mongibelo que arde en mis entrañas, un Estróngalo, un Vulcano o un mar furioso y tempestuoso hasta el Cielo levantado, una Sylla y Caribdes de ponzoña llenos...
154/17.

Los hermanos de Haxa,

traían sus cavallos del diestro... 155/23.

Los acompañantes de don Álvaro,

traían doze cavallos del diestro... 29/11.

Llegados a Granada, son llevados al rey los dos moros restantes del ataque cristiano y la bellísima. Preguntados por el rey, los moros responden que venían a las fiestas que

se hazían en esta insigne ciudad de Granada... 158/1.

Don Álvaro, preguntando por los del pueblo y luego por don Quijote, responde que iba a las fiestas de la *insigne ciudad de Zaragoza* y que venía de la *insigne ciudad de Granada*.

Cuando descubre el rostro Haxa, que lo traía tapado por luto a sus hermanos, todos piensan:

qué más pudo ser Diana... 159/13.

Como que, en realidad, su rostro

no menos que el de Diana era... 149/5.

Don Álvaro, al preguntar a don Quijote las señas de Dulcinea su enamorada, reflexiona:

ha de aver puesto los ojos no menos que en una Diana... 23/24.

Pregunta el rey a Reduán por sus antiguos afanes amorosos y Reduán responde, entre otras cosas:

el tiempo buelve las cosas y las muda...
160/13.

Don Quijote, interrogado por don Álvaro, responde, entre otras cosas:

con el tiempo, que todas las cosas muda...
44/6.

Don Quijote, *desamorado*, se muestra tan culto como el moro encendido por su nuevo amor:

sólo imita en crueldad y fiereza a la inhumana Medea...

una leona de África y una tigre de Hircania... Yo le escribo más largas arengas que las que Catalina hizo al senado de Roma; más heróycas poesías que las de Homero o Virgilio; con más ternezas que Petrarca escribió a su querida Laura... Páginas 44-45 Cap. II.

con más agradables episodios que Lucano ni Ariosto... 45/19.

Por cierto, don Quijote tiene la misma escuela que el moro Reduán.

En el Palacio real de Granada, sale a Reduán un enemigo: un Zegrí que pretende, súbitamente, casarse con la hermosa Haxa. Alega:

Soy Zegrí, descendiente de los reyes de Córdoba, y en Granada no valgo tan poco...
160/28.

Don Álvaro también se había presentado así a don Quijote, sólo que como descendiente de los reyes de Granada:

descendía del antiguo linaje de los moros Tarfe de Granada, deudos cercanos de sus reyes... 33/20.

Pero dijo el moro enamorado:

me ha robado mi libre voluntad... 160/36.

Y dice don Quijote:

Dulcinea, robadora de mi voluntad... 42/6.

Y dice don Álvaro refiriéndose a su joven granadina:

es reyna de mi voluntad... 34/5.

El Zegrí aguarda

la respuesta de su gloria... 161/2.

Don Álvaro recuerda a su

consumada gloria... 34/8.

No puedo pasar por alto, y no lo pasaré, el descuido que la edad obliga a cometer al Avellaneda. Cuando Don Quijote, ya en el capítulo III, muestra a don Álvaro su caballo Rocinante, al hacer su elogio, enumera otros caballos famosos:

«No hay Bucéfalo, Alfana, Sayano, Babiaca ni Pegaso...» 70/5.

¡Alto, alto! —y ahora soy yo quien lo digo a don Quijote. Bucéfalo es nombre propio de caballo y Sayano y Babiaca y Pegaso. Pero ¿quién ha dicho a vuestra merced y al licenciado Fernández que alfana es un nombre propio de caballo famoso? El señor Avellaneda hace mucho tiempo que leyó las estrofas del Orlando. Gradasso montaba un soberbio alfana, pero no es que el caballo de Gradasso se llamase Alfana, es que era un alfana. Nada más que para poner los puntos sobre las íes, licenciado.

Un alfana es un caballo corpulento, fuerte y brioso, en castellano, en italiano y en francés. Tan es así que, como el Diccionario de la Academia Francesa dijera que Alfana venía de equus, un tal caballero de Cailly hizo un epigrama que me permito traducir de esta manera tosca:

*Alfana viene de equus, quién lo duda;
pero el vocablo ha cambiado así
porque, al venir de lejos hasta aquí,
en tan largo camino, algo se muda.*

IV

1. Aparte de a su oficio de zapatero, Ginés Pérez de Hita dedicó muchos de sus trabajos a dirigir juegos de sortija, torneos, fiestas de moros y cristianos e *invenciones* de toda clase. Los documentos y recibos firmados por él mismo, en Lorca, sus cartas en Cartagena y Murcia, así lo demuestran. No resulta extraño que en sus obras literarias estos juegos, tan generalizados en su época, aparezcan descritos con todo detalle. Ejemplo, *Las Guerras Civiles de Granada*, libros donde hay varios capítulos dedicados enteramente a juegos de cañas, sortijas y desfiles de carros alegóricos.

Cervantes no incluyó en sus obras ninguno de esos juegos, salvo en *Don Quijote de la Mancha*, en las bodas de Camacho, donde aparecen unos danzantes —sin excesiva descripción— que juegan espadas, trenzan pasos de bailes y, por fin, unas muchachas que representan el paso del Amor y el Interés. No recuerdo otra obra importante en que aparezca, descrito ampliamente, un juego de sortija. Hay, sin duda —y no conozco muchas— descripciones de fiestas mayores, de obsequio a ilustres visitantes, solemnidades reales, canonizaciones y demás, en las que posiblemente se contenga algo o mucho relacionado con estos juegos. Alguna de estas descripciones se atribuyó, ligeramente, a Cervantes.

En el *Quijote apócrifo*, como en *Guerras Civiles*,

hay un juego de sortija. Lazo que se añade a los muchos que van a unir ambas obras literarias. Avellaneda era aficionado a estas fiestas y, por la minuciosidad con que las describe, parece que era un experto en ellas. Avellaneda no sólo conocía las fiestas, como otros escritores podían conocerlas, sino que sabía su mecanismo interno. Fiestas de Corpus, desfiles triunfales, invenciones... Como Pérez de Hita.

Me ocuparé de estas habilidades de Avellaneda en otro momento.

Ahora quiero poner ante el lector crítico unos ejemplos que demuestran el paralelismo entre la fiesta de sortija ordenada en Zaragoza por los amigos de don Álvaro y las mismas fiestas descritas en *Guerras Civiles* por Pérez de Hita.

Los juegos de sortija que aún quedan por nuestros campos, aldeas y pueblos, se hacían, sesenta años atrás, cabalgando los muchachos los mismos animales que les servían para su trabajo cotidiano; borricos, mulas, algún caballo... Las bicicletas vinieron a dejar a un lado a esos simpáticos animales que trabajaban y jugaban con sus amos. Hoy, los pocos zagalones que juegan sortija la juegan en *bici*. En tiempos de Cervantes y Pérez de Hita, jugar o correr sortija era ejercicio de caballeros. En caballos se corría, lanza en ristre. Se puede asegurar que, como los juegos de cañas, era casi exclusivo de caballeros, poseedores de buenas cuabras.

Pérez de Hita insiste muchas veces en la *principalidad* de quienes se ocupaban de estos juegos:

cavalleros principales... 76/22 G. C. I-P.
como era cavallero principal... 76/25 G. C. I P.

él y todos los demás cavalleros principales...
77/19 G.C. I P.

todos gente principal... 107/11 G.C. I P.

Así señala Pérez a los caballeros que preparaban el juego descrito en el capítulo X de su obra, primera parte. Me permito la libertad de acudir a otros juegos y otros capítulos para mis comparaciones, pero procurando ceñirme solamente al citado capítulo. En la segunda parte —nos dice Pérez— no hay juegos de sortija porque los moriscos sublevados carecían de caballos buenos o, en general, de caballos.

Quienes disponen el juego de sortija zaragozano, así como los que desde Granada concurren a él y ayudan a disponerlos, son principales ¿cómo no? Los de Zaragoza:

unos cavalleros de la ciudad de los más principales... 175/15 Q. ap.

tres cavalleros de los más principales... 186/3.

cinco o seys cavalleros principales... 192/11.

Y los que vinieron desde Granada:

gente principal... 30/9 Q. ap.

el más principal... 30/23.

el más principal... 31/16.

Toda la gente principal de la Granada mora se reúne

por adereçar cada uno lo que avía de sacar en el juego de sortija... 79/15 G.C.

Todos los principales del Apócrifo se reúnen en Zaragoza

para dar con ellos orden qué libreas avían de sacar en la sortija... 184/2 Q. ap.

O para

tratar en las libreas que cada uno tenía para la sortija... 193/22. Q. ap.

2. Tanto en Granada como en Zaragoza, se da aviso a los *menestriles*. Los *menestriles* —*ministriles*, en la realidad—, son instrumentistas a sueldo de un cabildo para asistirle con sus músicas, alegres o tristes, religiosas o cívicas, en los actos solemnes de tal cabildo, sea catedral o concejil. Los ministriles de Murcia y de Lorca solían acudir, contratados y fuera de su obligación ordinaria, a torneos, justas literarias y juegos de sortija. Eran de la Santa Iglesia Catedral los de Murcia y de la Insigne Colegiata los de Lorca. Durante veinte años, Ginés Pérez de Hita colaboró con el maestro de capilla lorquino Cebrián, en representaciones de Corpus en aquella Colegiata Insigne. Los respectivos ayuntamientos de esas ciudades sólo disponían de dos trompetas y dos tambores.

comercaron a sonar los menestriles... 204/1 Q. ap.

oyeron muy dulce son de menestriles... 80/40 G.C.

Ya que había de haber muy ricas joyas:

muy ricas joyas... 80/33 G.C.

muy ricas joyas... 186/1 Q. ap.

Todos los caballeros

se aprestaron y adereçaron lo mejor que pudieron de sus ricas libreas... 199/13 G.C.

muy ricamente adereçados de libreas... 81/10 Q. ap.

Dispuestos a mostrar

el valor de sus personas... 77/12 G.C.

el valor que ay en mi persona... 210/16 Q. ap.

Por tanto,

No quedava en toda la ciudad de Granada que no uviese venido a ver aquella fiesta... 80/35 G.C.

Y tantas gentes acudieron del Reyno... 55/7 G.C.

Vino a la fiesta la nobleza del reyno y Ciudad... 203/16. Q. ap.

avía (...) dos arcos triumphales que estavan costosa y curiosamente hechos... 200/1 Q. ap.
quatro arcos triumphales de extraña hermosura... 84/5 G.C.

cosa muy rica y costosa... G.C.

estando ya los juezes puestos en un tablado... 83/25 G.C.

Vinieron también los juezes... pusieron en un tablado... 203/19-23 Q. ap.

Juezes acompañados... 226/21 G.C.

muy acompañados... 203/20 Q. ap.

*los juezes eran dos cavalleros.. 83/21 G.C.
eran un titular y dos cavalleros... 203/21 Q. ap.*

*estando toda la plaça aderezada... 186 G. C. II
P.
la calle del Coso riquisimamente aderezada...
203/11 Q. ap.*

*quando oyeron muy dulce son de menestriles
que salía por la calle del Zacatin... 80/40 G.C.
començaron a sonar los menestriles y trompetas
y al mismo son començaron a entrar por la ca-
lle... 204/1 Q. ap.*

*Tras esto venían treynta cavalleros muy ri-
camente adereçados de libreas... 81/10 G.C.
Tras estos entraron veynte o treynta cavalleros
(...) con libreas también muy ricas... 207/1 Q.
ap.*

*en extremo rica y costosa... 106/19 G.C.
También muy ricas y costosas... 207/2 Q. ap.*

3. Las letrillas que estos caballeros traen y arrojan al público asistente a la fiesta, son las que siguen y que concuerden bastante con las arrojadas llevadas por los participantes en los juegos descritos por Pérez en su segunda parte:

*En mi alma el sol divino
los rayos con que me inflama
qual sol de gracias derrama. Q. ap.*

*En mí no cabrá placer
hasta que vea a Granada*

de los moros conquistada. G.C.

*Sólo con piel de cordero
de palabras me corona,
que en las obras es leona... Q. ap.*

*Quando vea el alameda
de mi Guadix deseada,
de moros será Granada. G.C.*

*Matóme su vista sola;
mas por su divina mano
nueva vida y gloria gano. Q. ap.*

*La gloria es matar christianos
que provar las fuerça no
es gloria que contentó. G.C.*

*No es muerte la que por ella
se alcança; gloria crecida
sino vida esclarecida. G.C. L P.*

Era condición que

*se darían cada vez quatro joyas a los quatro
cavalleros... 212/13 G. C.*

*corrieron segunda vez y fuéles dado el premio a
otros quatro... de los quales los dos se llevaron
el anillo... 212/15 G.C.*

*sólo el uno dellos se llevó el anillo... 212/15.
G.C.
de todos ocho no ganaron más de tres joyas...
101/20 Q. ap.*

Tres joyas en Guerras Civiles. Tres joyas en Apócrifo.

Luego,

*bizieron un gallardo caracol... 59/23 G. C.
qual le hazía hazer caracoles... 209/13 Q. ap.*

*qual hazía hincar al enseñado cavallo de rodi-
llas... 209/10 Q. ap.
hizo que su cavallo se arrodillasse... 70/15
G.C.*

Pérez no nos da más detalles

por evitar prolixidad... 98/40 G.C.

Avellaneda tampoco, por lo mismo,

por evitar prolixidad... 203/7 Q. ap.

*Passó muy gallardamente adelante... 87/8
G.C.
Passó adelante don Quixote... 221/14 Q. ap.*

Pero, al pretender ensartar la sortija,

*fue tan desgraciado que (...) echó el lanzón cosa
de dos palmos más arriva... 213/8 Q. ap.
fue más desgraciado que galán porque la erró
por alto... 95/25 G.C.
dio en la sortija por la parte de arriba... 87/4
G.C.*

Mas, entonces, contrariado

*se puso en la carrera; y en llegando al cavo,
volvió su cavallo con grande furia... 91/33.
G.C.*

*començo con gran cólera a volver el cavallo al
principio de la carrera... 213/14 Q. ap.*

Piden, por fin, la recompensa:

*cada uno alegando de su justicia, los juezes...
87/28 G.C.
vamos a los juezes y pídale v. m. la justicia...
214/22 Q. ap.*

En fin, todos pasan de dos en dos, como suele Pérez de Hita ordenar siempre sus paseos de caba-
lleros, y acaba el juego.

de dos en dos... G.C. 77.

de dos en dos... 204/3. Q. ap.

Dejaré constancia de algo que puede ser intere-
sante: cuando Pérez de Hita escribe su *Fundación y
Hazañas de la Ciudad de Lorca*, dedica a la figura de
don Juan de Austria estos versitos:

*Que la rueda inestable se esté queda
por que vuestra grandeza subir pueda.*

Alonso Fernández de Avellaneda, también dedica
otros versos a este personaje en su *Quijote*, en el
juego de sortija:

*El merecimiento insigne
que te levantó en mi rueda,
qual clavo la tiene queda.*

4. Algo más importante queda atrás que ni Avellaneda ni Pérez nos perdonarían si no lo considerásemos. Don Quijote aparece en la calle del Coso, tan aderezada, con un pergamino colgante de su lanza, en el que se puede leer: AVE MARÍA. En su adarga *este quartete*:

*Soy muy más que Garcilaso
pues quité de un turco cruel
el AVE que le honra a él.* 208/6 Q. ap.

¿A qué esta locura? ¿A qué esta sandez casi irreverente? Volvamos al juego de sortija granadino, al de Pérez de Hita. Desfilan en él varios carros riquísimos, *costosísimos*. En el friso de uno de los carros ¿qué historia hay representada con gran primor?

*estava dibuxada galanamente aquella batalla
que tuvo el famoso Garcilaso de la Vega con el
valiente Audallla, moro de gran fama, sobre el
Ave María que llevaba en la cola de su cava-
llo...* 84/9 G.C.

En uno y otro juego de sortija, la misma mítica historia del *muchacho Garcilaso*... Pero, ¿por qué? En la Granada mora no era posible esa gala primorosa porque el hecho no se había producido aún y, producido, no era fácil que los propios moros lo mandaran esculpir o dibujar para eternizar una victoria cristiana. En Zaragoza, ni interesaba mucho ni se recordaría tal historia. ¿Por qué, entonces? Ah, querido lector! Tú ignoras algo que es importante: Isabel, la hijita de Ginés Pérez, se podía considerar descendiente del mismísimo Garcilaso de la Vega. En eso estaba su abuelo Antón Lázaro. Ginés Pérez, el

zapatero escritor, se había coronado con el *Ave* en la aurora de su vida. Había casado con una Lázaro... Es mejor que la historia nos la diga el propio Pérez, no sin que yo, antes, fuerce un recuerdo: Pérez casó con la hija de Antón Lázaro. Para esta hija habían adoptado el apellido Botía, pero ella *era Lázaro*. Baste con esto. Ahora diga su parte Ginés Pérez:

*Lázaros Lasos de la Vega (...) y pues avemos
tocado en estos Lázaros de la Vega que vinieron
a este Reyno, es de saver que un cavallero lla-
mado Juan Lázaro de la Vega, nieto o bisnieto
de Garcilaso de la Vega el que mandó matar el
Rey don Pedro en Burgos, salió de Ciudad Real
por ciertas pasiones que en ella uvo, y el Rey
Don Juan le envió a la Villa de Mula para que
sirviessse en aquella frontera con sus armas y ca-
vallo en compañía de otros muchos hidalgos que
alli avía. Este Juan Lázaro de la Vega y Lasso se
casó con una señora llamada Botía de noble
linaje, y de ay decienden los Lázaros Vegas que
ay en el Reyno de Murcia, especialmente en la
Villa de Mula y Lorca; ser nobles, remitome a
una ejecutoria que he visto en poder de un es-
cribano de Caravaca, del Ayuntamiento, lla-
mado Antonio Lázaro de la Vega.* 147/28
G.C. II P.

Ginés Pérez, que muy pocas veces hace elogio de una familia o de un apellido —quitados los grandes nobles—, escribe así de la familia de su esposa y de los Lázaro de Lorca. Su cuñado el escribano Francisco Lázaro, su suegro Antón Lázaro, otros cuñados más, vivían en Lorca desde 1560. Antón procedía de Mula, de familia muleña, que habían repoblado los

Vélez. La mujer de Ginés, bautizada Isabel, fue llamada siempre Botia en memoria de la ilustre *señora llamada Botia*. Los protocolos del escribano citado por Pérez, de Caravaca, se encabezan, efectivamente, con el escudo de los Lázaro, esto es, de los Lasso de la Vega, consistente en una banda de oro sobre azul en que se lee el famoso AVE MARÍA. (Archivo Hist. de Murcia. Prot. Caravaca).

Pérez, aparte ese elogio a la familia de su esposa, no deja de traer a su obra la hazaña del *pariente*. Supuesto pariente, ya que es muy dudosa la veracidad de tal hazaña y muy dudoso el personaje en cuanto a su auténtica existencia, con hazaña o sin ella.

*Cercado está Santa Fe
con mucho lienzo encerado...*

*Quando a las nueve del día
un moro se ha demostrado...*

*Aqueste perro, con befa,
en la cola del cavallo...*

*la sagrada Ave Maria
llebava haciendo escarnio...*

*Garcilaso aunque era moço,
mostrava balor sobrado...*

*quitó el Ave Maria
de la cola del cavallo...*

*Y en la punta de su lança
por vanderá avía colgado.* Páginas. 280-81-82-83. G.C. I P.

*El Rey le mandó poner en sus armas las letras
del Ave Maria...* 283/20 G. C. I P.

Dice don Quijote a los jueces:

*bien se echará de ver mi valor, pues ya esta
mañana al asomar por los balcones de nuestro
horizonte el ardiente enamorado de la esquivá
Daphnes, me coroné con el Ave de la fortaleza
de Dios, que es dezir de la que traxo a la Virgen
el ángel San Gabriel, aviéndola quitado, como
muestra la letra de mi adarga, a un desaforado
turco que la trahía colgando de la cola de un
soberbio frisón, con quien passó delante de mi
balcón irritando mis christiana paciencia. Pero
topó en mí otro manchego Garcilaso con más
brios y años que el primero, que vengó tal inso-
lencia.* 210/22 XI Q. ap.

Nuevas señas de identidad, si Cervantes las hubiese necesitado, y nueva presencia de lo granadino en este libro desafiante. Aquí está el hombre del Ave María.

5. Aún no podemos abandonar el juego de sortija. Pérez de Hita no terminaba una fiesta granadina sin que sobreviniera un desastre de los que salía la ciudad *en punto de perderse*. Todo había que pagarlo en aquella Granada mora agonizante. Albayaldos, moro famoso, no puede olvidar la muerte, en riña con el *buen Maestre*, de un primo suyo, también valiente y famoso moro. El Maestre, que ha acudido a estos juegos el día de San Juan, es reconocido por Albayaldos que se dirige a él, le habla de su fama extendida por todo el orbe y lo desafía.

Acabado el juego de sortija zaragozano, Tajayunques —Ta ja yun ques Al ba yal dos— se presenta ante don Quijote, le habla de su fama por todo el orbe extendida y le desafia.

mañana te aguardo ... así, toma este mi gaje en señal de batalla, y diciendo esto le dió un guante... 113/15 G.C. I.P.

Levanta, cavallero covarde, esse mi estrecho y pequeño guante, en señal y gaje de que mañana te espero... 241/1 Q. ap.

Y aquí, sí, da fin ya la consideración de estas fiestas de sortija que, promovidas y ordenadas por caballeros principales, tuvieron lugar en las insignes ciudades de Granada y Zaragoza.

V

1. Las citas literarias —literales— son molestas si se acumulan unas tras otras en pesado aluvión. Hago gracia al lector, por corto espacio, de estas citas llevándolo, si él quiere, a unas ligeras consideraciones históricas. No es que yo crea que han de servir para mucho, no. Pero, al menos resultarán interesantes y divertidas puesto que serán de muy diversa índole. Pequeñas anécdotas que aligeren la monotonía de unos pretendidos estudios de textos.

Al salir de Zaragoza don Quijote, luego de asistir al juego de sortija y después de que Tajayunques no comparezca en la Plaza del Pilar, encuentra a dos personajes raros: un ermitaño conquense llamado fray Esteban y un soldado que viene de Flandes sin dinero. Caminan a pie. El soldado, natural de Ávila, se llama Antonio de Bracamonte.

¡Ah, contradicción! Hace sólo unas líneas he mostrado mi decidido propósito de dar descanso al lector de las citas literales. Pero ha sido una precipitación mía. ¿Cómo seguir adelante si estos personajes no se retratan a sí mismos? Tenemos que acudir a Avellaneda, que es quien recoge sus palabras. No haya más, a ello. Ni se puede escribir de historia si no es con citas... Perdone el lector, perdone.

don Quixote preguntó ... al hermitaño cómo se llamava; el qual le respondió que su nombre era

fray Estévan, y que era natural de la ciudad de Cuenca...

El soldado ... se llamava Antonio de Bracamonte, natural de la ciudad de Ávila y de gente ilustre della... 36/7 15 Cap. XIV Q. ap. vengo ahora de Flandes... 41/5 soy de los Bracamontes, linage tan conocido en Ávila, que no hay alguno en ella que ignore aver emparentado con los mejores que la ilustran. 41/9.

Estos soldado y ermitaño se despiden, algún tiempo después, de don Quijote y continúan sus caminos, hacia Cuenca el ermitaño y hacia Ávila el soldado.

Los escritores de segundas partes tienen malas costumbres; una de ellas, la de sacar en esas partes personajes que han existido realmente. Abusar de nombres propios. Avellaneda usa los nombres propios de personajes que ha conocido. Ya lo advierte Mateo Alemán refiriéndose al autor escondido de la segunda parte apócrifa del *Guzmán*.

y que sea muy ajeno de historias fabulosas introducir personas públicas y conocidas, nombrándolas por sus propios nombres...

Al Lector II Parte Guzmán de Alfarache Mateo Alemán.

Mateo Alemán observó que su enemigo traía al libro espurio a Diego de Vera, persona popular, conocida en la Corte, y al Conde de Miranda con otros personajes que ostentaban nombres propios reconocibles por el lector de entonces.

Lo mismo que Mateo Alemán pudo decir Miguel de Cervantes. Antonio de Bracamonte era el nombre

de una persona muy conocida en Ávila y en Murcia y Cartagena. Aseguraría que, aunque procedente de Ávila, don Antonio Bracamonte era más conocido en Cartagena y Murcia que en su propia tierra. La razón es que era pariente muy próximo —¿hermano, sobrino?— de don Pedro de Bracamonte *capitán de Artillería de su Majestad*, tenedor, por concesión de Felipe II, de las alcaldías de las cárceles de Murcia y Cartagena. Don Pedro de Bracamonte, al obtener esa teneduría importantísima, casa por poderes con una señora murciana y pasa desde Ávila a residir en Murcia y Cartagena de donde ya no sale; muere aquí luego de ver a su hijo, también don Pedro, en estado de casar.

El licenciado Cascales, que trató en ambas ciudades a este Bracamonte, hace historia de ellos, pero sólo de los que podían tener alguna relación con el reino de Murcia, historiado por él. Absurdo que escribiera de señores aragoneses o gallegos si nada les unía a Murcia.

Nos dice Francisco de Cascales:

de este matrimonio de don Diego de Bracamonte con su prima tercera doña Ana de Zúñiga procrearon a don Antonio de Bracamonte, caballero de la orden de Alcántara, señor del Valle de la Probana, que fue paje del Rey Nuestro Señor Don Felipe III...

Y otro, primo hermano del anterior:

Don Antonio de Bracamonte, hijo cuarto del dicho don Diego Álvarez, fue valeroso soldado, y capitán de infantería, señalándose aventajadamente en el servicio de su Majestad, así en

Flandes como en otras partes, y fue gobernador en el Presidio de Marsala, capitán de caballos, caballero del hábito de Alcántara, y últimamente castellano de Pamplona, donde murió, habiendo servido veintiocho años, como todo parece de las conductas, títulos y otros papeles de servicio que yo he visto. Discursos Históricos. XX De la ciudad de Cartagena y su obispado. P. 479.

Cascales *ha visto* los papeles de este ilustre Bracamonte. Lo relaciona con la historia de Cartagena, en cierto modo. Escribía pues, de un personaje que todos sus contemporáneos conocían sobradamente. Tanto Cascales como Ginés Pérez de Hita habían residido en Cartagena casi a un mismo tiempo. Avellaneda conoce, igualmente, a estos Bracamonte y los toma como modelo para su soldado. Toma de ellos: el ser de ilustre familia de Ávila, los Bracamonte; el haber servido en Flandes y el llamarse Antonio de Bracamonte. No es poco. Es suficiente para provocar la ira de cualquier Bracamonte. Pero al Avellaneda ahí se las dieran todas.

2. No es el mismo caso el del ermitaño fray Esteban. Quizá cuando salió a la luz el Apócrifo ya estaría descansando para siempre de sus andanzas a pie. Porque fray Esteban, de la orden de San Pablo Ermitaño —no hay otra Orden de San Pablo—, andaba a pie de aquí para allá. Bueno, no andaba siempre a pie. Lo que ocurre es que cuando necesitaba dineros para llegar a Cuenca comiendo algo por el camino, vendía la mula. Y hacía muy bien.

En 1590, en octubre, anda por Murcia un personaje llamado fray Esteban, que confiesa ser natural de

la ciudad de Cuenca. Pertenece a la Orden de San Pablo. No es hombre muy culto. Su firma es algo torpe. Los pertenecientes a órdenes de ermitaños no precisan ser gentes de folios y bibliotecas. Tienen y cuidan sus capillitas en esos montes, recogen limosnas, trabajan un pedacito de tierra, crían unas gallinitas y pasan su vida en oración y trabajo sano. Este fray Esteban se encamina a su ciudad natal donde dice residir y se ve precisado a vender la mula en que cabalga. Pero no hay, no encuentra él, quién la compre y la pague inmediatamente, ni siquiera bajando su precio. Tiene precisión de partir para Cuenca. En este punto, un ángel le encamina hacia el Concejo y allí, aparte recabar limosna, como lo haría seguramente, encuentra un jurado de buen ánimo que le saca de apuros: Tomás Gallego. Este queda en el encargo, con poder del ermitaño, de cobrar el dinero de la mula algo después y él aporta ese dinero en el acto de firmar la escritura. Negocio concluido. El ermitaño sigue su camino hacia Cuenca a pie, y todos contentos, al menos el ermitaño; que Tomás quedaría con la duda del cobro.

Pues a este ermitaño fray Esteban de la Orden de San Pablo, también lo conoció Avellaneda. No creo que hubiera en Cuenca muchos ermitaños, por ese tiempo, que se llamasen de la misma manera, naturales, además, de la ciudad. Las escrituras de este negocio aparecen en el tomo 76 del escribano Sebastián Casquer, de los años 90 y 91. Archivo Histórico Provincial de Murcia, sección de Protocolos.

3. Sigue Avellaneda usando en su obra nombres que pertenecen a *personas públicas y conocidas*, que decía Mateo Alemán. Públicas y conocidas también y, especialmente, en Murcia.

Los Fernández de Avellaneda son de todas las ciudades españolas. Al tomar el autor escondido del Apócrifo el seudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda no señalaba a éste o aquél personaje de una determinada ciudad, aunque le endose naturaleza tordesillesca.

Alonso Fernández de Avellaneda pudo nacer en Murcia, en Toledo o en la misma Tordesillas. En cualquier otro lugar de España. Pero yo quiero observar a los que viven en Murcia y son oriundos de esta ciudad. Porque ya que Avellaneda conoció a tantos personajes que fueron conocidos en Murcia, ¿por qué no iba a conocer y tratar a Fernández de Avellaneda murcianos? ¿O es que Avellaneda se estaba quieto en un lugar sólo? No: Avellaneda iría de una ciudad a otra, como todos fueron antes, y vamos ahora.

Los Fernández de Avellaneda murcianos tenían su enterramiento en la claustra —se le llama *claustra* en Murcia—, de la Catedral. Eran de familia hidalga, noble. (La madre de don Diego Saavedra Fajardo, el famoso escritor, era Avellaneda). Ocupaban cargos relevantes y tenían medios económicos considerables. Aunque trataban de ocultar esos medios para huir de las alcabalas. Y de concurrir a los alardes con caballo. No entendemos estas cosas ahora, pero entonces eran importantes. Convenía ser hijodalgo para librarse de alardes pecheros y de ciertos gravámenes. Convenía no tener dineros para librarse de mantener lanzas y caballos en servicio de Su Majestad. Convenía no aparentar renta mayor de los tres mil ducados, o los que fueran, para no estar sujeto a ciertas obligaciones económicas y guerreras. Todos andaban en esas ocultaciones y largos papeles se intercambian entre fiscalizadores y fiscalizados para dejar claro que las

cosas no eran como el uno o el otro afirmaba que eran.

Los Fernández de Avellaneda, sobre todo don Diego, no quería concurrir a los alardes ni con su persona ni con caballos propios. Tenía don Diego que demostrar imposibilidad física y falta de medios. Así que podemos saber que don Diego Fernández de Avellaneda (vida conocida: desde 1580 a 1615 aproximadamente), estaba manco de un brazo pero podía firmar con gran facilidad su declaración. El mismo caso de Cervantes, que podía escribir el *Quijote*, pero estaba manco de un brazo. Como testigo de esta verdad, el papel lo firma también su cuñado que es don Juan de Tordesillas. Y conste que todo esto lo cuento a sabiendas de que sólo son cosas divertidas por lo coincidente. Pero que pueden ofrecerse en Toledo, en Cuenca, en Madrid o en cualquier otra ciudad de España.

Ginés Pérez de Hita sí que conoció a estos Tordesillas y a esos Avellanedas. Como que vivió cuarenta años por estas tierras de Murcia, veinte en Lorca, diez en Cartagena y diez en Murcia. Como no sabemos quién fuera ese Avellaneda, autor del apócrifo, yo le puedo imaginar amigo de Pérez de Hita y que éste le contara. Le contara de ese fray Esteban, de ese Antonio de Bracamonte, de estos Avellanedas, uno manco... ¡Vaya usted a saber! Le contara de un morisco llamado Alonso Fernández que vivía en la torre de los Avellanedas. Porque en Murcia, como en Cataluña, las gentes tenían «torres» en las afueras: había la torre de los Avellanedas, la torre de los Saavedras, la torre del Obispo, la de las Lavanderas, la de la Marquesa... Innumerables torres que ya no obedecían a antiguas defensas sino al nombre generalizado de torre para todas las casas de las afueras. Muchos

documentos notariales eran firmados en esas torres y así consta: *en la torre de Olivares, en la torre de Avellaneda...* Añadiendo siempre *en la huerta de Murcia* o *en la jurisdicción de Murcia*.

4. Por cierto: el penúltimo año que Ginés Pérez pasó en Murcia, 1599, hizo una salida a Lorca. Cosa extraña. Pasó por Aledo donde entonces estaba su cuñado Francisco Lázaro de escribano. Allí, para darnos señal de su paso, firmó en dos escrituras que nada le importaban. Por ellas sabemos de su estancia allí. Saludó a su suegra, que ya contaría sus buenos años. Figúrese el lector: en 1537 estaba pariendo sus últimos hijos y el testamento lo hace la buena Ginesa pasado el 1600. Alcanzaría los noventa y algún años. En Aledo también vivía un sobrino de Ginés que llevaba ese mismo nombre.

Pero todo eso no importa al lector. A lo que yo iba era al viaje de Ginés a Lorca. En Lorca estaba un Ginés Pérez preso por causa criminal, de Murcia, en ese mismo año. Y en ese mismo año encuentro en *Relación de causas* del Concejo de Murcia una que dice:

Don Juan de Tordesillas contra Ginés Pérez, criminal: Quiere decir causa criminal. Puesto que no fuera nuestro Ginés, que no lo era, ¿se trataba de alguno de sus parientes, sobrinos...? No podemos saberlo por ahora. Precisan, muchos asuntos de Ginés, mayor investigación. Para que no nos quede duda de su ida a Lorca, Ginés firma allí otros documentos como testigo en venta de telas. Vuelve a Murcia, en un mes, y firma sus últimas escrituras, como se dijo, en 1600.

En un mismo libro de protocolos notariales, constan las escrituras en que Ginés Pérez de Hita

firma como testigo en Lorca, y las relaciones de presos de la cárcel pública en que, por dos veces, aparece mencionado ese extraño Ginés Pérez, murciano. Legajo 203, ante Francisco de Peralta, A.H.L.

Pérez de Hita tenía sobrados motivos para sentir, en Lorca, esa especie de tristeza que invade a los que vuelven a lugares que vieron en su juventud más o menos lejana. Quizá el padre de Pérez de Hita, Pedro Fernández, también viviera en Lorca, ejerciendo de maestro de primeras letras. Había uno de estos maestros allí, llamado Pedro Fernández cuando Ginés Pérez llegaba a la ciudad recién casado. Veáse: un nombre de todas las latitudes españolas, Pero Fernández. Mas los de Lorca eran destacados, considerables para los ciudadanos de allí: Pero Fernández fue uno de los principales primeros pobladores cristianos de la entonces villa. Pero Fernández de Lorca fue secretario y contador del Rey don Juan Segundo; fundó el refugio madrileño de Santa Catalina de los Donados. Si el Quijote apócrifo lo hubiera escrito Ginés Pérez de Hita, por qué no pensar que el soneto de Pero Fernández al lector no significaba un recuerdo de todos estos Pero Fernández? Un recuerdo de aquel maestrillo lorquino. Recuerdo del nombre de su propio padre... Pero esto es lucubración vana.

VI

En el *Quijote apócrifo* hay tres muertes violentas. Están dentro de la narración de uno de los dos cuentos que, para distraer las horas de siesta, dicen el soldado y el ermitaño de Cuenca. En el relato del soldado Bracamonte de *El rico desesperado*. Un *desesperado* era, por entonces, quien ponía fin a su propia vida y Japelín, el rico de Lovaina, acaba sus días arrojándose al mismo pozo donde su mujer, un poco antes, también se había arrojado. Japelín venía de matar a un soldado español que había estuprado a su esposa.

En la obra conocida de Ginés Pérez de Hita no hay tres muertes violentas, hay tres mil, cuatro mil, quién sabrá cuántas violentas muertes, unas *a los pies de los caballos*, otras *en lagos de su propia sangre*, otras por precipitación desde escarpadas rocas o a profundos pozos.

Si ahora entrase en la consideración de esas muertes, voluntarias o no, comenzaría por el final. Como las muertes en que acabó el cuento nos van a servir de comparación principal, está claro que la historia habrá que considerarla antes y compararla con otra historia contada por Pérez de Hita en su segunda parte de *Las Guerras Civiles de Granada*: La historia del Tuzaní.

La segunda parte de *Guerras Civiles* escrita por Pérez de Hita, está fechada, por él mismo, en 1597.

Su publicación se produjo en Cuenca en 1619. A pesar de las equivocaciones de los bibliófilos y de los biógrafos de Pérez de Hita, no hubo ediciones anteriores a ese año. en ninguna biblioteca ni museo del mundo hay ejemplar de esa segunda parte con fecha anterior.

Pero si la hubiere —admitiendo ese imposible—, nuestra comparación entre las dos historias no se vería afectada en cosa alguna. Seguiría siendo válida.

Pérez de Hita nos cuenta la historia —totalmente creada por él—, de un ladino morisco enamorado de cierta hermosa mujer a la que da muerte un soldado cristiano (españoles eran todos, moriscos y cristianos). El morisco se llamaba el Tuzaní; su enamorada la Maleha. Poco antes de iniciarse la sublevación de las Alpujarras, esta hermosa Maleha va, desde el pueblecito en que residía a Galera a pasar unos días con parientes de su misma raza. El cerco por don Juan de Austria a esta villa le sorprende dentro de sus muros. Es muerta por uno de los soldados asaltantes que la despoja de algunas joyuelas que la adornaban. El Tuzaní entra en la villa, recién asolada por el ejército cristiano, y encuentra el cuerpo sin vida de su amada. Cava una fosa, la entierra y jura vengarla. Vestido a la española anda por los frentes de batalla, habla con unos y con otros hasta que encuentra al soldado autor de la muerte. Lo desafía y lo mata.

La historia que cuenta el soldado del *Apócrifo* es parecida en sus líneas generales. Un rico hombre de Lovaina entra en un convento, sálese de él, se enamora de una bellísima muchacha, casa con ella y tienen un pequeñuelo. Vuelve el rico Japelín de *dar asiento a las cosas* de un tío suyo que le ha nombrado heredero; se encuentra en el camino con un soldado español a los que es muy aficionado —es un hispanó-

filo—, lo invita a cenar y dormir en su casa, *que no debiera*, y el soldado, aprovechando el silencio, el mutismo y la oscuridad, se acuesta con la mujer del confiado Japelín y la goza a pesar del reciente, recentísimo, parto. Enterado Japelín, sale en su busca y lo mata. La engañada esposa se arroja al pozo, Japelín también y las almas de los dos se reúnen en el infierno, sin duda. Al menos, esto deducen los que oyen el cuento.

Japelín y el Tuzaní son ofendidos por *un soldado* de los ejércitos españoles. Ambos, el flamenco y el morisco, pertenecen a una raza dominada por España; pero ellos son amigos de los españoles, tanto que Japelín, sin necesidad alguna, invita a su casa a uno de ellos que encuentra en el camino y que en principio no quiere aceptar la invitación. (Es tanto el españolismo de Japelín que su mejor caballo es un *alazán español*). Tuzaní habla y viste como los españoles, se considera uno de ellos a pesar de la hostilidad de los moriscos hacia *los otros* españoles. La ofensa se produce en ambos casos en la persona de la mujer amada, por estupro y muerte posterior en el caso de Japelín y por muerte y acaso violación en el del Tuzaní. Ambos, Tuzaní y Japelín, vengan esa ofensa del mismo modo y en parecidas circunstancias.

Posiblemente, con esta línea argumental podremos encontrar un ciento de historias; que varíen en algo las circunstancias pero que en el fondo sean de estructura similar. No estamos ante una prueba clara de imitación. Pero sí resulta extraño comprobar que las dos historias, la concebida antes de 1597 y la concebida en 1614 —antes, naturalmente—, se escriban con palabras tan parecidas. Veamos:

El Tuzaní es hombre

de agudo ingenio... 334/35 G.C. II P.

Japelín, igualmente

de agudo ingenio... 76/28 XVI Q. ap.

Son los dos ofendidos, los que habrán de vengarse.

La hermosa Maleha era

una de las más bellas damas que tenía el mundo 331/16.

La esposa de Japelín

la más bella que hubiese visto en toda Flandes... 62/20.

Son las dos víctimas de los dos soldados españoles.

Maleha:

un bellissimo ángel... 331/27.

La esposa de Japelín:

un ángel bello... 64/9.

El soldado de Guerras Civiles:

seguía la guerra con otros amigos... 333/38.

El soldado del Apócrifo:

iba a Amberes a holgarse con ciertos amigos... 60/17.

Dice el soldado de G.C.:

corrido y lleno de vergüenza me salí de allí... 331/33.

Se dice del soldado del Apócrifo:

cargado de miedo y vergüenza salió del lugar... 74/25.

Cuando Tuzaní supo quién había matado a su amante,

se demudaba... 332/6.

se le iba mudando la color... 332/4.

Cuando Japelín sabe su deshonor:

demudado el rostro... 78/9.

demudadísimo de color... 81/9.

El Tuzaní,

decía entre sí... 332/1.

Japelín,

decía con rabioso despecho entre sí... 78/13.

Tuzaní,

disimulando cuanto pudo... 294/13.

Japelín,

disimulando cuanto pudo... 77/7.

Aún más, Tuzaní,

*disimulando su dolor lo más que pudo...
332/26.*

Un soldado de Guerras Civiles traidor del Tuzaní,

pesaroso ya de lo que había becho... 339/20.

El soldado del Apócrifo:

apesarado de lo que había becho... 69/25.

Tuzaní habla de

*la sangre que está en los acerados filos de tu
espada... 333/8.*

Japelín dice:

*ha de probar los filos de mi cortadora espada...
86/14.*

Tuzaní no dejaba de

besar con mil amores a su señora... 294/10.

Japelín,

la besaba mil veces... 293/22.

Cuenta el Tuzaní:

*juré buscar al soldado para darle muerte...
336/11.*

Dice Japelín:

*juro de no volver a mi casa sin buscarte...
77/15.*

Tuzaní,

no pudo dejar de suspirar... 332/25..

Y decir:

bien mio... 293/22.

Japelín:

suspirando y quejándose... 81/17.

decía:

bien mio... 85/27.

Tuzaní:

*pues di, infame.... 333/3 y después de haber
herido a su contrario, iba volando como el pen-
samiento... 293/22.*

Japelín:

Vuela, infame y mueve los pies, que yo haré

que los de mi caballo igualen al pensamiento... 78/20.

Tuzaní:

me lo pagarás, traidor... 332/1.

Japelín:

perverso y vil traidor... 81/21.

Obsérvese que ambos, Tuzaní y Japelín *hablan* con el traidor *ausente* y le reconviene su fea acción jurando matarle cuando lo encuentren.

Por fin Japelín alcanza al soldado que camina apresuradamente y le mata en un lugar alejado, en un campo desierto.

El soldado, herido de muerte, cayó en el suelo... 333/20.

Cayó luego en tierra el mísero español... 79/26.

Dice el Tuzaní:

si muero, moriré consolado... 336/30.

Dice Japelín:

donde tú estuvieres, estaré yo consoladísimo... 87/20.

Tuzaní:

la quiso en vida y amó tanto... 330/23

Japelín:

pues tanto te amé y quise en vida... 86/21.

Tanto para el Tuzaní como para Japelín, la venganza es algo importante que se puede ofrecer a la persona muerta:

Tuzaní: *no tendrá queja de mi habiéndola vengado...* 336/17.

Japelín: *Aguardaras siquiera a que yo volviera de vengarte...* 86/8.

Tuzaní: *Si muero, iré desta vida consolado, pues vengué la muerte de mi señora...* 336/14.
G.C. II P.

Japelín: *El caballero, algo inconsolado con la referida venganza...* 80/22 XVI Q. ap.

Los dos, Japelín y Tuzaní, caído ya en tierra su enemigo le vuelven a acuchillar fieramente, aunque Tuzaní no consiga matarlo allí mismo. En fin, las feas acciones de ambos soldados son recriminadas como colofón en ambas historias:

semejantes atrocidades son indignas de los que menean las armas... 293/38 Guerras Civiles, II P.

infamia de nuestra España y deshonor de todo el arte militar... 74/11. Quijote Apócrifo.

Hay que señalar una diferencia importante en las

dos muertes, del soldado de Guerras Civiles y del soldado del Apócrifo cuyos nombres ignoramos. El soldado del Apócrifo muere *revolcado en su propia sangre*. El soldado de Guerras Civiles no queda en el campo desierto *revolcado en su sangre*, aunque pudiera pues estaba vivo; agonizante, pero vivo. Podemos preguntarnos: ¿Cómo es posible que el soldado del Apócrifo sí quede *revolcado en su sangre* cuando sabemos que ha caído fulminado por la primera cuchillada de Japelín?

sin hablar palabra, le escondió el robusto y agraviado Japelín la ancha cuchilla o penetrante hierro del milanés venablo por las espaldas, sacándosele más de dos palmos por delante, a vista de los lascivos ojos que en su honestísima esposa puso, sin darle lugar a meter mano ni defenderse de tan repentino asalto. Cayó luego en tierra el misero español... 79/19 XVI se apeó del cavallo, y sacando el venablo del cuerpo del cadáver le volvió herir con él cinco o seys vezes, haziéndole pedaços la cabeza y pechos... (corrijo hechos por pechos) 80/13 XVI.

Bien, licenciado Avellaneda: Cae el soldado muerto, le arranca Japelín el ancho venablo, el milanés venablo, y le vuelve a herir *con una crueldad inexplicable* hasta dejar el cuerpo *revolcado* en su propia sangre. Entendamos que el soldado, cadáver ya, no ha podido revolcarse en su sangre pero que ha podido revolcarlo Japelín con sus cuchilladas.

En cambio, el soldado al que hiere mortalmente el Tuzaní, no queda revolcando ni revolcado en su sangre. Parecerá que esta diferencia no ayuda mucho a mi busca de paralelismos. Pero es muy al contrario.

Avellaneda es más Pérez de Hita que el propio Pérez. Pérez de Hita no deja un *cadáver* sin que esté revolcado en su sangre. Aquí están alguno de esos cadáveres revolcados:

tendido en el campo, hecho pedazos, revolcando en su sangre... 239/7 I. P. G. Civiles.

Benalguacil revolcando por su sangre acabó la vida... 225/31 G.C. II P.

tendido en el duro suelo, revolcándose en su sangre... 125/6. I.P. G.C.

revolcándose en su sangre con el dolor que le advierte... 124/9 I.P. G.C.

Estos muertos o no, que revuelcan en su sangre, están fechados entre 1595 y 1597. Podemos poner nuestra atención sobre todo en esa primera cita en la que aparece un *hecho pedazos* pero *revolcando en su sangre*, como la víctima de Japelín. Para Pérez de Hita no es difícil que un muerto se revuelque:

Muertos de un cabo y otro revolcaban el duro suelo todo ensangrentado... Canto XXVII Libro Fundación y Hazañas.

Y algo mucho más difícil:

Moviéronse muy grandes alaridos gemidos de los muertos y de heridos... 16 L. F.H.

Un muerto que puede gemir, puede muy bien

revolcarse en su propia sangre o en la de sus vecinos también muertos. Como el soldado herido por el Tuzaní no murió en el campo desierto sino que fue llevado por unos compañeros a donde recibiera cuidados, no tenía por qué revolcar en su sangre ni gemir. Era sólo un herido mortalmente, no exactamente un muerto.

VII

1. Las historias del *Rico desesperado* y de *Tuzaní y la hermosa Maleba* quedan observadas estrictamente dentro de sus respectivos textos. Pero la manera en que están escritas brinda otros muchos puntos de comparación; eso sí, saliéndonos de los límites de dichos textos. (Los versos que canta Japelín, serán un ejemplo claro). Recordemos que Japelín regresa a su hogar luego de dejar *asentadas cosas* de su tío. No pasemos adelante sin considerar esto de asentar las cosas. Dice Japelín a su esposa antes de partir:

*Señora mia, yo voy a dar asiento a las cosas de
mi difunto tío el gobernador... 59/15 XV.*

El tío de Japelín era gobernador, como se ve, y Japelín pretendía sucederle en el cargo. Se acercaría también a Bruselas para pedir a Sus Altezas esa merced. Se trataba de asuntos de cierta altura en los que *mediaba el poder real*. Pérez de Hita usa dos veces esa frase de *dar asiento a las cosas*. En la primera parte de sus *Guerras Civiles* cuando el rey don Fernando conquista Granada:

*Acavado de dar assiento el Rey Don Fernando
en las cosas de la ciudad de Granada... 289/31.*

Anteriormente, en el *Libro de la Fundación y Hazañas*, escribía Pérez:

*El Rey les respondió: Yo soy contento
y en eso que pedís yo doy asiento...*

En ambos casos se trata de concesiones importantes. En el de Japelín igualmente. En las tres ocasiones, media el poder real, como queda dicho. Y en esta insistencia válganos la influencia de Pérez, tan repetidor a pesar de pretender siempre *evitar prolixidad*.

Vuelve, pues, a su casa Japelín, lleva al soldado con él y le invita a cenar junto al lecho de su esposa. La hermosa señora está algo descuidada de tapujos y el español ardiente mira aquellos blancos y redondeados pechos (*que usan más llaneza las flamencas en este particular que nuestras españolas*) dejando de comer:

comió poquísimo y eso con notable suspensión... 63/3 XV.

Estaba el encadilado español con el mismo arro-
bamiento que Muza, el enamorado de Daraxa, que

*tanto la mirava que muchas veces se olvidava el
comer... 37/35 G.C. I.P.*

Y no olvidemos lo importante que es, tanto para Avellaneda como para Pérez de Hita, esto de comer a su tiempo. Todas las cosas se hacen, en Apócrifo y Guerras, después de comer, después de cenar, luego de almorzar.

Acaba la cena junto a la cama de la recién parida,

Japelín quiere demostrar ante el español y ante su propia esposa, la alegría que le embarga y manda traer un clavicordio para acompañarse en el canto de unas letras de las que era autor. Las improvisó sin duda puesto que *tenía gallardo ingenio y era universal en todo género de ciencias. Así que el feliz hombre comienza a tañer y a cantar en él con extremada melodía:*

Celebrad instrumento...

*Algóme la fortuna
sobre lo más constante de su rueda;
y aunque ella es como luna,
le manda mi ventura que esté queda
y que la tenga firme
y su poder en mi favor confirme... 64/5 XV.*

No sabemos cómo sería la extremada melodía. Avellaneda no nos dio la música, lástima grande. Los versos son rematadamente malos. Tan malos como los de Pérez de Hita, uno de los peores poetas del mundo. Y para contrastar versos tenemos muestras variadas igualmente referidas a la buena o mala fortuna. Porque unos personajes de Pérez también nos hablaron de su buena o adversa suerte en versos extremados:

*Fortuna que en lo excelso de tu rueda
con ilustrada pompa me pusiste,
¿por qué de tanta gloria me abatiste?
Estable te estuvieras, firme y queda... 211/11
G.C.*

Son quejas de la desgracia Sultana a la que malda-

des urdidas por Zegries tienen en grave aprieto. También se quejó de su fortuna adversa don Fernando de Valor:

*¿A dó la desplegada media luna
que dio fortuna
con buen semblante
mas no constante
sino siniestra
como se muestra,
pues con velocidad su varia rueda
no quiso, por mi daño, estarse queda?* 31/19 II. P.

Pero veamos de qué forma llegan a coincidir los versos del ilustrado Japelín con los versos escondidos, y nunca publicados, del *Poema del Belo Troyano* de Ginés Pérez de Hita:

*... de que su triste suerte
en vida les iguala con la muerte.* 65/1 Q. ap.
*... ni quieras que mi suerte
se iguale con la tuya acerba y fuerte.* 162 v.º
Poema de Daris.

Son coincidencias naturales y lógicas en hombre como Japelín *muy aficionado a la nación española* y, por lo tanto, tan amigo de leer a Pérez de Hita, incluso lo no publicado del zapatero. Más que un hispanófilo, un hispanista.

Cuando el desventurado Japelín conoce su deshonor, gracias a su *agudo ingenio*, y *sospechó luego todo lo que podía ser* como en Guerras Civiles sospechan variados personajes:

sospechando lo que podía ser... 252/31 II P.
entendiendo luego lo que podía ser... 313/29 II P.

al punto cayó en lo que podía ser... 232/17 I P.

Digo que después que cayendo en lo que podía ser y, percatándose de su desgracia, el triste Japelín, hace lo que hace, su esposa queda en casa y en cama, preocupada por haberle visto salir armado del terrible venablo milanés. Es un criado el que pone en claro las cosas:

*V. m. mi señora, ha de saber que ay algún
grande mal...* 81/14 XVI.

En *Guerras Civiles* se produce la matanza de los desdichados Bencerrajes y, también es el criado de uno de ellos el encargado de dar aviso a otras posibles víctimas:

ay grande mal contra ellos... 175/18 I P.
ay grande mal contra los cavalleros... 175/26.

Cuando la noble flamenca oyó los últimos acentos de esta sospechosa nueva... Començo, pues, a maldecir su fortuna... Y ¿cómo se queja esta señora flamenca? Como Sarrazino. Maldita lectura de Pérez...

¡O traydora, perversa y adúltera de mí! ¿Con qué ojos osaré mirar a mi noble y querido esposo...?
¿y con qué cara osaré parecer delante de mi querido Japelín?... 82/19 XVI.

Clama el sin fortuna Sarrazino, también perdido de prendas de alto valor:

Di, cavallero baxo y ruin, de poco valor: ¿qué cuenta o descargo darás a la hermosa Galiana, de su retrato y manga, perdido por tu poco valor? Con qué cara osarás parecer ante ella? 89/22 X IP.

Raro detalle es el de que tanto Sarrazino como la noble flamenca caen sobre una cama para hacer estas exclamaciones. La flamenca porque estaba en ella alzada, Sarrazino porque se arroja sobre lo que encuentra más a mano.

Al fondo de toda esta tragedia del soldado y los Japelín, tenemos el desastrado final del pozo. La desgraciada flamenca, alocada al no saber cómo presentarse ante su noble esposo, baja al patio, apenas cubierta con *un faldellín*, y ya en él, *a vista de todos* se arroja a un hondo pozo que en el centro de dicho patio había, de suerte que se hizo la cabeza *dos mil pedazos* y despidiendo el alma mucho antes de que ella alcanzara en su caída el fondo del pozo.

dos mil pedazos hecha, que es espanto... 343 D.

dice Pérez de Hita en su Daris.

La desesperada determinación causa en todos *increyble lástima y espanto*.

Regresa el infortunado Japelín y encuentra este mayúsculo desastre. Pero dice Avellaneda que *Aumentáronse las voces y gritos de los de la casa con el nuevo y funesto espectáculo*. Aunque la verdad es que para los de la casa no había *anterior* funesto

espectáculo. Lo había, en ese momento, sólo para Avellaneda y Japelín que conocían el espectáculo funesto del soldado *revoltado en su sangre*. Pero bien, fallos de la cabeza, de una cabeza que revuelca a los muertos y les hace gemir.

Aquí Japelín no puede pedir galas de viudo y serenarse. Estaría bueno. No: se echa en el suelo y comienza a lamentarse amargamente. Dice unas cuantas tonterías: *¿Qué haré? ¡Triste de mí! ¿Adónde iré o qué consejo tomaré?* A ningún sitio y el consejo ya lo tiene Pérez de Hita:

Y a estos sus hijos los devías aver echado en un pozo porque no quedara de tan mal padre simiente... 193/1 I P. G.C.

Pues es verdad. Japelín se dirige a la ama que criaba a su hijo, se lo arranca de los brazos y va hacia el pozo, todo esto *con diabólica furia* y *con furia diabólica*; allí da con él cinco o seis golpes sobre la piedra y hace al pequeño *dos mil* pequeños *pedazos*, con lo que queda igual que su madre dividido.

No viva hijo de un tan desventurado padre y de madre tan infeliz, ni aya tampoco memoria de un hombre qual yo en el mundo! 87/14 XVI.

Es el consejo de Pérez:

no quede de tan mal padre simiente... 193/1 IP. G.C.

Vemos a Japelín viudo y sin hijo. ¿Qué más por hacer? Echarse al mismo pozo, destruir incluso su memoria. Pero con cuidado de no hacerse más de mil

pedazos. La esposa se hizo dos mil, el chiquillo, entre cabeza y brazos, otros dos mil; Japelín se hará sólo *mil pedazos*.

Busquemos otro pozo en el saco del zapatero. Aquí le tenemos. Segunda parte de *Guerras Civiles*. Un moro arriscado, muy amante de su esposa e hijas, lucha en la defensa de su pueblo. Sabe que los cristianos asaltarán la villa. Conoce las malas costumbres de los soldados, siempre los soldados. Decide matar a las mujeres de su casa y arrojarlas a un hondo pozo; eso sí, sin contar los pedazos.

Así la madre como las hijas las echó en un pozo.
286/8 II P. G.C.

Pero antes de hacer esta sarracina, dice a su esposa lo mismo que Japelín a la suya:

bien mío como marido que tanto os ha amado en esta vida... 286/1 y 3.
nos veremos esta noche juntos en el paraíso que deseamos... 286/5.

Sólo que a Japelín le importó un rábano lo del paraíso, puesto que él donde estuviere su mujer estaría consoladísimo. Dijo Japelín:

Ay, esposa y bien mío... 85/27.
pues tanto te amé y quise en vida... 86/21.
no temas, dulcísima prenda mía, que tarde en acompañarte... 86/23.

En cuanto a lo de arrojar a cualquier sitio y morir antes de llegar abajo, Pérez nos ofrece un ejemplo claro: el de aquellas mujeres moriscas que

pedían piedad a los soldados, otra vez cristianos, y que no obteniéndola, preferían arrojar por un cortado áspero:

... que cuando abajo llegaban ivan echas mil piezas... 79/33 II P. G.C.

Mil piezas, no dos mil como la pobre esposa flamenca. Mil sólo, como el loco pero precavido Japelín.

2. Cualquier lector atento de Miguel de Cervantes recordará que éste repite en sus novelas con mucha frecuencia un modo de expresión vulgar y no propio sólo de él: *puesto que...* Y *puesto que las propias alabanzas envilecen...* Ese *puesto que* reemplaza a *ya que*, *sabiendo que...*, *como*, etcétera. Cervantes prefirió y usa este *puesto que*, sencillamente. Pero cuando yo me propongo buscar en la prosa cervantina unos ejemplos de ese modo o giro, doy con la dificultad de hallarlos. Si pretendiera dar unos ejemplos de personajes maravillados, o cosas maravillosas en Pérez de Hita, los encontraría nada más abrir uno de sus libros, sin el menor esfuerzo.

La predilección por una frase, o por determinadas frases y palabras, el uso frecuente de ellas, llegará a ser una característica propia del escritor. Como lo será el número de veces que cite a determinados autores o se refiera a personajes históricos o míticos. Cuando Mateo Alemán se refirió al autor fraudulento de la segunda parte del Guzmán, señalaba una característica de éste: introducir personajes reales en los escritos novelescos. Cervantes indicaba que el Avellaneda suprimía los artículos y parecía aragonés. Yo

puedo, lícitamente advertir que un libro lleno de maravillas tiene, con otras, esa característica.

Acudo a un ejemplo claro para dar comienzo a esta serie de muestras poco importantes, quizá, a juicio excesivamente severo, pero intersantísimas si ese juicio se hace contemplando un conjunto de generalidades usadas de forma casi sistemática y que pueden conformar un estilo. Elijo para este comienzo algo que es corriente, frecuentísimo, en nuestros autores antiguos: que un personaje tome a otro por la mano para conducirlo a cualquier lugar, o le tome la mano para hablarle. Quizá en el Quijote de Cervante ocurra esto. No importa.

Pérez de Hita nos describe, en *Las Guerras Civiles* algunos personajes que toman por la mano a otros:

tomando a Benaguacil por la mano... 207/15 II P.

y tomando de la mano a la hermosa Haxa... 161/37 I P.

siendo llevada al Rey por la mano... 162/5 I P.

En los XVII libros de Daris...

tomóle por la mano el religioso... 21 v.

el qual tomó Trylo por la mano... 69.

Tomó Alejandro a Enone por la mano... 38 v.

Nos dice Avellaneda:

tomando de la mano a don Quijote... 142/8 XXXII

le tomó por la mano y le dijo... XXVII 63/18.

tomándole él por la mano... 213/3 XI.

Insisto: no es cosa ésta representativa, significativa. Solamente nos revela que tanto Avellaneda como Pérez de Hita, hacen que sus personajes importantes tomen por la mano a otros menores, protegidos, y los conduzcan o les hablen. En la tercera cita de Avellaneda, del capítulo XI, don Álvaro toma por la mano a don Quijote y le pone en medio de la calle del Coso. En la segunda, es el autor de comedias quien *lleno de risa sale de su asiento* y toma por la mano al loco. En la cita del capítulo XXXII, vemos que don Álvaro toma por la mano a don Quijote para presentarlo ante el *poterosísimo Archipámpano*. Observemos que son precisamente los personajes introducidos en el Quijote por Avellaneda, don Álvaro y el autor, quienes conducen *por la mano* a don Quijote, creación de Cervantes.

3. Para Avellaneda, algunas cosas son *increíbles*. tenemos aquí una palabra muy de hoy, podríamos decir que eterna: —*Allí ocurrió algo increíble...* —*Su traje era increíble...* —*Este personaje es increíble...* Lo decimos y lo oímos decir constantemente, todos los días. No va a caracterizar a un escritor la repetición de frases parecidas. No va a constituirse esa palabra en algo propio sólo de Pérez y de Avellaneda, que la repiten con frecuencia.

Pérez de Hita:

con impetu increíble... 60 Daris.

con un valor inmenso, no creíble... 65 Daris.

hiriéndose con furia no creíble... 400 v. Daris.

En *Guerras Civiles*:

con una presteza increíble... 88/11 I P.

con un ligereza increíble... 240/24 I P.

No vale la pena indagar cuántas citas de cosas increíbles pueda haber en Pérez de Hita ya que, por su curiosidad, voy a recoger solamente tres, dos de Pérez y una de Avellaneda. Son expresivas.

Pérez en el Daris:

con ímpetu increíble y pasa el golpe... 60.

Pérez en Guerras Civiles:

bolvió su cavallo con una presteza increíble...
88/11

Avellaneda en su Quijote:

se salió de casa con una presteza increíble...

Importante en los tres casos, es que la presteza o el ímpetu increíbles están atribuidos a un caballo, aunque en el caso de Avellaneda se trate de Rocinante, tan increíblemente impetuoso. Para describir la ligereza de unos caballos, se acude en dos casos a cuatro palabras exactas: *con una presteza increíble*. ¿Qué ocurre? Al poema de Daris le podemos dar cinco años de elaboración desde 1591 a 1596 en que está fechado. A *Las Guerras Civiles* démosle otros cinco años, que serán desde 1593 a 1597, última fecha de la segunda parte. El Quijote apócrifo pudo escribirse entre los cinco años que irán desde 1607 a 1612; todas estas fechas hipotéticas e improvisadas, sin ninguna meditación seria. Tendremos unos veinte años en que dos escritores dan a sus caballos esa presteza increíble: un caballo en el Daris, pasa el golpe con

ímpetu increíble. Un caballo se vuelve, en *Guerras Civiles*, con presteza increíble. Y el pobre, miserable y enteco Rocinante, sale de la casa de don Álvaro, en Zaragoza, también con ímpetu increíble. Ni siquiera sirve esta broma para alguna nota de humor de Avellaneda. Avellaneda, el viejo escritor, cree estar manejando caballos de los de años atrás.

4. Hay gentes, en las novelas antiguas y modernas, que ante una circunstancia imprevista, sorprendente, quedan sin saber qué hacer ni qué decir. Ginés Pérez de Hita, recoge algunas de esas situaciones en *Guerras Civiles de Granada*. He aquí algunas de ellas:

muy confuso no sabía qué hacer ni dezir...
204/35 II P.

no sabía qué se bazer con tantas novedades...
62/24.

atemorizados, no supieron qué se dezir...
175/39 I P.

estaba confuso no sabiendo qué se bazer...
mirándose los unos a los otros, no savían qué se dezir... 175/2 I P.

Fiel a estas cosas pequeñas, así como a las grandes, Avellaneda toma estas actitudes y las trasplanta a su obra de 1614:

tenían a Sancho loco, sin saber qué bazer ni dezir... 173/22 VIII.

No supieron qué le responder, sino mirándose el uno al otro... 88/7 IV.

como vieron aquel hombre ... no savían qué se dezir... 113/4 XXX.

no supieron qué le responder... 167/23 VIII.

5. Tan fiel es Avellaneda a Pérez que le sigue incluso es sus arcaísmos rebuscados. En tiempos de Pérez, en 1595, cuando edita sus *Guerras Civiles de Granada*, no se decía ya, ni se escribía, generalmente cosas como *a le matar* o *a le herir*. Iban sonando estas cosas a tiempos de Mari Castaña. Esos arcaísmos no los ponía Avellaneda en labios del loco armado. Era el mismo Avellaneda quien relataba de ese modo. Considere el lector este absurdo que le propongo: Cervantes escribe: *Don Quijote abajó su lanzón y arremetió contra el hombre para le herir. El oidor no supo qué le responder. Maese Pedro se arrojó a sus piernas para se las abrazar*. Imposible. Avellaneda sí narra al modo antiguo, que ya era antiguo treinta años atrás. Entra de lleno en una de las características que Mme. Paula Blanchard-Demouge señala para Pérez de Hita: *El pronombre ... sigue raramente al infinitivo: En busca de Tarfe para le matar... El pronombre reflexivo se no sigue al infinitivo: Para se casar...* Lenguaje y estilo de Hita. XCV. I P.

En cualquier obra literaria de la época, sobre todo si es de tema picaresco, algún personaje *hace del ojo*, esto es, lo guiña para hacer seña a un compinche. Sin buscar mucho, encontraremos en *La Pícaro Justina*, obra posterior, varios de esos gestos bajunos. Pérez de Hita, en un momento gravísimo de su obra, cuando la reina Moraicela, o Sultana, va a ser juzgada, una de sus doncellas fieles, precisamente Esperanza de Hita, le *hace del ojo*, muy contenta porque ha reconocido a los caballeros cristianos que llegan a defenderlas:

bolviendo a la Reyna, dissimuladamente le hizo del ojo... 232/20 XV.

En el Quijote de Avellaneda quien hace del ojo a Sancho es la propia reina Cenobia inventada por don Quijote, esto es:

la señora reyna Segovia, desde allí donde está me hace del ojo... 103/22 XXIX.

Es, exactamente, un reflejo maquinal lejano.

Los personajes de Pérez de Hita que van a luchar contra un enemigo importante, famoso, piensan —reminiscencia ariostesca—, que todas las glorias del enemigo, todas sus victorias anteriores, si es vencido pasarán al vencedor:

si ... yo de tan buen cavallero alcançase victoria, todas las glorias dél serán mias... 30/23 I P.
Y si acaso yo al Maestre matare o le venciere, todas sus glorias serán mias... 119/5 I P.

El Don Quijote recreado por el Avellaneda piensa lo mismo puesto ante el melonero morisco, supuesto Roldán:

si ... yo le venciere o matare, todas las glorias, victorias y buenos sucesos que tuvo serán, sin duda, mios... 120/18 VI.

Y ante Bramidán:

hoy tengo que triunfar de ti y hacerme señor de todas tus victorias... 182/6 XXXV.

Los días de la vida de Bramidán terminarán —dice don Quijote—

*a los filos desta mi temida espada... 182/5
XXXI.*

Los días de la vida de Albayaldos finan por

*los agudos filos y temple de la espada y lança del
Maestre... 125/33 I P. G.C.*

La vieja máquina funciona y sus resortes saltan constantemente, a pesar del desgaste de los años.

6. Cervantes se divirtió imitando un pasaje de Pérez de Hita. El de las traducciones del árabetigo:

Este moro coronista, visto ya todo el Reyno de Granada ganado por los Cristianos, se passó en África y se fue a vivir en tierras de Tremecén, llevando todos sus papeles consigo; y allí en Tremecén, murió y dexó hijos; y un nieto suyo, de no menos habilidad que el agüelo, llamado Agurtaafa, recogió todos los papeles del agüelo, y entre ellos halló este pequeño libro, que no lo estimó en poco, por tratar la materia de Granada; y por grande amistad hizo presente dél a un judio llamado Rabbi Santo; el qual judío le sacó en hebreo para su contento; y el que estava en arábigo lo presentó al buen conde de Baylén, Don Rodrigo Ponce de León. Y por saber bien lo que el libro contenía de la guerra de Granada, porque su padre y agüelo se avian hallado en ella, o su agüelo y visagüelo, le mandó sacar al mismo judio en castellano, y después el buen conde me hizo a mí merced de me le dar, no aviéndolo servido.

En esa duda de Pérez, que no sabe a ciencia cierta si quien había estado en las guerras de Granada había sido el padre y el abuelo, o el abuelo y bisabuelo, vemos una cierta falta de severidad histórica, sobre todo en un hombre que, al extender el contrato de venta de su obra, se dice *coronista*, como el antiguo moro. Lo cierto es que Pérez, por no haber servido al buen conde, no tenía por qué saber mucho de la ilustre familia, o, al menos, saberlo todo.

En fin, el Conde le dio esos papeles preciosos, quizá en una de esas limpiezas de librería en que se tiran tantas cosas, y Pérez pudo escribir sus libros, conociendo así la escapada de los caballeros cristianos que defendieron a Sultana Moraicela, sobrina de Moraicel.

También Mostafá tuvo que agradecer al rey de Granada mercedes que éste le había hecho sin ninguna obligación de agradecimiento de servicios:

Bien tengo yo entendido que tu Alteza me hará grandes mercedes siempre, aunque yo no te las baya servido... 66/39 I P.

En el Apócrifo las gentes reciben mercedes sin haberlas servido. Don Quijote, que es curado y cuidado por Mosén Valentín en su casa:

Y curado en este vuestro insigne castillo, sin tenerlo yo servido... 146/18 VII.

Bárbara dirá lo mismo a don Quijote:

beso a v. m. las manos por la buena obra que sin averle servido, me haze... 203/12 XXIII.

Es importante advertir que Bárbara, siempre en su papel de vieja puta, ofrece en pago a don Quijote *un par de truchas que no passen de los catorce, lindas...* Mostafá me perdona si recuerdo que él también dejaba en la corte otro par de truchas que no pasarían de catorce: sus hijas Galiana y Zelima.

Por cierto que será interesante observar la coincidencia de dos modos de agradecimiento: el de Bárbara que ofrece las truchas y el de Venus que ofrece la misma cosa. Venus retratada por Pérez y Bárbara retratada por Avellaneda. En el poema de *Daris* se describe el momento en que las tres diosas se desnudan ante París para que éste aprecie sus encantos sin veladuras ni estorbos de tapujos. Venus, para obtener la manzana, acude al soborno que también intentan las obras beldades: ofrece a París precisamente aquello de que ella puede disponer: damas hermosas y de lindo aspecto. Bárbara, aparte las truchas prometidas a Don Quijote, promete a Sancho, si se porta bien con ella, una dama de linda pezuña y hermosa, que ella las tiene a mano. Veamos cómo se produce en la mente de Avellaneda este súbito y soterrado recuerdo. Nos dice Avellaneda de ciertos serafines que contemplarán a don Quijote. Esas angélicas mujeres serán ángeles

más hermosos que las tres bellas damas que vio desnudas el venturoso París en el Monte Ida...
233/12.

Ahí tenemos, aludida, una escena que Pérez ha descrito en versos de arte mayor. Inmediatamente, al comienzo del siguiente capítulo —es decir, pocos párrafos adelante—, Bárbara promete a Sancho, si llegan con bien a Alcalá,

una mocita como un pino de oro ... que las tengo allí, muchas y bonísimas, muy de manga... 11/28 XXV.

Pero Sancho no quiere sino cosas de comer, de comer. Así, dice a Bárbara:

no le daría un higo de oro tamaño como el puño por todo lo demás que me pueda dar... 11/21 XXV

Después de sugerir la escena del monte Ida, ese higo de oro tamaño como el puño, no es otra cosa que la célebre manzana.

Sancho pide a Bárbara que ya que eso así sea, la mocita ha de ser

hermosa y de linda pezuña... 12/7.

Venus había ofrecido a París, según Pérez de Hita,

*...una dama
la más linda en belleza y hermosura...* 46 v.
Daris

Dijo Venus:

También te daré yo de lo que tengo y puedo ser señora... 46 Daris.

Dice Bárbara:

que las tengo allí muchas y bonísimas... 11/228.

Obsérvese el número de palabras iguales que han servido para el desarrollo de una idea caricaturesca proveniente de otra que se recuerda como sería.

VIII

1. Perdida totalmente la memoria biográfica de Ginés Pérez de Hita, será a finales del XIX cuando se despierte un cierto interés por su figura y, lógicamente, por las fechas y hechos de su vida. Pero en los años de paso de un siglo a otro los biógrafos de toda clase —casi diría los historiadores— se entregan a un cierto *novelismo*. Se dejan guiar por los escritos de los literatos, primeramente; cosa peligrosísima, ya que por hacer literatura un escritor es capaz de darnos sobre sí mismo las mayores mentiras, los datos más sospechosos. En segundo lugar cuando no tienen esos biógrafos documentos a mano, o son muy escasos, —Pérez de Hita no tenía *ninguno*—, la imaginación comienza a trabajar y sus creaciones son tan parecidas al original como los retratos que solemos ver en los palacios episcopales que nos dan las faces venerables, desde el siglo XVIII para atrás todas iguales con perilla y bigotito y los mismos libros y el mismo báculo en las manos del *retratado*.

A principios del XX Ginés Pérez de Hita era un hombre que había vivido en Lorca y en Murcia. Había nacido en una de estas dos ciudades, o en Mula. Había escrito *Las Guerras Civiles de Granada*. No había más.

Años adelante Ginés Pérez pertenece a una familia de hidalgos muleños. Estudia con los hijos del Marqués de los Vélez, en Murcia. Es servidor del Mar-

qués y poeta áulico de este señor. Va a la represión del alzamiento morisco de las Alpujarras y pelea bravamente en ella. Es compasivo con los pobres moriscos. Don José Zorrilla, en carta conservada hoy en el *Archivo Sánchez Maurandi* de Mula dice a un amigo que Pérez no era sino un morisco. La idea es rechazada ásperamente por todos.

Más años y Pérez es zapatero. —¡Hombre, hombre! ¿Zapatero? Ese no será nuestro Pérez. —Pues sí. —Pues no. —Será zapatero, mas de lujo. —De todo. Veedor del oficio. —Es posible, sí... Buscan documentos y *zapatero, zapatero, zapatero...*

—Nació en Lorca. —Nació en Mula. —En Lorca. —En Mula. Incluso se cruzan frase gordas. —Nació en Murcia y todos en paz. —Imposible. —Casó en Molina de Segura. —¡Anda ya! —Aquí está la partida.

Zapatero. No salió de esta región. Tan humilde que cuando fue a la guerra de las Alpujarras se vendió: fue pagado por una familia para librar a un muchacho poco guerrero. Entonces, *a la guerra me lleva mi necesidad; si tuviera dineros, no fuera en verdad*. Así que no tenía un centavo. Así que no viajaba. Pobre y modesto zapatero de obra prima que coge, un día, y escribe *Las Guerras Civiles de Granada*. Nace entonces la figura, la contrafigura mejor, de un pobrete que había ido a la guerra, acosado por el hambre, por unos ducados; que se se emplea —ciertamente— en guardar unos moriscos recogidos en un caserón lorquino; que se sabe con seguridad que vivió en Murcia y al que le han colgado los pocos documentos que allí aparecen relativos a todos los Ginés Pérez.

Ahora bien y eso sí: hombre bueno, sencillo, que pudiera haber sido un grandísimo escritor puesto en

otro medio; o un santo, metido entre frailes. Leían solamente los renglones compasivos, las invocaciones sagradas. Saltaban sobre sus elogios a la venganza, sobre sus frases de mala intención, sobre sus burlas escondidas, incluso sobre los acentos de humor.

Conocidos ya muchos de sus documentos, podemos saber que compraba libros, que se permitía adquirir una escopeta no mala y aderezarse con traje apropiado para aquella guerra. Que había casado no en Molina sino en Vélez Rubio, muchos años antes, y que su esposa llevó a la boda un no escaso ajuar y dineros. Podemos saber ahora que Pérez de Hita fue un devoto del rosario: adquiere, en subido precio, dos rosarios, uno cuando se establece en Murcia y otro muy poco antes de salir de ella. Había gastado en rosarios casi tanto como en libros. Su última casa en Lorca estaba situada frente al convento dominico con título y advocación de Nuestra Señora de Piedad.

Pero este hombre pío tenía pensamientos torcidos de venganza.

no es bueno revolver a nadie, porque dello no se espera sino el galardón de Tarfe, que murió a manos de su amigo Zayde... 52/39.

—Esto, mi querido abogado del diablo, lo dice el narrador Pérez de Hita: *no es bueno revolver a nadie...*

yo sé cierto que Dios me ha de vengar... 349/.

¿Ven? Aquí tenemos al Habaquí, moro hecho cristiano, que va a morir ahorcado. Espera que Dios le venga haciendo sentir a su enemigo *mil muertes*, no una. No es idea muy cristiana. Y el Tuzaní,

cuando piensa que verá a su esposa luego de la muerte, espera que ella le recibirá con alegría porque la había vengado:

Tengo esperanza en Dios que la he de ver después de muerta, y estoy seguro de que no tendrá queja de mí habiéndola vengando... 336/16.

Más aún:

si muero, iré desta vida consolado, pues vengué la muerte de mi señora... 336/14.

El personaje es hijo del escritor. Si el escritor crea seres vengativos, se complace en ello. Pérez de Hita crea esos personajes y él mismo se siente enfurecido y con ansias de vengar ciertos excesos de los soldados cristianos.

Dios me es testigo que si en mi mano fuera que había de hacer los más terribles castigos en los Christianos que se pudieran imaginar... 91/26 II P.

¿Qué castigos imaginaba Pérez que él, no Dios, podría hacer con los cristianos? Dios es sólo un testigo. El verdugo es Pérez de Hita, el zapatero modesto. Pérez que complica a Dios en estas venganzas:

por ventura, Dios le quiso dar aquel pago... 218/11. II P.
a muchos plugo de su muerte: la causa, Dios la sabe... 218/16.

Porque no quiso Dios que quedase sin pago su maldad... 224/40 II P.

No podemos decir que la justicia divina sea una venganza, que el hombre ofende a Dios y éste se venga ferozmente.

No, pero el vengativo cree en la justicia, en *su justicia*. Para Ginés Pérez, la muerte de un capitán odiado es una justicia de la que sólo Dios conoce el secreto. Ginés Pérez armado de un hacha, degollando cristianos, si es que era sólo ese el castigo que maduraba *revolcando* en su cama, no era un vengativo sino un justiciero. Degollando *soldados cristianos*. O aplicándoles *lo más terribles castigos*. Porque Pérez no desea castigos terribles para los moriscos que hacen barbaridades por esos pueblos. Intuye que la justicia está de parte de ellos. Así, a la muerte del cura Sánchez contraponen la terrible venganza de sus hermanos y otros soldados *cristianos* y comenta amargamente:

Por cierto, bien vengada fue la muerte de el Cura Miguel Sánchez, pues por vengarla, en menos de dos horas fueron muertas más de seys mil personas entre hombres y mugeres y niños, y de niños desde un año hasta diez avía degollados más de dos mil. 80/13.

No nos habla aquí Pérez de *castigo* sino de *venganza*. Lo que él mismo quisiera hacer con los soldados es *castigo*.

Esta segunda parte de *Las Guerras Civiles* no obtuvo licencia para su publicación hasta muy tarde, desaparecidos ya los personajes principales del drama. Posiblemente, los impedimentos para esa pu-

blicación se basaran, en buena parte, en las exageraciones de Pérez de Hita. En el pueblecito de Félix no podía haber, de ninguna manera, *más de seis mil personas*. Además de que Pérez con su hacha no hubiera degollado en menos de dos horas más de seis mil soldados. Hay que descansar de vez en cuando. Pérez mismo que según escribía su Daris anotaba al margen: *tantos barcos tantos más*, para luego sumarlos y ponerlos en un verso resumen, rebaja la cantidad de estos muertos de Félix al anunciarlos páginas antes:

Mas quiso Dios que por la muerte de este clérigo, o por lo que él fué servido, vino un rayo sobre este lugar, que en menos de una hora murieron más de quatro mil personas así de hombres como mujeres y niños y perros y gatos que no quedó cosa viva... 17/30.

En la mitad de tiempo, ha habido cuatro mil muertes, ya contados, posiblemente, los perros y los gatos. O bien en la segunda relación se cuenta a las personas y se les añade dos mil perros y gatos... No sabemos. Pérez, salvo en el caso de los navíos troyanos, contaba mal, como Avellaneda no contaría bien del todo los pedazos que se hacía un cadáver. Y es que todo esto es difícil, lo sabemos bien.

Si el lector se irrita con algunos rasgos míos, inevitables, de buen o mal humor, considerará esto que le digo: yo no me atrevería a emprender un estudio serio de Cervantes, de don Francisco de Quevedo o de San Juan de la Cruz. Me he encontrado con un sencillo zapatero que escribe muchas tonterías y con un Avellaneda que tampoco se queda corto. No puedo ser un barbas que los considere mirándolos

con los párpados entornados y la boca de embudo. Aparte de que me río cuando y mientras escribo.

2. Avellaneda es un vengativo. Vengativo reconocido por todos los lectores, ya sean excesivamente indulgentes. En su prólogo acusa a Cervantes —a quien él roba— de escribir un *Don Quijote* que es *comedia*. (Le recuerda, sin duda, el entremés de *Los romances*). Le llama *agresor de sus lectores*. Su novelas ejemplares son, más que ejemplares, satíricas. No tiene más que una mano. Así, tiene *mas lengua que manos*. Avellaneda le va a quitar *la ganancia* de su segunda parte. Cervantes ofende a algunos y hace ostentación de *sinónimos voluntarios*. Es *ya de viejo como el castillo de San Cervantes*. No hallará *título quizás de España que no se ofendiera de que tomara su nombre en la boca*. Ha de contentarse con su *Galatea y comedias en prosa*. Gracioso que Avellaneda, el peor escritor de versos, acuse a Cervantes de mal poeta. Cervantes es envidioso. Si ha escrito mal la primera parte del Quijote, es porque la concibió en una cárcel y así salió *quejosa, murmuradora, impaciente y colérica, cual lo están los encarcelados*. Tiene, en fin, Cervantes peor humor que Avellaneda.

Cuando, dentro ya de su libro, en el capítulo IV, Avellaneda pone en boca de don Quijote la explicación de lo que es el Cu, dice:

...aquel Cu es un plumaje de dos relevadas plumas que suelen ponerse algunos sobre la cabeza, a veces de oro, a veces de plata y a veces de madera que haze diáfano encerado a las linternas llegando unos con dichas plumas hasta el signo de Aries, otros al de Capricornio y otros se

fortifican en el castillo de San Cervantes 85/12 IV.

Sobre estos supuestos cuernos de Miguel de Cervantes volverá el bilioso Avellaneda en el cuento de los *Felices Amantes* cuando describa la vida depravada de la Doña Luisa y haga que muera a su puerta uno de sus amantes:

Llegó el negocio a término que una noche, encontrándose todos los amantes en su calle, traxeran zelosos una tan cruel pendencia que della salió muerto un hijo de vezino principal. 125/15. XVIII.

Esa pendencia y muerte recuerdan exactamente las ocurridas en Valladolid a la puerta de Miguel de Cervantes con las consecuencias que para el desafortunado escritor trajo la muerte de Ezpeleta.

Solamente las injurias del prólogo, sin más añadiduras, acreditarían al supuesto Alonso Fernández de Avellaneda como un vengativo feroz. Su disculpa está en esta frase: él escribe esa segunda parte

contra mil detracciones... 6/13 Dedicatoria.

Mil detracciones, dos mil pedazos, cuatro mil muertos, seis mil perros y gatos... Avellaneda no cuenta las detracciones ni los pedazos. Los calcula a su modo, a ojo de buen cubero, o de buen zapatero.

Avellaneda hace a Dios vengativo:

Dios querrá que, cuando lo sea, yo los castigue... 185/12 X.

ha llegado la hora en que quiere la Majestad

Divina que pagues las malas obras que has hecho... 76/19 III.

¡O, pobre rey, si lo eres! Llegado es el tiempo en que Dios está ya cansado de tus malas obras... 196/21 X.

El cavallero, *algo aconsolado con la referida vengança que de su ofensor avia tomado, se volvió poco a poco hacia su casa...* 80/22 XVI Q. ap.

La venganza es un consuelo. En Avellaneda y en Pérez de Hita:

Pérez:

... que Menelao quedó algo consoldado haciendo juramento al Sumo Jove tomar vengança dura en los Troyanos... 160 v. Daris.

... consolado, pues vengué la muerte de mi señora... 336/14 II P. G.C.

no tendrá queja de mí aviéndola vengado... 336/16 II P. G.C.

Avellaneda:

... hasta oy ninguno dexó el hábito que una vez tomó de religioso que aya tenido buen fin... 55/20.

justo juycio es de Dios que quien siendo llamado por su divina vocación a su servicio, si después le dexa de su voluntad en vida, que el mismo Dios le dexe a él 55/21 XV.

he visto por mis ojos mil experiencias, y plegue a Dios, como se lo ruego, no lo haga su divina justicia en vuestra ingratitud y precipitada determinación... 56/3 XV.

Mil experiencias, mil detracciones, *plegue a Dios aún deje... plegue a Dios...* no la haga su divina justicia... Y a Dios no le plugo el olvidar ese abandono de hábito. Su poderosa y vengativa —según Avellaneda— mano señala el final terrible: Todos: Japelín, su esposa, el pequeño recién nacido. Un montón de pedazos en el fondo del pozo.

IX

1. Casi todos los documentos que ilustran —hasta hoy— la biografía de Ginés Pérez de Hita, que nos dan noticia de su vida en Vélez Rubio, Lorca, Cartagena y Murcia, son completamente irrelevantes, anodinos. Son los compromisos de pago de un zapatero que compra pieles, que toma aprendiz, que adquiere una escopeta, que va a la guerra, que se suele firmar Ginés Pérez de Hita, y muy poco más. Ginés Pérez, *zapatero*. Testigo de ventas de cabras; *zapatero*. Testigo en testamento; *zapatero*. Vendedor de los originales de *Las Guerras Civiles de Granada...* *Poeta* y *coronista*. Por unos pocos documentos sabemos que, además de zapatero, escribió una obra importante para nuestra Literatura.

¿Hubo otro escritor zapatero en España entre los años 1560 y 1620? Escritor que publicara un libro de tan buen acogimiento popular como *Las Guerras Civiles de Granada*. O siquiera escritor conocido. No lo hubo. Así, no puede cabernos la menor duda: la flecha envenenada, terrible, que Cervantes envía desde su *Viaje del Parnaso* a un escritor zapatero, va dirigida a Pérez de Hita. Que vivió en Cartagena, que allí pudo y casi debió conocerlo Cervantes y que, repitámoslo, era zapatero.

Otro que al parecer iba mohino
con ser un *zapatero de obra prima...*

Las ocho palabras lo retratan: *mohino con ser un zapatero de obra prima...* Zapatero de obra prima fue Pérez, *vehedor* de este oficio en varias ocasiones. Treinta y cinco años después de que Cervantes y Pérez coincidieran en Cartagena, la buena memoria del excelso escritor guarda la efígie amarga de un pobre hombre que escribía romances, de un hombre inculto al que pesaba el nombre de zapatero como una gruesa piedra atada a sus espaldas. Y Cervantes no era bilioso, ni guardaba grandes rencores. Dicen que jamás ofendió, ni levemente, la memoria de escritor que estuviera muerto, cosa que sí hacía, por cierto sin ningún escrúpulo, su contemporáneo don Cristóbal Suárez de Figueroa (por ejemplo).

Ginés Pérez de Hita, escritor y zapatero. Y ¿qué más? Experto en fiestas de Corpus Christi para las que escribía autos que él mismo ordenaba, dirigía e incluso representaba. Experto en fiestas de moros y cristianos. Conocedor de alegrías e invenciones callejeras. Hábil en montar carros triunfales, alegorías, arcos, galeras, castillos...

Veánlo en sus propias palabras:

Muy Ilustre Señor:

Ginés Pérez, vecino de la ciudad de Cartagena, beso las manos a Vuestra Señoría y digo que ha dos meses que estoy en esta ciudad poniendo una danza para el día del Santísimo Sacramento y en ella he tenido mucha costa, así de libreas como en gastos de posadas. Suplico a Vuestra Señoría, atento que soy forastero, me mande librar lo que Vuestra Señoría fuere servido para ayuda a la costa y dello recibiré gran merced.

Otro sí, si Vuestra Señoría fuere servido que

el día de Santiago haga alguna fiesta buena de moros y cristianos, o de torneos, yo me ofrezco a hacerla y dar contento a V.^a S.^a y para ello... etcétera, etcétera.

Ginés Pérez.

14 junio 1586. Carta al Concejo Murciano.

O ésta, anterior, al Concejo de Cartagena:

Muy Ilustre Señor:

Ginés Pérez, vecino ya de Cartagena, besa a V.^a S.^a las manos y digo que el día del Santo Sacramento hice tres autos los cuales estaba obligado a hacer... Suplico a Vuestra Señoría mande se me dé libramiento de los quinientos reales del concierto y más lo que V.^a S.^a fuere servido de mejorero porque con los quinientos reales no alcanzo a pagar la gran costa que tengo hecha, porque para los tres autos fue necesario traer mucha gente para que diese contento a V.^a S.^a porque con menos gente no se podía dar contento lo cual quedo destruido y empeñado. Suplico a V.^a S.^a mire mi voluntad ser grande para el servicio de esta ciudad y de V.^a S.^a en quien tengo confianza me hará merced como siempre.

Ginés Pérez

27 de mayo de 1581. En ambas cartas me he permitido corregir la ortografía normal de la época y abrir algunas abreviaturas que podían resultar oscuras para el lector.

Ginés Pérez, según estas cartas y otros muchos documentos, actuaba como inventor de fiestas, autor de representaciones —traía gentes— y contratista di-

recto de estos autos y fiestas, así como organizador de ellos.

2. Tenemos un Ginés Pérez devoto del santo rosario. Sí. Que sepamos compra dos rosarios que no eran cualquier cosa: dos rosarios *costosos*, que para rosarios de uso corriente no eran menester documentos escribaniles.

6 de marzo de 1590. Escritura de obligación de Ginés Pérez de Hita por la compra de *un rosario de cuentas de cristal fino* a Bernardo Briñas, en cuarenta y cuatro reales de plata castellanos. Ante Gonzalo de Escobedo. Protocolo 615 de este escribano. Archivo Histórico Provincial. Murcia.

Ginés Pérez está recién venido desde Cartagena a Murcia; es *vecino ya* de esta última ciudad. Obtuvo en la fiestas murcianas del pasado año, en junio, un premio de, exactamente, cuarenta y cuatro reales de plata castellanos. Ahora, al entrar en la ciudad para quedarse en ella, gasta esos cuarenta y cuatro reales en un rosario. No en libros o en útiles para su oficio.

15 de junio de 1589. Orden de pago del Concejo de Murcia de cuarenta y cuatro reales de plata castellanos por premio en las danzas del Corpus presentadas por Ginés Pérez.

Legajo 3.042 Cuentas propios. Recibo adjunto firmado por Pérez. Archivo Municipal. Murcia.

Pasados nueve años, Ginés Pérez de Hita volverá a entrar en la tienda del mismo mercader Briñas y comprará otro rosario:

21 de enero de 1499. Escritura de obligación de Ginés Pérez de Hita por compra de *un rosario de cuentas de cristal con extremos de alquimia de siete ducados*.

Ante Alonso Enríquez. Protocolo 123, folio 97 de este escribano. Archivo Histórico Provincial. Murcia.

Ahora no gasta cuarenta y cuatro reales sino setenta y siete. Un modesto zapatero que dentro de unos meses —10 de julio—, habrá de pedir prestados a doña Violante de Montoya —doncellona menesterosa y prestamista—, ciento cuarenta y tres reales. Deuda que se anotará en el mismo protocolo 123, ante el mismo escribano, al folio 1038.

Ginés Pérez, cuando estaba a punto de salir de Lorca, cuando ya a veces andaba por Murcia, quizá buscando mejor acomodo, dejó las casas que tenía en alquiler en el corazón de la ciudad y fue a vivir al lugar lorquino, extramuros, denominado la Alberca, frente al convento dominico de Nuestra Señora de Piedad.

Contrato de esta casa ante Juan López de Peralta, protocolo 108, 6 de enero de 1578. Archivo Histórico de Lorca.

No sabemos si perteneció a alguna cofradía en cualquiera de las ciudades en que residió. Sabemos de esos rosarios comprados y de su vecindad durante dos años en zona de gran influencia dominica.

Del autor del Apócrifo conocemos su clara inclinación al rosario y a su rezo frecuente. En esta inclinación coinciden Avellaneda y Pérez de Hita.

3. Pero también Avellaneda demuestra gran predilección por la fiestas populares y su descripción del juego de sortija zaragozano bastaría a probarlo. El gigante Bramidán de Tajayunque es fingido con *uno de los gigantes que sacan en Zaragoza el día del Corpus en la procesión*. Avellaneda hace gala del conocimiento de estos gigantones cuando nos dice: *que son de más de tres varas de alto; y con serlo tanto, con cierta invención los trae un hombre solo sobre los hombros*. Capítulo XII. Después explicará minuciosamente cómo el secretario habla detrás de la cabeza del gigante por una ventana *en lo alto, junto al techo*. Y nos cuenta cómo el secretario habilísimo guía al hombre que llevaba el muñecazo y, dejándolo en el lugar justo, él se escurre y sube ligeramente a la ventana por la que había de lanzar la potente voz del gigantón.

En Madrid, la simulación de Tajayunque también se hace —¿cómo no?— con *uno de los gigantes que el día del Sacramento se sacan en la procesión en la Corte*. Capítulo XXXIV. Pero ahora será el propio secretario quien llevará el estafermo a cuestras, pese a la entintada espada de tres varas, y ancha de un palmo, para, en un momento dado, rasgar los papeles y aparecer el mismo secretario bromista como hermosa dama *vestido riquísimamente de mujer*.

Este secretario transformista ha hecho dos veces la figura de emisario, de Bramidán o del rey de Chipre, en Zaragoza y después en Madrid. En Zaragoza, pide poner en práctica cierta invención: *Traza se me ofrece a mí luego* —dijo el secretario—, *para hacer se haga muy a nuestro gusto.... Pareció tan aguda la invención a don Álvaro, que alabando por ella el secretario, le rogó se entrase luego en su aposento para hacer el disfraz de la suerte que mejor le pareciere. Hízolo así*

en un instante, porque halló muy a mano en él cuanto podía desear para el efecto. Así que don Álvaro, que estaba de viaje y hospedado por amigos, tenía en su cuarto y muy a mano lo suficiente para disfrazarse de negro suntuoso de los que pintan en los retablos de la Adoración. Sorprendente.

Avellaneda, como siempre suele, describe el traje del negro simulado: plumas, calzas de color, de obra, bonete, dorados tiros, espada, cadenas de oro al cuello...

En la Corte, el secretario actúa como escudero negro del rey de Chipre variando algo la indumentaria pues *base de advertir aquí que don Álvaro y don Carlos habían dado orden a su secretario se tiznase el rostro como lo hizo en Zaragoza...* Entró, pues, el secretario, tiznada la cara y las manos, y vestido con una larga ropa de terciopelo negro, con una grande cadena de oro en el cuello, trayendo juntamente muchos anillos en los dedos y gruesos zarcillos atados a las orejas. Salva Avellaneda la dificultad de que los hombres no tengan agujeros para los zarcillos y nos advierte cuidadosamente de que los llevaba el secretario *atados a las orejas*. No importa al lector si esos zarcillos fueron pedidos a la noble esposa del titular, a la prometida de don Carlos o a cualquier criada de la casa.

La fiesta del Corpus es sugerida en otra ocasión que estas de los gigantes-Bramidanes de Zaragoza y Madrid: cuando Sancho, puesto a comer en mesa próxima a la de la esposa del Titular, protesta por tener una mesa pequeña: *Pues ¡cuerpo non de Dios! ¿por qué han de sentar a esa rapaza, tamaño como el puño, en esa mesa tan grande, y la ponen delante esos platos, mayores que la artesa de Mari Gutiérrez, dejándome a mí en esta mesilla menor que un armero,*

siendo yo tamaño como tarasca de Toledo?... Capítulo XXXIII.

4. La inclinación de Avellaneda al teatro se advierte claramente, aparte otras ocasiones, en esta frase: *Encargados, pues, todos y cada uno de por sí de hacer cuanto pudiese en el personaje que se le encomendaba...* El secretario será Bramidán, y su mensajero, primeramente. Después, el mismo Bramidán y escudero negro del Rey de Chipre. El grave titular —es decir, poseedor de un alto título de Castilla—, Archipámpano de Sevilla. Don Álvaro, por unos momentos, fue el sabio Fristón. Otro personaje de la calidad del titular y muy familiar y amigo, será Periano de Persia... Titulares, caballeros y secretario convertidos en actores. Don Álvaro teniendo muy a mano útiles y vestidos de actor, actuando él mismo en un bromazo improvisado para Don Quijote. Incluso un pajecillo del titular habrá de hacer el papel, en el viaje a Toledo, *vestido de camino y con galas*, de enviado de la Infanta Burlerina. Por cierto que el discurso de este *venturoso paje* resulta nada corto y de no fácil interpretación. No dejará de influir la actuación de este nutrido grupo de actores en la segunda parte cervantina cuando Don Quijote llegue al castillo de los Duques, que hasta en esto quiso Cervantes propinar una dura lección a su rival.

Las alusiones a temas y giros teatrales son constantes en Avellaneda:

Como casi es comedia toda la historia de don Quixote... 7/2 Prólogo.

Yo (corrijo el «No» del original), *sólo he tomado por medio entremessar la presente comedia...* 9/9. Prólogo.

Ya no se usan esos vocablos en Castilla si no es cuando se hacen comedias de los reyes y condes de aquellos siglos dorados... 52/7 II.

Hay un soliloquio de actor a cargo de don Quijote, junto a Sancho dormido:

*Harto trabajo tiene un hombre
que trata cosas de peso
con salvajes como éste.
Quiérola dexar dormir,
que yo, mientras que no diere
fin y cabo a estas honradas
justas...* 64/17 II.

El párrafo entero, con pocas modificaciones, puede ser convertido en un razonamiento octosilábico.

Las armas que lleva don Álvaro son tan finas, o tan sutiles, que:

sólo pueden servir para la vista... 67/15 III.

Cuando don Quijote se exalta, habla así:

con tanto brío, levantando las cejas, con voz sonora... 72/19 III.
con voz entonada... 75/17 III.
baziéndola más gruessa. grave y reposada... 76/1 III.

Don Álvaro, ya en Zaragoza, dirige la representación:

abonando sus cosas con discreto artificio y disimulación... 193/7 X.

Hasta que:

se le agotó a don Álvaro todo el sufrimiento de disimulación que avía tenido, y tuvo de bolver el rostro diciendo: —¡O, mi don Carlos y qué passo te pierdes! 23/4 XIII.

Doña Luisa, disponiendo su penitencia:

se vistió de peregrina, con sombrero, esclavina, bordón y un grueso rosario al cuello y alpargatas en los pies... 131/18 XIX.

La Virgen misma, para guardar el convento encomendado a la ligera doña Luisa, ha tenido que hacer un papel de primera actriz, ni más ni menos:

tomando tu propia figura. Envejeciéndome, al parecer, al compás que tú lo has ydo haziendo. Tomando juntamente tu habla, nombre y vestido... 136/7 XIX.

Don Gregorio vuelve a su casa

con aquel disfraz y sin ser conocido... 144/15 XIX.

Finge con sus padres no ser él:

disimulando quanto pudo... 149/15 XX.

Tanto, que la madre al reconocerle, exclama:

—¿Qué *peregrina invención* ha sido esta, Gregorio mío. 151/12 XX.

La *peregrina invención* había consistido en escapar de su casa robando dineros y caballos, tener a sus ancianos padres sin noticia alguna de sus inconfesables andanzas y volver, disfrazado, a contarles unas patrañas estúpidas con el ánimo decidido de volver a dejarlos ignorantes, como estaban, de la suerte de su hijo único. Esta era la *peregrina invención* de don Gregorio.

Sin otros menores entretenimientos, aludo al capítulo XXVII en el que don Quijote se enfrentará con el autor de comedias, sufrirá sus bromazos y entrará en un ensayo que a él le parecerá la realidad misma. Es claro que lo que hará este pobre don Quijote de Avellaneda es retornar a la vida aquello que procedía de ella: entrar en el escenario y sacar de él lo que le parecía vivo, perteneciente al mundo del espectador. Cervantes, a su vez, dirá al Avellaneda que es un ladrón y que él tiene derecho, todo el derecho, de hacer que don Quijote robe a la ficción, para devolverlo a la vida, lo que, a su parecer, de la vida procedía, lo que era propiamente vida, no representación. Una representación teatral tiene el propósito escondido de influir en la vida del espectador; luego el espectador está en su derecho de cortar con el acto injusto que se le propone. Que Cervantes tomara la idea de Avellaneda o Avellaneda se adelantara en el robo es cosa que jamás sabremos ciertamente.

Advertiré un matiz que siempre me ha extrañado y que me parece inútil en este capítulo de Avellaneda del ensayo de la obra de Lope: ¿Por qué *la mujer* del autor no quiere que don Quijote sepa esta circuns-

tancia, natural, y se hace pasar por *hija* del autor? Queda suficientemente claro que el autor era entrado en años y su mujer, primera dama de la compañía, mucho más joven. Casi alienta esto a creernos ante un retrato, o autorretrato quizá.

—Señor cavallero, yo soy hija de aqueste grande sabio su amigo... 53/20 XXVII.
cuando don Quijote vio a la muger del autor a quien él tenía por su hija, tan aflijida... 57/7 XXVII.

Esta actriz, no obligada a hacer teatro fuera de él, también lo hacía, llevada acaso de cierta deformación profesional. ¿Por qué fingir ese vínculo innecesariamente? Una minúscula comedia, o entremés incrustado en la vida del comediante y dentro de una actuación puesto que un ensayo es casi una actuación. No olvidemos el propósito de Avellaneda de *entremesar*.

El autor, por algunos días, va a ser el protector de Don Quijote:

que por agora yo *mando* y v. m. deve obedecerme, que importa mucho...

Don Quixote respondió que por todo lo del mundo no le dexaría de obedecer como a persona tan sabia y en cuyas manos tenía ya puestas, avía días, todas sus cosas... 90/28 XXVIII.

Firme en el recuerdo del entremés, Avellaneda insiste:

passó graciosísimo colloquios y no poco entremessados con las simplicidades de Sancho... 93/13 XXVIII.

Llegan don Quijote, Bárbara y Sancho a Madrid, dan con la carroza del noble caballero que será Peria-neo de Persia, son llevados a su palacio y allí:

Mandaron, para cumplimiento de la farsa, baxar a don Quixote y a Sancho... 122/10 XXXI.

Y comienza el titular su actuación improvisada, ya que:

era hombre de gallardo humor... 123/10 XXXI.
y con este entremés y no poca risa... 162/21 XXXIII.

Llegan al día de la quimera de Bramidán y

al teatro de la burla y ocupados los asientos... 178/11 XXXIV

dan remate aquellos imposibles cortesanos a sus estúpidas representaciones, entremeses y pasos.

5. En el capítulo XXVIII vamos a encontrarnos con la descripción de un *triunfo* de catedrático. Tras reñidas oposiciones, el vencedor era proclamado como tal con vítores orlados de palmas pintados en los muros, con paseo por la ciudad aclamado por sus partidarios, protectores y amigos o llevando un carro o carros alegóricos con músicas, al par que se arrojaban composiciones impresas en honor del nuevo maestro.

Don Quijote, en Alcalá de Henares, oye unas trompetas —cuatro, puntualiza Avellaneda— que anuncian el paseo triunfal; imagina que hay unas justas por casamientos de infanta y con presencia im-

pertinente de caballero extranjero. Acude presuroso aunque le advierten que se trata de

un paseo que hace la Universidad a un doctor médico que ha llevado la cátedra de Medicina con más de cincuenta votos de exceso, y llevan delante dél, por más fiesta, un carro triunfal con las siete virtudes y una celestial música dentro... 84/10 XXVIII.

La carroza es tal

que si no fue la que se llevó el año pasado en el paseo del catedrático que llevó la cátedra de Prima de Theología, jamás se ha visto otra igual... 84/14. XXVIII.

Como se puede ver fácilmente, Avellaneda nos cuenta algo que ha visto, en que ha participado quizá:

con más de dos mil estudiantes que con ramas en las manos van gritando: ¡Fulano, Víctor! 84/19 XXVIII.

Don Quijote va por aquellas calles guiado por el sonido de trompetas y atabales. Se detiene por fin ante el carro triunfal

viendo su gran máquina y que caminava sin que la tirasen mulas, cavallos ni otros animales, se maravilló mucho, y se puso a escuchar despacio la dulce música que dentro sonava... 85/15 XXVIII.

Recuerda este párrafo una de aquellas descripcio-

nes de carros hechas por Pérez de Hita, aquella de una gran nube que nadie sabía cómo venía:

venía tan al natural que parecía qe la traýa el ayre... 104/9 I P. G.C.

Sonava dentro del carro muy hermosa y dulce música de todos instrumentos... 104/6 G.C.

Como Pérez de Hita, Avellaneda describe puntualmente las características del carro y sus trampas.

Lo que se veía como oro, sólo lo parecía; por ejemplo:

dos estudiantes con máscaras, con vestidos y adornos de mugeres... 85/20 XXVIII.

No eran mujeres, pues.

un alcázar o castillo pequeño, pero muy curioso, becho de papelones... 85/24 XXVIII.

Curioso pero no de materia rica: de papelones o cartoncillos.

artificiosas cadenas hechas de boja de lata... 86/2 XXVIII.

Viéndolas nos parecían de plata u otro metal rico. No. Hoja de lata.

Los vestidos, las guirnaldas, las citas latinas, como si se tratase de una descripción de oficio, pagada. Don Quijote hace una imaginación disparatada sobre lo que es el carro pero las figuras que van en él no participan en la acción, como sí lo hacen los ac-

tores del carro de comediantes de *Las Cortes de la Muerte* en Cervantes.

6. Pero en Avellaneda, amante del teatro, conocedor de las fiestas populares, enamorado de los juegos de sortija y añorante siempre de las festividades del Corpus Christi, ha de haber un zapatero para que en todo cuadre con el presupuesto por mí Ginés Pérez de Hita, en cuya complicada persona se agolpan todos esos condicionamientos. Veamos cuanto a zapatos se refiere en el Quijote apócrifo. Y a zapatos o zapaterías.

La enamorada de don Álvaro es bajita:

esta falta le remedian muchas damas con un palmo de chapín valenciano... 36/8 I.

Estos chapines, reseñados, naturalmente, en muchos inventarios murcianos de la época, llevaban varillas de plata sobre uno, dos, tres o más plantillas de corcho. Normalmente quedaban ocultos por las amplias y largas faldas.

Don Quijote envía a Sancho a que

de casa de un zapatero le truxesse dos o tres badanas grandes para hazer una fina adarga, la qual él hizo con ciertos papelones y engrudo... 81/5 III.

(Como se haría el castillo o alcázar de Alcalá).

En el primer mesón al que llegan, dicen a don Quijote:

no faltará una moça gallega que le quite los zapatos... 95/14 IV.

Más adelante, en el mismo mesón:

—¿Gusta v. m. le quite las botas o le limpie los zapatos?... 99/1 IV.

Don Quijote, fugazmente enamorado de la princesa gallega despierta sobresaltado y afirma:

que ni Policena, Porcia Albana ni Dido fueran dignas, si vivieran, de descalzarle su muy justo y pequeño zapato... 107/1 V.

A ese mismo justo y pequeño zapato se refiere el mesonero irritado:

essa sayuela, que me costó diez y seys reales, y los zapatos tres y medio... 110/22 V.

En el cuento de *Los felices amantes* doña Luisa sufría mucho

por yr como yva, con pobrísimo calçado... 116/11 XVIII.

Y don Gregorio es hallado metido en cama, no por holgazanería o poltronería, como le dice el administrador, sino por

no tener andrajo de zapatos... 120/21 XVIII.

En cuanto a la Reina Cenobia, Bárbara la mondonguera de Alcalá, en su descripción no olvida Avellaneda los pies:

vara y media de pies llenos de polvo, metidos en

*una rotas alpargatas, por cuyas puntas sacavan
razonable pedaço de uña los dedos...* 229/11
XXIV.

Esa vara y media de pie es un derecho concedido a la exageración artística del escritor. No tenía tanto pie Bárbara. Vamos a saber exactamente sus puntos:

Dice don Quijote a Sancho:

¿Mereces tú, por ventura, descalzarle su pequeño çapato?... 71/7 XXVII.

Sancho se revela contra el adjetivo *pequeño*:

¿Pequeño? ... preguntándole yo cuántos puntos calzava, me respondió que entre quinze y diez y nueve, poco más. 71/11 XXVII.

Poco más o menos, Bárbara calzaba dos puntos más que el segundo Marqués de los Vélez don Luis Fajardo de la Cueva, héroe de las Alpujarras que, según Pérez de Hita, que le midió el pie,

calzava trece puntos de pie y más... 43/19 II P. G.C.

Hay en ambos, Avellaneda y Pérez de Hita, una cierta imprecisión histórica más propia del poeta que del cronista, que —ya lo advirtió Cervantes—, debe ser exacto y puntualísimo. El pie de Bárbara está entre quince y diecinueve puntos *poco más*. El del Marqués está fijado en trece puntos, número que se desvirtúa al añadir *y más*. Con poco esfuerzo, el pie del Marqués podía llegar al pie de Bárbara o, lo que es más seguro, *la bota de cordován justa de gamito*

de Flandes del Marqués, usada y vieja, podía llevarla Bárbara con alguna comodidad. Quiero decir que los zapatos o botas nuevos de las novelas de 1595, podrían servir, estropeados, para las de 1614.

Hay zapatos y zapateros, suelas y engrudos, desde el principio al fin del Apócrifo:

compró en casa de un çapatero un quarto de engrudo y llevándole puesto sobre la suela de un çapato viejo... 214/12. XXIV.

He aquí un rasgo naturalista de primer orden. Un zapatero se ve importunado por el modesto comprador de un cuarto de engrudo. No trae el comprador en qué llevarlo y lo que hay más a mano es, sencillamente, una suela desprendida de un zapato viejo. Allí va Sancho con la suela, el engrudo encima de ella hecho un bultito pegajoso.

Bárbara, al sentir que le roza la barba de Sancho, encuentra la comparación justa:

Mal haya yo si no parecen cerdas de çapatero... 34/22. XXVI.

Sancho, en su imaginada lucha contra el emisario negro de Bramidán, decidirá

yr prevenido a la pelea llevando en la mano curda una gran bola de pez blanda de çapatero, para quando el negro me vaya a dar algún moxicón en las narices, reparar el golpe en dicha bola. 139/25. XXXII.

Esa bola se pegará a la mano del negro y no podrá desasirse y la embarazará tanto que Sancho dará mo-

jicones cuantos quiera. El tecnicismo de Avellaneda sale de lo normal. Muchos lectores no hemos oído ni siquiera nombrar esas bolas de pez blanda y pegajosa.

En los tratos de servicio y soldada se habla de los zapatos imprescindibles:

nueve reales cada mes y de comer, y unos zapatos cada año... 160/19 XXXIII.

cada mes un vestido y un par de zapatos... 161/10 XXXIII.

En sus libros de *Las Guerras Civiles de Granada* Ginés Pérez no descuida, ni mucho menos, los pies de sus personajes, ¿cómo había de hacerlo? Los zapatos allí son interminables. Ejemplos:

todos con zapatos y borceguís datilados y leonados... 33 II P.

Los zapatos, los medios açules y los medios colorados... 157/ II P.

Calcaba un gallardo borceguí azul... 168 II P.
con zapatos de terciopelo azul guarnecido con oro que era cosa de ver su hermosura... 181 II P.

Descubrimos ahí el entusiasmo del especialista arrobado ante una obra maestra.

las botas que calcava el Marqués habían de ser blancas y abiertas, abrochadas con cordones... 43 II P.

Y hay una inestimable comparación de los cuernos de un toro agudos como el más agudo utensilio del trabajo zapateril:

*por herirle con sus cuernos
que como aleznas llevaba...* 147. I P.

A Bárbara, las barbas de Sancho le recuerdan las cerdas usadas por los zapateros. Los cuernos de un toro pueden penetrar y herir como la fina lezna penetra y cose, precisamente con esas cerdas, una suela con otra.

El prestigio de la lezna como agudísima arma era grande. Cervantes mismo cuando haga explicar a Montesinos cómo arrancó el corazón a su gran amigo Durandarte para llevarlo a la señora Belerma, le hará decir que no fue con daga ni pequeña, sino con

un puñal buido, más agudo que una lezna... XXIII II P.

En esta cueva de Montesinos, Cervantes usa también una medida ya tomada por Pérez en su primera parte de *Las Guerras*: la *vara de medir*. Hubiera bastado con escribir que la enviada de Dulcinea daba un salto de dos o tres varas, pero no; son *varas de medir*:

Todo eso y más debe vuesa merced a mi señora —me respondió la doncella. Y tomados los quatro reales, en lugar de hacerme una reverencia, hizo una cabriola que se levantó dos varas de medir en el aire... Don Quijote II P. XXIII.

La rústica doncella saltaba como el caballo del valeroso Abenamar:

En este tiempo llegó el valeroso Abenamar al cabo de la carrera, y haciéndole dar a su cavallo

una buelta en el ayre, dio un salto muy grande
que se levantó del suelo más de tres varas de
medir... 86/38 I P. G.C.

X

1. Ocuparse del *Quijote Apócrifo* y olvidar la figura cervantina de *Ginés de Pasamonte* me parece un error grave. Don Martín de Riquer³, no cayendo en tal equivocación, consideró a este Ginés como lo que exactamente es: un escritor. En el *Don Quijote* primero y auténtico aparecen algunos escritores. Que yo recuerde ahora, hay: Grisóstomo, que se suicida por amor no correspondido hacia la hermosa Marcela; el hijo de don Diego de Miranda o Caballero del Verde Gabán, cuyo nombre era don Lorenzo; y Ginés de Pasamonte, que había escrito su vida con sus *pulgares*, según proclamaba él mismo.

Claro está que no es escritor quien escribe unos versos o sólo sus memorias; no precisamente. Pero ha de sentirse escritor para intentar alguna de estas cosas. Alguien que escribe su propia vida, que puede empeñarla por dinero —señal de estimación ajena—, y piensa que la rescatará aunque *quedará en doscientos ducados* bien puede tenerse por escritor. Mucho más cuando piensa que esa *Vida* es libro *tan bueno que mal año para Lazarillo de Tormes y para todos cuantos de aquél género se han escrito o escribieren*. No es poco valorar. Quien tal dice, por fuerza ha de ser soberbio y vanidoso.

3 Edición de *Don Quijote* de Avellaneda, ordenada y comentada por don Martín de Riquer. Espasa Calpe. Clásicos Castellanos.

Ginés de Pasamonte, pues, ha escrito su propia vida, la vida de un pícaro. Como había hecho Mateo Alemán, —mal año para *El Pícaro* de Mateo Alemán. Y Cervantes, al poner a Ginés en su obra *Don Quijote* y señalarlo como escritor envanecido con lo que escribe, pudo hacer un personaje de ficción; pudo también hacer un auténtico retrato desfigurado con algunas pinceladas de más, vestido con otras ropas, pero retrato. Como dijeron que Pacheco pintó al propio Cervantes ayudando a San Pedro Nolasco a embarcar. Y Cervantes no era ni barquero ni mozo de embarque.

Ese Ginés de Pasamonte ¿es Avellaneda? Cervantes dijo que Avellaneda era aragonés. Señaló ausencia de artículos en su prosa, lo que no quiere decir que la prosa excelente de los Argensola o la de Zurita carezca de esos artículos. Sería como si creyéramos que cuando el vizcaíno de la contienda quijotesca habla atropellando el castellano, quien queda retratado por Cervantes es el vizcaíno, su amigo, Esteban de Garibay Zamalloa, cronista de los reyes de España, cuya prosa supongo más serena y correcta. Quiere decir, sí, que quienes escriben saltando sobre esos artículos —partículas— lo hacen o influidos por el habla popular aragonesa o como los aragoneses que no saben escribir correctamente. Ginés de Pasamonte *no era aragonés* sino un bergante que *por sus muchos delitos* había pasado a Aragón refugiándose allí de la justicia de Castilla. Tengámoslo en cuenta.

Don Martín de Riquer insinúa la posibilidad de que Jerónimo de Passamonte fuera el autor del Apócrifo. Cervantes nos da un nombre completo: Ginés de Pasamonte. Para el retrato exacto podemos elegir entre el nombre de pila y el familiar. El escritor en que pensaba Cervantes se llamaba Ginés o se apelli-

daba Pasamonte. (Quizá ni una cosa ni otra). El Ginés que yo elijo escribió con ausencia de artículos y sus obras las publicó en Aragón —Primera parte de *Las Guerras Civiles*. Pasamonte —Jerónimo de Pasamonte que efectivamente era aragonés y escribió su propia vida— escribe con aragonesismos, con ausencia de artículos, pero *sí era aragonés*, insisto, y su autobiografía no concuerda con el *Apócrifo* en todos los puntos sorprendentes en que concuerdan *Apócrifo* y *Guerras Civiles*, incluyendo esas ausencias de partículas y aragonesismos mayores y menores.

Ginés, el galeote, iba acompañado de un tal natural de Piedrahita. Cervantes sólo nos da el nombre y la naturaleza de estos dos condenados a galeras: Ginés de Pasamonte y ese tal de *Piedrahita*, que sospechosamente roza en parecido y raíz con *Pérez de Hita*. El que el escudo de los Pérez ostente unas peras no será más que un caprichoso error, puesto que Pérez —todos lo sabemos— significa *hijo de Pedro* y el nombre de Pedro deriva de piedra.

Alguna vez he pensado si esta cuerda de galeotes con la que tropieza don Quijote no sería la misma que desfila por el capítulo último del *Guzmán Apócrifo*. Que al tratar del apócrifo que le tocó a Cervantes olvidamos desenfadadamente el apócrifo con el que unos años antes —pocos—, hubo de enfrentarse Mateo Alemán; más grave enfrentamiento puesto que el impostor presentó su libro sin ofensas y bajo un nombre fonéticamente más parecido al del primer autor. Y si *como tengo las sospechas tuviera las hechas* —digo con Alemán— daría por cierto que ambos libros espurios procedían de un mismo taller. Mas éste es muy otro asunto, por ahora. Pero recuerden: *mal año para «Lazarillo de Tormes» y para todos cuantos de aquél género se han escrito*. Y recuerden que Ave-

llaneda, refiriéndose en su preliminar *Al lector* a otras segundas partes, se cuida mucho de no recordar esa segundona valenciana. Que también fue —nos dirá Alemán— *como entrar en Castilla moneda de Aragón*. Siempre Aragón señalado.

Iban, pues, Ginés y el de Piedrahita en esa cuerda y Ginés, como Guzmán, —que iba en la otra cuerda—, había escrito su vida con sus *pulgares*. Iban en esa reata y fueron liberados por don Quijote, ellos y sus compañeros. *Que no debiera* don Quijote acometer tal empresa. Ginés fue desagradecido y apedreó a su liberador, robó a Sancho su rucio, pasando muy luego a Aragón para emplear allí sus conocimientos y habilidades, su *juglar de manos*, en montar un retablo que llevaba por aquellas tierras y que le proporcionaba un buen vivir, un pasar de *bon compañero*.

Pero, ¿por qué dije ser grave no considerar la figura de Ginés al tratar del *Apócrifo*? Por una sencilla razón: Ginés —Maese Pedro—, había leído el *Quijote* de Tarragona. Y es, creo, el primer personaje de la segunda parte cervantina que nos da referencia exacta del libro espurio. Maese Pedro-Ginés, conoce a don Quijote que, tiempo atrás, lo libró de ir a galeras. Don Quijote no puede reconocer a Ginés porque éste ha tapado su medio lado izquierdo del rostro con un trozo de tafetán. Ha cambiado también —lógicamente— su indumentaria y ahora es un *todo camuza*; su vestido de ahora está hecho de gamuza, tejido de lana que imita esa piel o propia piel del animal; vestido que supondremos llamativo, dotado de tirillas trenzadas colgantes y cosido de adornos más o menos primorosos. Ya cuidaría Ginés de no ser fácilmente reconocible. Una curiosidad a favor del Ginés zapatero propuesto por mí que en una de sus cartas de compromiso, se obliga a enseñar, a un

aprendiz, no sólo a confeccionar botas y calzas sino a coser coletos, es decir, ropas. Un escribano, en puesto de llamarle zapatero, le titula sastre.

Así que, cuando las andanzas del Ginés le llevan por segunda vez ante su liberador, encuentra una excelente ocasión de asombrarlo simulando que su mona le dicta al oído el nombre del famoso héroe manchego. Y acabado el dar diente con diente el animalito cerca del oído izquierdo de Maese Pedro, éste se alborota, alza las manos, desorbita los ojos —quizá da *una mano con otra*— y va *con grandísima prisa* a caer de rodillas ante don Quijote y abrazarle apasionadamente las flacas piernas. —*Estas piernas abrazo, bien así como si abrazara las dos columnas de Hércules, ¡oh, resucitador insigne de la ya puesta en olvido andante caballería! ... brazo de los caídos, báculo y consuelo de todos los desdichados.*

Muy bien. Decir todo cuanto copio, y omito, de don Quijote de la Mancha, es fácil. Ya sabía Maese Pedro que se llamaba Don Quijote y que había resucitado la andante caballería. Aunque de Sancho no sabía nada, ni siquiera que se llamaba Sancho Panza. Más aún: podía saberlo por haber leído la primera parte cervantina, pero lo que de ninguna manera podía saber sino leyendo el apócrifo de Tarragona era que la buena mujer de Sancho, Teresa, usaba un *jarro desbocado* para tenerlo cerca lleno de vino con que se ayudaba en su trabajo.

Esta alusión al jarro desbocado se hace en el *Quijote* de Avellaneda.

En el capítulo XII de esa obra dice Sancho de su mujer, entre otras inconveniencias:

Sólo tiene que en llegando a su poder los dos o tres cuartos, luego los deposita en casa de Juan

Pérez, tabernero de mi lugar, para llevarlos después de agua de cepas en un jarro grande que tenemos, desbocado de puro boquearlo ella con la boca. 229.20.

Maese Pedro adivina, con ayuda de su mona gesticulante, la presencia de ese jarro desbocado.

... tu buena mujer Teresa está buena, y ésta es la hora en que ella está rastrillando una libra de lino, y, por más señas, tiene a su lado izquierdo un jarro desbocado que cabe un buen porqué de vino, con que se entretiene en su trabajo. P. II. Cap. XXV.

(Ya advirtió don Diego Clemencín, en su edición comentada del *Quijote* de Cervantes, la presencia de este jarro desbocado; dice en la nota 20 a este capítulo XXV: *De este jarro grande desbocado, en que la mujer de Sancho llevaba desde la taberna agua de cepas, se hace mención en el capítulo XII del Quijote de Avellaneda. Aunque, —nos perdone Clemencín— es al contrario: Cervantes aquí hace mención del jarro desbocado de Avellaneda*).

Vuelvo a mi insistencia: Maese Pedro no había oído jamás el nombre de Sancho ni su apodo o apellido. Tampoco —es verdad—, si el cronista Cervantes fue fiel, el nombre de don Quijote sino que su liberador había sido el *Caballero de la Triste Figura*. No se puede apretar tanto al novelista que omite, si se le antoja, algunos párrafos, sean o no interesantes. La novela es suya. Lo que no podía saber Maese Pedro, de ninguna manera es lo del jarro desbocado, señal que Sancho acepta como fidedigna. ¡Era cierto! ¡Allí, en su casa, estaba ese jarro y Maese Pedro adi-

vinaba perfectamente! A no decir ese dato, la cosa hubiera sido menos creíble puesto que cualquier mujer hila una libra de lino. Era como si hubiese hablado de un lunar en medio de la espalda.

No deja de sorprendernos que Sancho, una criatura cervantina, con toda la aquiescencia de su creador, acepte como datos fieles los que vienen de un libro apócrifo, escrito por un falsario. Maese Pedro, también criatura cervantina, trae esos datos con la aprobación, también, de Cervantes. Viene muy a cuento nuestra perplejidad, y el sospechar que algo raro hay en este hombre que oculta parte de su rostro, que es un escritor y que ha pasado a Aragón huyendo de la justicia de Castilla. Y que conoce el *Quijote* de Tarragona. O, realmente —como queramos— conoce a otro don Quijote tan vivo como el de Cervantes, que anda por ahí.

Me extendo algo más. En el capítulo II del *Quijote* de Avellaneda, Sancho dice a su amo que, si sabe el licenciado Pedro Pérez que van a hacer nueva salida, les meterá por *unos seis o siete meses en domus Getro*. No busquen en la Biblia aceptada por la Iglesia ese Domus Getro. Es en una *Historia de Moisés* apócrifa donde aparece. En la casa de Jethro está Moisés un largo tiempo ejerciendo oficios viles, encerrado con amenaza constante de ser entregado al Faraón (Voltaire: *Diccionario Filosófico*, artículo *Apócrifos*). Naturalmente! Un libro apócrifo tiene que tomar datos de otro libro apócrifo. Sancho apócrifo tiene que aparecer como lector no de la Biblia de todos los buenos cristianos sino de otra Biblia no verdadera. Los absurdo es que personajes de un libro verdadero y auténtico como el de Cervantes, tomen llanamente datos de un libro falso y que estos datos sean aceptados como buenos. Cervantes era un hom-

bre complicado, extrañísimo. Quién sabrá si su libro tampoco era auténtico.

2. Pero es que el libro maldito, el de Avellaneda, según nos dirá alguna vez Cervantes, que exageraba un mucho el buen éxito de su enemigo, ha sido leído por mucha gente. Al propio don Quijote le habían llegado noticias de él:

Ya yo tengo noticia de este libro ... y en verdad y en mi conciencia que pensé que estaba ya quemado y hecho polvos... CLXII II P.

Dice esto en Barcelona, en su visita a la imprenta.

Más tarde lo tendrá en sus manos y no lo querrá leer o leerá poco de él y eso poco con repugnancia. Sin embargo Cervantes lo tiene presente y algunos rasgos del *Apócrifo* influyen en su creación claramente.

La Duquesa se nos muestra influida también de esa lectura. Así, cuando escribe a la mujer de Sancho, en la despedida le dice:

Y si hubiere menester alguna cosa, no tiene que hacer más que boquear; que su boca será medida... C.L. II P.

Su esposo, el Duque, es también lector del *Apócrifo*. Cuando Sancho cuenta sus experiencias astrales durante el viaje con su amo montados en Clavileño y dice:

sucedió que íbamos por parte donde están las siete cabrillas...

el duque, interesado, pregunta delicadamente:

¿Viste allá, entre esas cabras, algún cabrón?
—No, señor —respondió Sancho—; pero oí decir que ninguno pasaba de los cuernos de la luna.
Q. C. XLII II. P.

Es que el Sancho de Avellaneda era también aficionado a las siete cabrillas:

detengámonos en ella siete días con sus noches, en honra y gloria de las siete cabrillas... 178/6 XXII. Q. ap.

Y era lector del *Apócrifo* don Antonio Moreno, el espléndido anfitrión de don Quijote en Barcelona. Durante una comida que ofrece a éste, pregunta a Sancho:

Acá tenemos noticia, buen Sancho, que soys tan amigo de manjar blanco y de albondiguillas, que si os sobran, las guardais en el seno para el otro día. C. LXII P. II.

Sancho niega tal cosa y ahora no acepta el dato, contrariamente a lo que hizo con maese Pedro:

quienquiera que hubiere dicho que yo soy comedor aventajado y no limpio, téngase por dicho que no acierta; y de otra manera dijera esto si no mirara a las barbas honradas... C. LXII II P.

Es clara la alusión de don Antonio Moreno a un capítulo del *Apócrifo* en el que se dice de estas al-

bondiguillas guardadas, efectivamente, en el seno, y del manjar blanco:

¿Atreveros heys, Sancho, a comer dos dozenas de albondiguillas... 228/1 XII. Q. ap.

y alargando la mano tras esto a un plato grande que tenía seys pellas de manjar blanco... 230/7 XII. Q. ap.

las otras dos que dél le quedavan se las metió en el seno con intención de guardarlas para la mañana... 230/19 XII. Q. ap.

Están tan próximos este manjar blanco y estas albondiguillas al jarro desbocado de tanto boquearlo ella con la boca, que hace pensar en una atención especial de Cervantes a este capítulo del Avellaneda. Quizá el que primeramente leyera abriendo el libro.

3. El Quijote apócrifo entra varias veces en el Don Quijote cervantino, segunda parte, claro está. El propio don Quijote auténtico, en Barcelona, penetra en una imprenta para hablar por Cervantes. Sí: todo lo que dice cualquier personaje de ficción se lo dicta su creador. Cuando habla don Quijote, cuando habla Sancho, habla Cervantes. En la imprenta de Barcelona, Cervantes habla claramente, especialmente. En esa imprenta ve don Quijote cómo se imprime un libro que o escribe falsedades sobre el mismo don Quijote, o cuenta verdades de otro don Quijote, porque esto no lo podemos discernir exactamente. Podía ocurrir que un escritorzuelo, viendo el buen acogimiento, el feliz éxito, y las ganancias, del libro de Cervantes, se decidiera a escribir nuevas aventuras de don Quijote, falsas. Pero también pudo suceder que un hidalgo convecino de Alonso Quijano, viendo

que su conocido y paisano salía a resucitar la andante caballería, se decidiera a salir también él mismo para imitarle. Y que otro escritor contara sus hechos y los de su escudero, otro labrador que también tomó el nombre de Sancho. Ya se dio el caso de que un hidalgo lorquino del siglo XIX enloqueciera con la lectura del Don Quijote de Cervantes creyéndose un segundo hidalgo manchego. ¿Tiene la locura rienda? Llamaba caballa a su yegua y hacía derribar las puertas para no bajar de su montura al entrar en su casa. Don Pedro de la Caballa fue su nombre.

Cuando don Quijote llega a una venta y dos caballeros leen al Apócrifo —don Juan y don Jerónimo—, éstos le dan el libro; el caballero manchego luego de hojear en él y leer algo, lo rechaza con asco. Ellos le dicen, entre otras cosas: *sin duda vos, señor, sois el verdadero don Quijote de la Mancha... a despecho y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas...*

La misma realidad, pues, que tiene el don Quijote cervantino la tiene el de Avellaneda. Van ambos por el mundo y pueden ser comparados. Lo va a reconocer el propio Cervantes en su capítulo LXXII cuando haga que don Quijote se tropiece, nada menos, con don Álvaro Tarfe. No le dirá el manchego al caballero granadino que han usado su nombre para escribir un libro, no: don Álvaro *viene del otro libro*. O viene de Zaragoza y Toledo, ciudades en las que ha convivido con otro don Quijote, el que ha usurpado las ideas y hazañas del verdadero don Quijote. O hay escritores usurpadores o personajes que roban hechos y nombres de otros. De todas maneras, don Álvaro que partió de su tierra, Granada, y que yendo a Zaragoza ha pasado por un libro, luego, cuando volvía a su *insigne ciudad de Granada*, ha de pasar por otro

libro. Cervantes corrobora la verdad de don Álvaro, pero matará a su propio don Quijote mientras el de Avellaneda, tan verdadero como el de Cervantes, —sólo que *no es el mismo*— curará, quizá, en el Nuncio de Toledo y seguirá sus andanzas por ahí. El acta escribanil firmada por don Álvaro no hace sino aseverar la realidad de un don Quijote que él dejó encerrado en Toledo.

Finalmente, señor don Álvaro Tarfe, yo soy don Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos.

Don Quijote siente celos de otro don Quijote. Claro, claro: el otro. Avellaneda no ha hecho sino contar lo que vio que otro don Quijote hacía. Si no, que lo diga don Álvaro que había tocado *con la mano dos tan contrarios don Quijotes*. Don Álvaro no había *leído*; había *visto y tocado, tomado por la mano*.

El don Quijote cervantino recobrará la salud mental acaso antes que el de Avellaneda. Entonces ya verá lúcidamente que Avellaneda, enemigo de Cervantes, lo que ha hecho es escribir una segunda parte falsa; por medio de sus albaceas le pide perdón por la ocasión que sin yo pensar le dí de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe: no hubo otro don Quijote; hubo otro escritor, según reconoce, ya sano de la mente, don Quijote el bueno.

¿Realidad? ¿Sueño disparatado? ¿Camina don Álvaro, vía Córdoba hacia Granada? ¿Existe don Álvaro? ¿Firma alguna otra carta notarial en Córdoba, como el ermitaño fray Esteban firmó en Murcia? Si la

firmó, ¿la encontraremos algún día? ¿Un escritor, desconocido ahora, escribió la biografía de don Álvaro, como Cascales escribió la de don Antonio de Bracamonte? Quién sabrá...

Cervantes murió llevándose delante a su criatura dislocada. Como algunos padres desgraciados llegan a desear ante un hijo suyo infeliz. Avellaneda ¿murió algo después dejando vivo, encerrado en Toledo, a su desafortunado hijo? Pero... ¿cómo podremos saberlo? Sólo la mona de maese Pedro nos lo diría, por sólo dos reales, por dos modestos reales!

En fin, amable lector, te digo que este pequeño libro pudiera haberse convertido en un grueso tomo con los mismos dos mil quinientos o tres mil folios que contiene una tesis doctoral. Quiero resumirte ya algo de lo tratado en estas breves páginas, con ciertas añadiduras que se me ofrecen.

El Quijote Apócrifo se parece, como una castaña a otra, a *Las Guerras Civiles de Granada* de Pérez de Hita. Cosa ésta reconocida por Espín Rael —primero en observarlo— y doña Eulalia Hernández*. Avellaneda, al escribir su *Quijote*, tuvo muy presente el libro de Pérez. Cosa a mi parecer, casi imposible.

La estructura gramatical del Apócrifo es muy poco diferente de la de *Guerras Civiles*. Nada diferente: ambos libros están separados por casi veinte años. Eso es todo.

Versos e ideas del Apócrifo coinciden asombrosamente con versos e ideas contenidos en el *Daris* de Pérez. El *Daris* no fue jamás publicado.

El estilo de Avellaneda no recuerda, en absoluto,

* Tesis Doctoral...

otro estilo de escritor contemporáneo suyo. Si no es el estilo de Pérez de Hita.

Todos los escritores propuestos como autores del Apócrifo han sido rechazados por la crítica. Alguien, no obstante, escribió ese libro. ¿Es disparatado, pues, atribuirlo al autor a quien más se parece Avellaneda?

Nadie, creo honradamente, ha presentado un autor con más posibilidades que el zapatero que suponemos murciano. Solamente Paul Groussac nos dio un muestreo parecido al que goza Pérez.

En la descripción que hace Pérez en sus *Guerras Civiles*, de un juego de sortija, aparece aludida cuidadosamente, la hazaña mítica del Garcilaso del Ave María.

En la descripción que hace Avellaneda de un juego de sortija, en el Apócrifo, aparece descrita la hazaña de Garcilaso, del Ave María, no menos cuidadosamente.

Pérez de Hita era experto en montar fiestas populares, carros, autos sacramentales, danzas, invenciones para el Corpus...

Avellaneda se revela experto en esta clase de fiestas.

Pérez de Hita, era zapatero, lo fue toda su vida.

Avellaneda se revela conocedor de este oficio y alude muy frecuentemente al calzado. Nos da, incluso, la medida del pie de Bárbara.

Pérez de Hita, que también está atento a los calzados de sus personajes, nos dio la medida del pie del Marqués.

Pérez de Hita alude con admiración a Don Juan de Austria. En dos de sus libros conocidos, le dedica unos versos en que lo pone en lo más alto de la rueda de Fortuna.

Avellaneda alude con admiración a este personaje

con versos en que le sitúa en lo alto de la rueda de Fortuna. (Pérez se jactaba de su estancia en la represión de los moriscos en las Alpujarras).

Los versos del Apócrifo son tan malos como todos los versos conocidos —muchos— de Pérez de Hita. Es difícil encontrar versos tan malos en toda nuestra literatura de aquellos años.

Pérez de Hita se dejó influir por el Ariosto y admira al gran poeta italiano.

Avellaneda no deja de aludir al Ariosto en toda su obra.

Avellaneda era, o aparentó ser, muy devoto del rosario.

Pérez de Hita, según documentos firmados por él, compró en dos ocasiones rosarios ostentosos. Hay, reflejado en esos documentos, más dinero gastado en rosarios que en libros. Pudo, es cierto, comprar mucho más libros; también pudo comprar más rosarios.

Don Diego Fernández de Avellaneda fue un personaje importante en Murcia; era manco, como Cervantes, según confesión propia firmada por él. Contemporáneo de Pérez, así como su cuñado don Antonio de Tordesillas. El hermano de éste, don Juan de Tordesillas, se querella cierta vez, criminalmente, contra un Ginés Pérez. Un Ginés Pérez de Murcia, está preso en Lorca al tiempo que Ginés Pérez el escritor y zapatero, visita Lorca sin motivo conocido y por breves días. Las dos escrituras en que aparece la firma de Pérez como testigo, aparecen en el mismo libro de actas notariales en qué está la lista de presos en las cárceles de Lorca.

Alonso Fernández, morisco, servía en la torre de los Avellaneda.

Alonso Fernández, sobrino de los Avellaneda, era

portero del secreto de la Santa Inquisición murciana. (Conste la simple curiosidad de estos datos).

Antonio de Bracamonte, personaje del Apócrifo, vivió en Cartagena y fue biografiado por Cascales. Pérez de Hita, como Cascales, vivió unos años en Cartagena —diez...— Bracamonte había servido en Flandes y otros lugares a su Majestad, como soldado. No hay datos de otro Antonio de Bracamonte. Su tío, don Pedro de Bracamonte, casado con una murciana, tenía las alcaldías de las cárceles de Cartagena y Murcia por concesión de Felipe II.

Fray Esteban, ermitaño, natural de la ciudad de Cuenca, aparece en el Apócrifo caminando a pie hacia su ciudad natal.

Fray Esteban, ermitaño de la orden de San Pablo, aparece en Murcia vendiendo su mula para poder llegar hasta Cuenca, su ciudad natal. Fue en los años de vecindad de Pérez de Hita en Murcia.

Cervantes ha de cobrar en Cartagena ciertos dineros por los días de la celebración del Corpus. Pérez de Hita estaba en Cartagena representando sus autos sacramentales. Cervantes, más tarde, aludirá burlescamente a un zapatero escritor (no había otro en España):

*... otro que, al parecer iba mohino
con ser un zapatero de obra prima...*

Hubo una enemistad ente Cervantes y Pérez de Hita desconocida por nosotros.

El personaje más simpático de los introducidos por Avellaneda en su *Quijote* es granadino y se ape-llida Tarfe.

Es conocidísimo que uno de los más destacados

personajes granadinos de Pérez de Hita se llamaba Tarfe o Atarfe.

Ambos Tarfes descendían, eran *deudos cercanos* de los reyes moros de Granada.

Don Álvaro, en el Apócrifo, hace el mismo recorrido que su antepasado el moro Tarfe hizo en *Las Guerras Civiles*: Granada-Zaragoza-Toledo-Granada.

La historia del Rico Desesperado, del Apócrifo, es similar en su línea argumental y en sus palabras, a la del Tuzaní de la II parte de «Guerras Civiles». Esta II parte no estaba publicada cuando salió a luz el Apócrifo.

Los muertos de Ginés Pérez, los bien muertos y hechos pedazos, revuelcan en su sangre.

El muerto de Avellaneda, soldado español fulminado por Japelin, también revuelca en su sangre.

En el *Daris*, de Pérez —pesadísimo poema— la Reina Helena atrae a Paris quitándose un guante en el templo. Paris besa la mano de Helena enfebrecidamente.

En el Apócrifo, doña Luisa se quita un guante y deja besar su mano al enfebrecido don Gregorio. En un lugar sagrado.

Helena le aconseja a Paris que la rapte y robe el tesoro del templo.

Doña Luisa, aconseja a don Gregorio que la rapte y que se lleven todo el dinero del convento.

Helena atraerá todos los males sobre Paris.

Doña Luisa atraerá todos los males sobre don Gregorio.

El guante es usado por Pérez de Hita para que otra belleza, la reina Moraicela —Sultana— atraiga a una bella muchacha que ha quedado bajo su amparo.

Pérez de Hita hace uso de muchos italianismos en

sus obras conocidas. Cervantes no usó jamás la palabra *estrada* sino acusando su origen italiano:

Y así, dejando el rodeo que llevaban, se vinieron el Camino Real o la estrada maestra, como allí se dize. (En la Señora Cornelia).

Pérez de Hita lo usa con normalidad:

El de Austria hace dos campos por marcha fácil la estrada... 242/2 II P. G. C.

Avellaneda, pone en labios de don Quijote:

estradas encubiertas... 42/11 XIV Q. Ap.

Jamás escribió Cervantes *mercadante* por *mercader*. Pérez de Hita sí, varias veces:

Los mercadantes tienden grandes mesas... 152 Daris se hizo mercadante... 208 v. Daris.

Avellaneda escribe:

un mercadante de trapos viejos... 183/1 IX Q. ap.

Una costumbre de Pérez es recoger en sus aposentos a los personajes al final de los capítulos. Costumbre que continúa Avellaneda:

El Rey lo siente mucho y hace llanto y así quedó recluso en su aposento... I Daris.

El Rey y los héroes valerosos que estaban en

palacio se acogieron a sus albergues y aposentos altos... IV Daris

Con esto la Reyna se recogió a su aposento... G.C.

Vamos, Sancho amigo, al aposento de arriba...

II Q. ap.

Se le subieron a dormir a sus aposentos... XXXI

Q. ap.

Quiero, lector amable, hacer junto a ti una despedida calma, sin demostraciones de ninguna clase, contando un par de curiosidades que nada prueban, que apenas son nada.

Pérez de Hita, en *Las Guerras Civiles de Granada*, describió la serenidad de un caballo cuyo caballero llevaba en alto su lanza sin que ésta se moviera, sin que denotara el trote del caballo. Míralo:

Y teniendo la lanza, la llevó tan bien y tan sosegada como si el caballo en el curso de su carrera no hiziera ningún movimiento 87/16 I P.

Avellaneda, recoge esta idea de quietud, la pone en tono de broma y remeda a Pérez:

El rucio ... el qual, como ya save, anda llano, de tal manera, que el que va encima puede llevar una taza de vino en la mano, vacía, sin que se le derrame gota... 177/2 Cap. IX.

Cervantes, misteriosamente, se encapricha de esta frase de su enemigo y la pone en boca de una dueña que elogia la serenidad de Clavileño:

Lleva un portante por los aires, sin tener alas,

que el que lleva encima puede llevar una taza llena de agua en la mano, sin que se le derrame gota, según camina llano y reposado... Cap. XL II P.

No le demos vueltas a la cabeza, porque de esta cadena de influencias nada podremos sacar. Ni de la siguiente:

En el capítulo XII de esta segunda parte cervantina, don Quijote y Sancho descansan mientras los pacíficos animales pacen por unos amenos prados, a sus anchas. Don Quijote considera la buena amistad de éstos, rucio y Rocinante, y compara esta amistad con la de Niso y Eurialo, con la de Filades y Orestes.

Para confusión de los hombres que tan mal saben guardarse amistad los unos a los otros. Por esto se dijo:

*No hay amigo para amigo,
las cañas se vuelven lanzas.* Cap. XII II P.

Pues bien: en el capítulo XII —también en el capítulo XII— de la Primera parte de *Las Guerras Civiles de Granada* se trata del rompimiento de una amistad entre un Bencerraje y un Zegrí. Por ciertas confianzas y habladurías indiscretas, vienen a odiarse los que antes era amigos; este odio causa, en parte, el hundimiento de la Granada mora. Dice Pérez de Hita comentando este desastre:

porque en semejantes casos, así suele acontecer a los que no guardan amistad a sus amigos. 44/5.

No es bueno remover a nadie, porque dello no

se espera sino el galardón de Tarfe, que murió a manos de su amigo Zayde. 52/39 I P. G. C.

Y al final de este capítulo, Pérez incluye el romance *Afuera, afuera*:

*No hay amigo para amigo
las cañas se vuelven lanzas.* 62/3.

También Cervantes era un buen lector de *Las Guerras Civiles de Granada*. Desde luego, no tanto como el Avellaneda, su rival, pero las leía.

Está demostrado que Avellaneda caía en giros aragonesistas cuando escribía. Incluso en giros políticos, silenciando el nombre de doña Isabel en la conquista de Granada. Pérez de Hita caía en esos mismos giros y en las mismas intenciones políticas.

Después que Fernando Quinto ganó la insigne Granada... 10 G. C. I P.

... después que el Cathólico Rey Fernando ganó la insigne ciudad de Granada... 34/2 I Q. Ap.

(Son las mismas palabras en *Guerras Civiles* y *Quijote apócrifo*).

Otros aragonesismos y giros que pudieran serlo:

... sépalo o no lo sepa, tomemos la mañana... 115/33 I P. G. C.

... se resolvieron, al partir, que tomassen un poco la mañana... 33/2 I Q. Ap.

... ¿conocéisme? —Señor, para os servir... 160/23 I P. G. C.

... yo no conozco a estos señores sino para servirles... 37/17 XIV Q. ap.

... aunque yo no te las haya servido... 66 I P. G.C.

... vuestro insigne castillo, sin tenerle yo servido... 146/19 VII....

dando lugar a los mercaderes... 276/31 G.C.

... se la llevara un mercader... 183/1 Q. ap.

... fuera de la muralla de la tierra... 246/12 II P. G. C.

... a tiro de mosquete de la tierra... 119/5 VI Q. ap.

(Tierra por ciudad)

... pasó por encima dando de ojos... XV 1 P. 182/2 Q. ap.

... no le cogía el corazón en el cuerpo... 176/15 I P. G.C.

... ya no cogía más... 7/3 II P. G. C.

... más cosas que podría coger en sus faltriqueras... 184/11 Q. ap.

En cuanto a supresión de artículos o partículas:

Los moros llegaron —aquella parte... 188/6 II P. G.C.

... el Rey estaba en —Generalife... 25/38 I P. G.C.

... los fueron —alcanzar... 63/23 II F. G.C.

... comenzaron —arrojarse... 279/17 II P. G.C.

... nuestra señora de-Concepción... 374/14 II P.

... y comenzó —agonizar... 123/38 I P G.C.

... donde havia-decir... 280/12 II P. G.C.

Avellaneda describe y sus personajes hablan exactamente igual que los de Pérez de Hita. Sería agotador enumerar todas las coincidencias. Valgan sólo unas cuantas que me parecen expresivas:

Sospechando lo que podía ser... 253/31 I P. G.C.

... y sospechando lo que podía ser... 196/18 I P. G.C.

... al punto cayó en lo que podía ser... 232/17 I P. G.C.

... entendiendo luego lo que podía ser... 313/29 II P. G.C.

Sospechando lo que podía ser... 220/26 XXLV Q. ap.

...sospechando todo lo que podía ser... 12/18 III Q ap.

luego cayó en todo lo que su huésped podía ser... 43/3 II Q. ap.

...sospechó todo lo que podía ser... 176/8 IX Q. ap.

Describe Pérez de Hita unas armas:

... con gravaduras muchas y muy ricas... 220 D.

... forjadas por la mano de Vulcano... 261 D.

... se armó con unas ricas y lucidas armas... con riquísimas gravaduras y trofeos... 274/9 II P. G.C.

Describe Avellaneda otras armas:

... armas nuevas y tan buenas, llenas de gravaduras y trofeos... 73/8 XXVIII Q. ap.

... se hicieron y forjaron... por las manos de Vulcano... 74/13 III Q.

Un carro con música en Pérez de Hita:

... sonaba dentro del carro muy hermosa y dulce música... 104/6 I P. G.C.

Un carro en Avellaneda:

... se puso a escuchar despacio la dulce música que dentro sonaba... 85/18 XXVIII Q. ap.

Pérez de Hita elogia en verso a Don Juan de Austria:

Que la rueda inestable se esté queda porque vuestra grandeza subir pueda. Canto XXVIII Poema de Lorca

Que la Fortuna muestre el rostro alegre y le señale en su movable rueda lugar sublime puesto en lo más alto. 334 II P. G.C.

Y Avellaneda:

*El merecimiento insigne que te levantó en mi rueda cual clavo la tiene queda. 203/3 XI Q. ap.

Pérez de Hita quiere que el color azul sea de cielo:

... las armas eran de color de cielo... 221 D.
Su bandera era de color de cielo... 173 II P. G.C.

Avellaneda también:

... todo era de damasco azul, de color de cielo... 200/5 XI Q. ap.

Sugiere Pérez de Hita en su Daris, el comienzo de un popular romance:

Sería media noche puesta en peso que aún no había cantado el gallo primo... 478 D.

Cita Avellaneda el mismo romance (dando pie para que Cervantes recoja el mismo romance en su II parte del Quijote):

como media noche era por hilo, los gallos querían cantar... 153/24 XXXII Q. ap.

Los pareceres acertados:

Este es mi parecer y no se tome otro alguno, porque es el más acertado... 234 II P. G.C.
Digo —dixo don Quixote— que quiero seguir ese parecer como más acertado... 215/4 Q. Ap:

Las preguntas:

¿Qué es esto? amigo Muza qué desventura es ésta? 180/4 I P. G.C.
¿Qué es esto, señor Caballero desamorado?
¿Qué aventura tan desgraciada ha sido ésta?
89/21 XXVIII Q. ap.

Sitúa Pérez de Hita a sus caballeros en una real sala:

... estando juntos en una hermosa sala, sentados por su orden... 136/19 I P. G.C.
... en una real sala...

sentados en estrados por su orden... 231 D.

Sitúa Avellaneda a sus caballeros igualmente:

... se sentaron todos, quitadas las mesas, por su orden alrededor de la sala... 231/I XII Q. Ap.
... mande luego a los tres venir por su orden a esta real sala... 145/4 XXXII Q. ap.
(En ambos casos después de cenar).

Pérez de Hita les hace mirar a todas partes:

... salió a la sala y mirando a todas partes...
185/16 I P. G.C.
El extraño caballero, poniendo los ojos a todas partes... 111/II P. G.C.

A todas partes los de Avellaneda:

... puesto en mitad de la sala, mirando a todas partes... 142/19 XXXII Q.
... (pidió) que le diesen silencio con volver buen rato la cabeza a todas partes... 181/25 XXXIV Q. Ap.

Amigo lector, me canso y te canso. No haya más por ahora. Sólo digo que únicamente un milagro podría hacer que tantas partes coincidieran. Y digo más, que si mañana apareciera un documento en el que constara que otro y no Pérez de Hita había escrito el Apócrifo, el no tan célebre como temió Cervantes Quijote de Tarragona, se produciría un milagro al revés. Porque sólo un milagro falso, un milagro casi diabólico, apócrifo, sería capaz de torcer tanta bola dirigida a un mismo hoyo. Sería quebrantar las leyes,

no milagrosas, de la matemática. No hay más sino volver a recordar una frase de Cervantes en «La Gitanilla»:

Y más, que tantas puntualidades juntas, ¿cómo podían suceder si no fuera por milagro?

BIBLIOGRAFÍA

- ACHLLITNER, Alois: *Pasamonte*, en *Anales Cervantinos*, II, 1952, págs. 365-367.
- BLANCHARD-DEMOUGE, Paula: *Guerras Civiles de Granada* de Ginés Pérez de Hita. I parte 1913. II Parte, 1915. Imprenta de E. Bailly-Bailliére. Centro de Estudios Históricos. Madrid.
- BONILLA SAN MARTÍN, A.: *Cervantes y Avellaneda*, en *De Crítica Cervantina* Ruiz Hermanos Editores. Madrid Cap. I págs. 9-21.
- COSSIO, José María de: *Observaciones sobre el Quijote de Avellaneda* Boletín Biblioteca Menéndez Pelayo Madrid, 1935. Págs. 53-62.
- COTARELO Y MORI, Emilio: *Sobre el Quijote de Avellaneda y acerca de su autor verdadero*. Madrid, 1934. Tipografía de Archivos.
- DURÁN, Manuel: *El Quijote de Avellaneda*.
- ESCOBAR BARBERÁN, Francisco: *Apuntes sobre Ginés Pérez de Hita, primer historiador de Lorca* I y II Partes. Lorca, 1929. Imp. Linar.
- ESPÍN RAEL, Joaquín: *Investigaciones sobre el Quijote apócrifo*. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1942.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, Carlos: *Vocabulario de Cervantes*. Publ. Real Academia Española. Madrid MCMLXII.
- FERNÁNDEZ DE AVELLANEDA, Alonso: A) *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*.

- Edición, introducción y notas de Fernando García Salinero. Clásicos Castalia. Madrid, 1971.
- B) *Don Quijote de la Mancha* Ed. Intr. y Notas de Martín de Riquer. Clásicos Castellanos, Madrid, 1972.
- FESTUGIÈRE, Paul: *Ginés Pérez de Hita, sa personne, son oeuvre*. En *Bulletin Hispanique* 1944, XLVI, págs. 145-183.
- GILMAN, Stephen: *Alonso Fernández de Avellaneda, a reconsideration and a bibliography*. *Hispania Review* XIV, 1946. Págs. 304-321.
- GROUSSAC, Paul: *Un énigme littéraire*. París, 1903.
- HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, Eulalia: *Contribución al estudio de la Lengua del siglo XVI. G. Pérez de Hita y Alonso Fernández de Avellaneda*. Secretariado de Publicaciones. Universidad de Murcia, 1984.
- MARASSO, Arturo: *El autor del falso Quijote, en Cervantes, la invención del Quijote*. Biblioteca Nueva. Buenos Aires, 1949.
- MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino: *Una nueva conjetura sobre el autor del Quijote de Avellaneda*. Tomo I Obras Completas.
- C.S.I.C. MCMXLI, Madrid.
- MILLÉ GIMÉNEZ, J.: *Quevedo y Avellaneda. Algo sobre El Buscón y el falso Quijote*. Buenos Aires, 1918. Helios.
- MOREL-FATIO, A.: *Le Don Quichotte d'Avellaneda* *Bulletin Hispanique* V, 1903. Págs. 359-382.
- MORENO BÁEZ, Enrique: *El manierismo de Pérez de Hita*. Homenaje al Profesor Alarcos. Universidad de Valladolid.
- MUÑOZ BARBERÁN, Manuel; GUIRAO GARCÍA, J.: *Aportaciones documentales para una*

- Biografía de Ginés Pérez de Hita*. Homenaje a don Joaquín Espín Rael. Grafisol Lorca 1975.
- MUÑOZ BARBERÁN, Manuel: A) *La máscara de Tordesillas*. Editorial Marte. Barcelona, 1974.
- B) *Retrato de Avellaneda* Ed. Marte. Barcelona 1976.
- PÉREZ DE HITA, Ginés: *Las Guerras Civiles de Granada*. Edición, introducción y notas de Mme. Paula Blanchard-Demouge. Con un estudio del lenguaje de Pérez de Hita. Primera Parte, 1913. Segunda parte, 1915. Madrid Bailly-Bailliére.
- RIQUER, Martín de: *El Quijote y los libros Papeles de Son Armadans* n.º CLX julio 1969. Madrid, Palma de Mallorca.
- *Cervantes, Passamonte y Avellaneda*. Sirmio. Barcelona MCMLXXXVIII.
- SÁNCHEZ, Alberto: *¿Consiguió Cervantes identificar al falso Avellaneda?* *Anales Cervantinos* II años 1952.
- SERRÁ VILARÓ, J.: *El rector de Vallfogona Doctor Vicente García, autor del Quijote de Avellaneda* Ed. Balmes Barcelona.
- SÁNCHEZ CASTAÑER, F.: *Quién no pudo ser Avellaneda. Nuevos datos acerca de Fray Alonso Fernández*. Mediterráneo, Valencia, 1944.
- VALLI, Giorgio: *Ludovico Ariosto y Ginés Pérez de Hita* *Revista Filológica Española* XXX 1946.
- WIEGMAN, Neal A.: *Ginés Pérez de Hita y la novela romántica*. Scholar. Colección Plaza Mayor, Madrid, 1973.

Obras conservadas de Ginés Pérez de Hita:

- A) *Libro de la fundación y hazañas de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Lorca*. Manuscrito,

copia, del siglo XVIII, del original perdido de 1572; en la Biblioteca Nacional de Madrid. Es copia bastante adulterada. Octavas reales. Publicado por Nicolás Acero y Abad —en parte— en su obra *Historia de Mula*. Y por Escobar Barberán en *Apuntes sobre Ginés Pérez de Hita*, segunda parte.

- B) Los XVII libros del griego Daris, del belo Troiano, manuscrito original, en gran parte de la mano del autor, conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid. Endecasílabos de rima libre.
- C) Otros dos manuscritos menores conservados en los fondos culturales Sanchez Maurandi, de Mula, y Lorca. C.A.A.M. Fondo Espín Rael.
- D) Cartas manuscritas a los concejos de Cartagena y Lorca, así como recibos y demás en los archivos de dichos ayuntamientos.

ÍNDICE

Al lector	9
I	17
II	31
III	43
IV	55
V	69
VI	79
VII	91
VIII	111
IX	121
X	143
Bibliografía.....	171

... copia del siglo XVII del original perdido
 1572; en la Biblioteca Nacional de Madrid. 2.
 copia bastante adelantada. Origen: el Sr. Pardo
 cado por Nicolás Acero y Albo — en parte — en
 su obra *Historia de Mula*. Y por Eusebio de
 Heria en *Apuntes sobre la Fiestra de Mula*
 segunda parte.

INDICE

El *Libro de los Griegos* de Damián del
 Tronco, manuscrito original, en gran parte de
 la copia del autor, conservado en la Biblioteca
 de la Universidad de Valencia. 1.
 2. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 3. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 4. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 5. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 6. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 7. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 8. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 9. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 10. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 11. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 12. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 13. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 14. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 15. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 16. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 17. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 18. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 19. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 20. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 21. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 22. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 23. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 24. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 25. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 26. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 27. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 28. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 29. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 30. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 31. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 32. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 33. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 34. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 35. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 36. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 37. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 38. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 39. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 40. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 41. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 42. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 43. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 44. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 45. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 46. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 47. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 48. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 49. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 50. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 51. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 52. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 53. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 54. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 55. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 56. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 57. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 58. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 59. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 60. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 61. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 62. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 63. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 64. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 65. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 66. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 67. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 68. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 69. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 70. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 71. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 72. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 73. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 74. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 75. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 76. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 77. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 78. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 79. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 80. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 81. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 82. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 83. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 84. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 85. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 86. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 87. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 88. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 89. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 90. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 91. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 92. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 93. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 94. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 95. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 96. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 97. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 98. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 99. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.
 100. *Origen de los nombres de las cosas*. 10.

Se terminó de imprimir este libro
 el día 14 de Octubre de 1989,
 víspera de la festividad de
 Santa Teresa de Jesús.
 En la antigua Imprenta
 Nogués de
MURCIA
 Laus Deo